EL DESDEN VENGADO.

5

PERSONAS.

El Conde.
Tomin, Lacayo.
Fabio, Criado
Feniso, Caballero.
Roberto, Caballero.
Celia, Dama.
Liscna, Dama.
El Rey de Nápoles.
Ines, Criada.
Roberto., Galan.
Estacio, Criado
Lisardo, Padre de Celia.

La Escena pasa en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Calle y Noche.

Salen el Conde, y Tomin.

Tomin.
Las tres han dado.
Conde.
¡No vés
que el carro nos ha engañado?
Tomin
No ha engañado, pues ha dado
el señor relox las tres.
Conde.
¿Señor le llamas?
Tomin.
¿Serán
culpas?
Conde.
Si, culparte quiero,
que da el relox, majadero,
y los señores no dan.
Tomin
Es verdad, mas hay tambien
señores que saben dar.
Conde.
No se les puede negar,
pues dan sin saber á quien.
Tomin
Yo á lo menos tus costumbres
alabo de ti obligado

Conde.

¿De qué?

Tomin.

De lo que me has dado.

Conde.

¿Qué te he dado?

Tomin.

Pesadumbres.

Conde.

Que tú te quejes de mí,
que un pobre título soy,
Tomin, disculpado estoy;
y estará la culpa en tí;
pero yo que sirvo á un Rey
de Nápoles, á un señor,
tan grande.

Tomin.

Tan valor
corre por la misma ley:
lo que tú eres para mí,
eso mismo en el contemplo;
mas levantado el ejemplo.

Conde.

Es verdad, digo que sí;
mas yo que á un Rey he servido
de Nápoles, á un señor,
que á ser el mundo mayor
ser su Rey ha merecido,
no tengo premio, ni espero
que he de alcanzarle jamas;
¿porqué tú quejas me das,
siendo un humilde escudero?

Tomin.

El Rey es Rey, con el Rey
es lo mismo tu grandeza

que contigo mi bajeza:
porque del mundo la ley
de aquesta suerte dispuso
los estados desiguales,
y los criados leales
como yo viven al uso.

Conde.

¿Por ventura, Tomin, sabes
que niego lo que poseo?
¿No tienes de mi deseo
y de mis gustos las llaves?
¿Si sabes que sirvo á un Rey,
y que dél he de alcanzar,
Tomin, lo que te he de dar,
conforme á la humana ley,
¿porqué te quejas asi?

Tomin.

Eso es verdad, mas bien puedes
guardar la hacienda de mí.

Conde.

¿Yo de tí?

Tomin.

Un viejo tenia
gran multitud de doblones,
y un hijo que en ocasiones
gastaba mas que podia:
el viejo, que era discreto,
en una pared metió
el dinero, y lo guardó,
fiando de sí el secreto.
Alli á un famoso pintor
hizo un sepulcro pintar,
y está letra en su lugar;
Aqui yace tu señor:
mas no sé como ó por quien

Tomin.

Presto espero
que has de saber que te olvida.

ESCENA II

Dichos, y sale Fabio criado, de noche

Conde.

¿Es Fabio?

Fabio.

Si

Conde.

¿Qué tenemos?

Fabio.

Culparte, Conde, quisiera,
si el tiempo lugar me diera,
de los injustos estremos
que haces por esta muger.

Conde.

¿Cómo?

Fabio.

Apenas á su puerta
llegué, cuando la ví abierta,
y vi....

Conde.

¿Qué pudiste ver?

Fabio.

Entrar dos mil embozados
á verla y á requebralla,
como en campo de batalla,
unos á otros llamados.

Conde.

¿No te pudiste engañar?

Fabio

No Conde, que por mis ojos

eché de ver los enojos
que te pudo Celia dar,
en ser deshonestamente
blanco de mil cortesanos,
que con la lengua y las manos,
atrevida y neciamente
en las acciones mostraba
el gusto de ser querida
de tantos.

Conde.

Si es persuadida,
no la culpes tanto, acaba;
cuanto y mas, que podrá ser
que la casa te engañase.

Fabio.

Pues porque mas no te abrase
tu engaño, echarás de ver
antes que nos corra el Alba
las cortinas de marfil.

Tomin.

No eres poeta sutil,
el viejo estilo te salva.

Fabio.

¿Pues como?

Tomin.

Al candor, errante
fulgor: siempre se vincula
dia calza luz emula,
horror que afecta brillante.

Fabio.

¿Qué dices?

Tomin.

Que lo demas
es mecanico poesia.

Fabio.

Yo entendí que hablar sabia.

Tomin.

Pues otra lengua sabrás.

ESCENA III.

Dichos, y sale Feniso de noche.

Feniso.

Armas de amor, señora, son tus ojos,
y siendo el resistirlas imposible.
hacen que mi desdicha sea insufrible,
y que al amor le rinda mis despojos.
No puede ya sufrir tantos enojos
el alma que tu amor hace increible,
viendo que ya tu condicion terrible,
seca esperanzas, y produce abrojos.
En vos está cautiva la esperanza,
hasta que el si dichoso de vos tenga,
que es quien da vida y luz á la tardanza...
Mas si es forzoso que mi mal se abstenga
hasta perder de vos la confianza,
á padecer el alma se prevenga. *Vase.*

Conde.

¿Fuese?

Tomin.

Sin duda venia
á decir este soneto.

Fabio.

Que un hombre noble y discreto
tanto en este amor porfia:
¿estás loco?

Conde.

Loco estoy,
y mas que á ser loco llego,

pero como amor es ciego,
ciego en mis engaños voy.
¿Es posible que es verdad
que Celia es muger liviana?

Tomin.

No lo verá hasta mañana
con la mucha obscuridad.

ESCENA IV.

El Conde, Tomin, Fabio y sale Roberto.

Roberto.

¿Qué mal te hice? ¿no, que tanto mal á
uno me ha hecho, cuando en el sutil
labio, que en las colores vence Abril,
le ví salir por puerta de cristal.

Para ser á mis cosas desigual,
será no tu disculpa leve, y vil,
sino que digas que es el si civil,
y nunca en mi se halló por criminal.

A cualquiera pregunta eres cruel,
siendo de mi paciencia un no crisol:
mas mirando el misterio que hay en él,
en mas estimo un no de ese arrebol,
entre divinos labios de clavel,
que cuanta plata, y oro cubre el Sol. *Vase.*

Tomin.

A soneto nos han puesto,
Conde vive el Cielo, que estoy tal
que á no ser por mi opinion,
hiciera en esta ocasion
un castigo desigual,
al ser quien es, y quien soy:
¿cómo que Celia me engañe?

Fabio.

Como al honor no le dañe,
olvidala.

Conde.

Loco estoy:
aquestas puertas derriba:
llamemos recio, Tomin,
que á mi intento he de dar fin
si quiere amor.

Tomin.

Ha de arriba.

ESCENA V.

El Conde, Tomin, Fabio, y sale Celia á la ventana.

Celia.

¿Quién llama?

Conde.

El Conde que viene
mas que alegre satisfecho
de tu deshonesto pecho,
que tantos engaños tiene;
á fé que no estabas lejos,
pues tan presto me escuchaste.

Celia.

¿Pues en eso reparaste?
dame agora los consejos
que sueles.

Conde.

¿Pues cómo ahora
Celia, levantada estás?

Celia.

Como tú vienes y vas,
Conde, y señor á deshora

á palacio, presumí
que aquesta noche vendrias;
y no me acosté.

Fabio.

¿ Aun porfias
en que se burlen de tí ?

Conde.

¿Y los que de alla salieron,
aguardabanme tambien ?

Celia.

Tratame, Conde, mas bien.

Conde.

Tomin y Fabio los vieron,
y yo tambien, aunque yo
no los ví, que ciego estuve
que de celos una nube,
la claridad me eclipsó.
Bien me pagas el amor,
Celia ingrata, que me debes,
pues aun á hablar no te atreves;
anticipando tu honor
conmigo, y á los estraños
abres puertas, y balcones,
mostrando en tus sinrazones
la causa de mis engaños.

Celia.

¡Estás loco! ¿de mi honor
presumes esa bajeza ?
Si te trate con tibieza,
entre gustos, y entre amor,
es por mi honor, que es quien
estimo en mas que mi vida,
y no hayas miedo que impida
ni tu rigor ni desdén,
el abrir puerta de hoy mas

á cuantos me pretendieren.

Conde.

Las nobles que serlo quieren,
no dicen eso jamás.
Bueno es salir de tu casa
tantos hombres embozados,
que hasta los mismos criados
dicen que de infamia pasa;
y negar lo que tan claro
ví yo por mis propios ojos.

Celia.

Si no muestro mas enojos,
es, Conde, porque reparo
en la ofensa de mi honor,
si se alborota la calle.
Si esa culpa quieres dalle
á mi recato y valor,
advierte bien que engañados
tú, y esos criados fuisteis;
que los dos que salir visteis,
como decis rebozados,
han visitado á mi padre
esta tarde; y podrá ser
que os dén, Conde, que temer.

Conde.

No hay disculpa que me cuadre:
y el estár tú levantada
á estas horas, y la puerta
de los balcones abierta,
es razon averiguada,
que algunas culpas se encierran
en tus fingidas razones:
que las puertas y balcones,
Celia, de noche se cierran:
mira si es engaño llano

lo que presumen de ti
mis criados.

Celia.

Si de mí,
con término tan villano
quieres formar queja injusta,
advierte, Conde, que soy
noble, y que en poder estoy
de mi padre, que no gusta
de tan altas pretensiones
como de tí se han tratado.
Y si has de mi honor pensado
diferentes opiniones,
no me espanto, que en efecto
estás conmigo enojado,
y como estás desvelado,
no te vale el ser discreto.
Vete á acostar, y mañana,
pues que yo el enojo pierdo,
podiás entrar en tu acuerdo.

Conde.

Celia hermosa y soberana,
escucha, aguarda, que fue
todo aquesto por probarte.

Celia.

Prueba, Conde, en otra parte.

ESCENA VI.

Dichos menos Celia.

Conde.

¿Fuese Celia?

Tomin.

Ya se fue.

Conde.

Celia divina, mi bien,
soberana diosa mia.

Tomin.

Deja la soberania,
que ya estrellas no se vén,
y ya el Alba con sus manos
de záfiros y diamantes
corre los rubios volantes
á los cielos soberanos.
Y la Luna temerosa
del fulminante arrebol,
por sentir que viene el Sol,
se esconde ya vergonzosa.

Fabio.

Mira que por la mañana
has de ir á Palacio.

Conde.

Hay cosa
mas terrible y rigurosa:
aguarda Celia tirana,
vuelve á dar luz á la noche,
que las tinieblas consiente
en ese balcon de oriente
del Sol, que en el rubio coche,
desterrando las estrellas
del círculo cristalino:
haces el mismo camino
por verlas, por ser tan bellas.

Fabio.

No des voces, Conde, advierte
que te podrán conocer.

Conde.

Pues mi Sol se fue á esconder,
mi vida será mi muerte:

vamos, Fabio, á morir voy
sin mi Celia soberana.

Tomin.

Todo se sabrá mañana
si te escuchan.

Conde.

Ciego estoy.

Fabio.

Tu engaño ha sido notorio.

Conde.

Venme, Fabio, á desnudar.

Tomin.

Por Dios que me pienso entrar
en el primer refitorio.

ESCENA VII.

Sala en Palacio.

Lisena.

Deseos mal empleados
que en alma y pecho vivis,
y siempre en ella asistis
de pensamientos cercados.
Miedos, temores, cuidados,
dejadme de atormentar,
y si no os quieren pagar,
aunque os deben tanto amor:
paciencia, que la mayor
es el sufrir y esperar
Adoro al Conde, y es tal
mi desdicha y su rigor,
que tiene para mi amor
entrañas de pedernal.
No debo de ser igual

á su valor y nobleza;
mas pues la naturaleza
á amar al Conde me inclina,
he de cercar aunque indigna,
esta heróica fortaleza.
Bien sabeis amor, que soy
culpada en vuestros rigores,
pues que me tratan de amores,
y de acero y bronce soy.
En dos estremos estoy,
y ningun remedio espero,
sino es padecer primero,
pues tan desdichada he sido,
que me quiere el ofendido,
y á quien me aborrece quiero.

ESCENA VIII.

Dicha, y sale el Rey de Nápoles.

Rey.

No en valde, Lisena hermosa,
al favor de tus estampas
respiran olor las flores,
y sudan sus hojas ambar.
No en valde las claras fuentes
á los impulsos del agua,
eran á los fines perlas,
como á los principios nácar.
No en valde las avecillas
en dulces coros cantaban
versos de amor no entendidos,
aunque es en versos gran falta.
No en valde de sus asientos
se descolgaban las ramas
á contemplar tu hermosura,

que aun tienen alma las plantas.
No en valde aquestos arroyos
entre arenillas de plata,
viendo tu divino rostro,
de sí mismas murmuraban.
Pues como viendo que sienten
aves, cuadros, plantas, aguas,
nacar, perlas, ambar, fuentes,
¿viendo tu belleza rara
te entristezes? ¿qué te aflige?
¿qué tienes? ¿en qué reparas?
háblame, Lisena.

Lisena.

El Cielo,
Rugero invicto, te haga
como de Nápoles Rey,
único, señor de Italia
Tus mercedes me enriquecen,
tus favores me regalan,
tus beneficios me animan,
tus maravillas me ensalzan.
Solo no puede la lengua,
que turbada y muda calla,
referirte el sentimiento
que tengo.

Rey.

Prosigue, habla,
á tus plantas está un Rey,
que dichoso se llamara,
Lisena, si fuera digno
de verse puesto á tus plantas.
Si riquezas y mercedes
aquese disgusto causan,
pide, Lisena, diamantes,

oro, aljofar, perlas, plata;
que por tu gusto haré hoy
que siembren todas mis salas;
para que tú con tu mano
puedas, mi Lisena, alzallas.
Si es que amor te dá cuidado,
como el efecto señala,
aquí esta un Rey que te ofrece
un Reino, una vida, un alma;
y si otro amor te entretiene,
y aquese enojo te causa,
declárame tu intencion,
si yo puedo remediarla:
¿quiéres bien, Lisena?

Lisena.

Quiero;
quiero bien, y no me pagan;
tales son nuestros juicios,
tales las cosas humanas,
que quieren lo que no quieren;
porque entiendan los que aman
que los amores descienden
de aquellas primeras causas;
que cuando nacemos, guia
la libertad de las almas.
Y asi os suplico, señor,
que perdoneis mi ignorancia,
si no pago vuestro amor
por tener el alma esclava
de otro gusto que me oprime,
de otra vida que me causa,
que pues sois tan gran señor,
y en vos el discurso hallan
á su tiempo las razones
que en las naturales causas

se comunican á veces
desde la lengua á las almas;
bien vereis que es Rey amor,
y que en su reyno se igualan
las coronas y los cetros.
con los sayales y abarcas.
A mi me pesa, señor,
no poder ser vuestra esclava;
y pagar vuestra firmeza,
(aunque tan pocas le hallan)
estimad un desengaño,
tan acosta de mi alma,
que el desengaño, señor,
casi al mismo amor se iguala.

Rey.

En mucho estimo, Lisena,
el desengaño que alabas,
¿mas qué haré si amor me tiene
loco el gusto, ciega el alma?
Trocára, viven los Cielos,
la corona de oro, y plata,
y el cetro que vió en mis manos
lo mejor de toda Italia,
por el estado felice
que tiene el dueño del alma
que adoro, muero de celos,
si celos sin amor matan.
Ya que mi desdicha es cierta;
no me dirás...

Lisena.

Ya pensaba
en lo que pedirme quieres.

Rey.

Dime quien es el que alcanza
tanta dicha, y te desprecia,

Lisena.

Lo que he dicho, señor, basta,
porque no diré quién es.

Rey.

Mira que mi amor agravias.

Lisena.

La causa de mi tristeza
me preguntaste, esa acaba
(aunque con vergüenza noble)
de referirte mi alma;
perdona, que me voy
atrevida, y desdicada,
adonde paguen mis ojos
tan desconpuestas palabras. *Vase.*

Rey.

Loco estoy, viven los Cielos:
¿quién del amor tal pensara?
que el valor de un Rey le rinda
á amor notable desgracia,
¿ mas es posible que hay hombre;
que ciencia, y discurso alcanza,
y no estime á esta muger?
no puede ser, ó me engaña.
Aqui viene el Conde, ¡ah Cielos!
¿si es el Conde quien alcanza
ser de Lisena adorado?
¡ay confusion mas estraña!

ESCENA IX.

El Rey, y salen el Conde, y Tomin.

Tomin.

¿ Y viste ya á Celia ?

Conde.

Si,

que no pude sosegar
hasta que la volvi á hablar.

Tomin.

Mira que está el Rey aquí.

Conde.

Dadme, gran señor, las manos.

Rey.

Levanta, Conde, del suelo:
¡si es el Conde acaso, Cielos! *ap.*
que pensamientos livianos
para el pecho del valor
de un Rey: Conde.

Conde.

Señor.

Rey.

¿Di, cómo te tardas asi
en verme ya?

Conde.

Gran señor.

Rey

¿De dónde agora venias?

Cande

De escribir ciertos papeles.

Rey.

Serán de amor, como sueles.

Conde.

No son, pretensiones mias.

Rey

¿Por mi vida, quieres bien?

Conde.

Por el juramento, quiero
decirte, señor, que quiero.

Rey.

¿Y págante?

Conde.

Sí tambien.

Rey.

Venturoso en amor eres.

Conde.

Quien te sirve á tí asegura
su buena suerte, y ventura.

Rey.

¿En efecto, Conde, quieres?
¿y no me dirás quién es
la que tu pecho desea,
pues tambien en tí se emplea?

Conde.

Yo te lo diré despues:
cuanto, y mas que tu señor,
no la conoces que es tal,
que con ser mi desigual,
me abraso vivo en su amor.

Rey.

¿No es tu igual?

Conde.

En la nobleza
á muchas hace ventaja,
aunque esta á veces se baja,
porque suba la belleza.

Rey.

¿Qué es tan bella?

Conde.

El mismo Sol
pienso que se enamoró
de ella, y los rayos le dió,
porque es del Sol su arrebol.

Rey.

Muy enamorado estás.

Conde.

Mas merece su hermosura;

Rey.

¿Qué es tan hermosa?

Conde.

Procura
el Sol, que mirando estás,
con reflejos cristalinos:
cuando sale adonde está,
avivar la luz que dá,
por ver sus ojos divinos.

Rey.

Huélgome, Conde, que estés
tan á tu gusto empleado.
Ay amor, que de un criado *ap.*
te acuerdas, y que le dés
de tu gloria tanta parte;
y que un Rey viva penando.
Conde, yo estuve esperando
que vinieses, por hablarte,
entra en mi retrete luego,
que un papel me has de escribir.

Conde.

Voyte, señor, á servir. *Vase.*

Rey.

Y yo á abrasarme en mi fuego.

ESCENA X.

El Rey llama á Tomin.

Rey.

¿Servis al Conde escudero?

Tomin.

En su casa me he criado,
de una dueña fuí engendrado,

y de un perezoso portero.
Sangre finalmente encierro
de por si, dueño hidalgo,
que soy como perrigalgo,
compuesto de galgo. y perro.

Rey.

¿Sois hombre de humor?

Tomin

Señor, bien me puedo pasar.

Rey.

¿No sois hombre de pesar?

Tomin

Y menos fuera mejor.

Rey.

¿De qué le servis al Conde?

Tomin.

De page y de camarero,
y á veces de despensero
Sirvole al fin, voy adonde
él vá á caballo ó á pie,
y en efecto soy, señor,
hombre que tiene valor;
perdóname si pequé.

Rey.

No tienes de que temer.

Tomin.

Yo soy de su mano honrado.

Rey

¿Mereceislo por criado,
ó porque le haceis placer?

Tomin.

¿Qué es placer?

Rey.

Bufonizar.

Tomin.

Eso no está prohibido:
por placer habia entendido
lo que es alcahüetizar.
Es verdad que se derivan
de una suerte y con razon,
porque alcahüete y bufon,
lindamente se adjetivan.

Rey.

Y en fin, de qué le servis?

Tomin.

De entrambas cosas por Dios.

Rey.

¿Sirve otro al Conde con vos?

Tomin.

Otro le sirve.

Rey.

Y decid,
¿es cierto que el Conde adora
una muger, y él ha sido
el que siempre ha resistido
su amor?

Tomin.

Un criado ignora
esos secretos, señor:
cuanto y mas, que yo no sé
lo que dices, ni podré
saber quien le tiene amor:
mas de cierta socarrona,
que le tiene divertido
en su amor entretenido,
que ningun dia perdona
á su lengua el oler mal,
porque pide de manera,
que imagino que pidiera

el diluvio universal,
y era para Rey notable.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Oye á todos.

Rey.

Bien dicho.

Tomin.

Y fuera del sobredicho,
hay otra sombra palpable.

Rey.

Por la cuenta quiere bien
á otro.

Tomin

Y aun á otros dos;
y yo imagino por Dios,
que su fúria y su desden,
que ha de perder el juicio
mi amo, si á despreciar
llegase.

Rey.

Hay mas de dar.

Tomin.

Faltanos el artificio.

Rey.

¿Qué es artificio?

Tomin.

El dinero,
que ya tú sabes, señor,
que aunque le sobra valor,
es un pobre caballero
el Conde, tú solo puedes
esta falta remediar,

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Darle para dar.

Rey.

¿Qué?

Tomin.

Dineros y mercedes
dale, señor, y tendrás
con dar al Conde la gloria
de dar, y el Conde victoria;
que con darle alcanzarás,
y dándome el ande á mí
de lo que le das á él,
podremos juntos yo y él
darte alabanzas á ti.

Rey

¿Pues tengo yo de pagar
lo que el Conde ha de comer?

Tomin.

Tu grandeza no ha de ser
para dar y remediar
interesada.

Rey.

Yo quiero
darle, por ver tus cuidados.

Tomin.

¿Cuánto?

Rey.

Cuatro mil ducados.

Tomin

Besarte los pies espero:
y plegue al Cielo, señor,
que todo el mundo poseas,
y que cuanto en él deseas

se conceda á tu valor.

Rey

Y tú no dejes de verme
cada dia.

Tomin.

Asi lo haré,
mas mire vuesa merced,
digo Alteza, que ha de hacerme....

Rey.

¿Qué quieres?

Tomin.

Cuando visite
otra vez á vuestra Alteza
se lo diré.

Rey.

Tu agudeza
mayores cosas permite;
vamos.

Tomin.

Por mí mereció
lo que hoy el Rey le ha de dar,
porque quien no sabe hablar,
nunca en Palacio medró.

ESCENA XI.

HABITACON, DE CELIA.

Celia y Feniso.

Celia.

Estraño, Feniso, estás

Feniso

De tus palabras me ofendo.

Celia.

¿Eres mi esposo por dicha?
¿para qué me pides celos?

Feniso.

Yo no soy tu esposo, Celia;
pero si serlo pretendo,
¿porqué te ofendes asi?

Celia

Estame Feniso atento,
y direte una licion
que agora nueva tenemos,
para amantes porfiados
y para cansados necios.

Feniso.

Di, Celia.

Celia.

Primeramente,
el galan que quiere serlo,
no ha de querer de nosotras
mas de aquello que le demos.
Si acaso estamos en misa,
no ha de entrar en ella á vernos,
y si entrare, muy de paso,
y sin pararse, suspenso
al sacar agua bendita,
ni al dar á la cruz el beso.
Si nos encuentran hablando
con hombre, sea mozo ó viejo,
no ha de alborotar la caza,
que es disparate de necios.
Si alguno nos visitare,
no ha de preguntar riñendo
á la criada, quién es,
ni qué busca al escudero.
Si á las ventanas estamos,
no ha de parar un momento,
y si para, ha de parar
hasta que pase el platero.

Esta son las condiciones;
y cierrause con el sello
de pagar veinte doblones
cada vez que pida celos.

Feniso.

Notifícale á Calixto
aquesas leyes que has hecho;

Celia.

Pues digole yo mi Rey,
que me quiera?

Feniso.

El juicio pierdo;
no sé, Celia, quién pretende
su amor.

Celia.

No todos son necios.

Sale Ines.

Aquí está Roberto.

Celia.

¿Quién?

Ines.

¿No le conoces? Roberto.

Celia.

Vete, Feniso, en buen hora;
vete presto.

Feniso.

Lindo cuento,
juego de esgrima parece:
ahora bien la espada suelto,
pues Roberto entró á tomarla,
á Dios.

Celia.

A Dios.

Ines.

Lindo necio.

ESCENA XII.

Celia, Ines, y entra Roberto.

Roberto.

Sospecho que eres medrosa.

Celia.

¿Porqué?

Roberto.

Porque no te veo
sola jamas.

Celia.

No te espantes,
que soy tercero de necios:
bien haya Persia

Roberto.

¿Qué dices?

Celia.

Que en Persia, amigo Roberto,
nadie no visita á nadie
sin enviarle primero
algun presente á su casa
de regalos ó dineros.

Roberto.

Todo tu fin es pedir.

Celia.

Y todo tu fin, Roberto,
es no dar, aunque te pidan,
y el dar imita á los Cielos:
dador de la vida es Dios,
da la hacienda, da el sustento,
da las flores, da las aguas,
da el verano, da el invierno;
pues que, Roberto, si bajo
la prima del instrumento.

El Rey da, los grandes dan
las riquezas, los dineros,
los títulos, las noblezas,
los hábitos en los pechos,
da firmas, estados, rentas,
ciudades, villas....

Roberto.

¿Qué es esto?
Tente, Celia, bueno está,
y pues el dar es tan bueno,
quiero darte gusto en irme,
que esto solo darte puedo,
pues bien sabes que es el gusto
de mas valor que el dinero,
y que no hay cosa en el mundo
que se compare con ello. *Vase.*

Celia.

Vete con Dios.

Ines.

Aquí está
el Conde y Tomin.

Celia.

¿Qué es esto?

Ines.

Las visitas vienen juntas.

Celia.

Di que esperen los dos.

Ines.

Temo
que el Conde se enojará.

Celia.

¿Hase levantado el viejo?

Ines.

No señora.

Celia.
Pues di que entre.

ESCENA XIII.

Celia, Ines, y salen el Conde y Tomin.

Conde.
Señora del pensamiento.
Celia.
Conde mio.
Tomin.
Ines
Ines.
¿Qué dices?
Tomin.
Vive Dios que es mal agüero,
¿mio no dicen los gatos?
Ines.
Asi es verdad.
Tomin.
Pues yo temo,
que pues Celia dice mio,
que sigue el uso gatesco,
mas que ha de haber rapandoña.
Ines
Pues á un pobre caballero,
que apenas su hacienda basta
para su ornato y sustento,
¿qué puede Celia quitarle?
Tomin.
Hoy el Rey merced le ha hecho,
porque yo se lo rogué.
Ines.
¿Qué le ha dado?

Tomiri.

Bueno es eso;
cuatro mil ducados.

Ines.

Bravo,
voy, que me llaman adentro. *Vase.*

Celia.

Señor Conde, aunque es verdad
que le adoro, estimo y quiero,
hame mandado mi padre,
(y pienso que es buen consejo)
que no entre Vueseñoría
en su casa, porque es cierto
que pierde mi honor el ser
murmurado de mil necios,
que á liviandades aprecian
favores que son honestos;
y yo tambien os lo pido.

Conde

Pues Celia, si yo pretendo
solamente el adorarte,
solamente el ser espejo
adonde tu hónor se apure
en un amor dulce y tierno,
¿por qué quieres dividírme
de tus brazos, de tu pecho,
á quien justamente adoro,
y á quien humilde obedezco?
Yo tambien pretendo ser
tu esposo, y pues lo pretendo,
no pierdes honor ninguno,
aunque no viniese á serlo.

Celia

Esto mi padre ha mandado,
y yo á mi padre obedezco,

no tienes que persuadirme.

Sale Ines.

Señora.

Celia.

¿Qué quieres?

Ines.

Quiero

que sepas que el Conde tiene
cuatro mil escudos.

Celia.

Bueno,

¿quién te lo ha dicho?

Ines.

Tomin;

que por eso me fuí adentro,
fingiendo que me llamaban.

Celia.

Cuerdamente, Ines, has hecho;

Ines.

Haz como que me respondes,

Celia.

Dile á mi padre que tengo
que hacer, Ines.

Ines.

Yo me voy.

Tomin.

Vuelve luego, Ines.

Ines.

Ya vuelvo. (1)

Celia.

Señor Conde de mis ojos,
á quererle me resuelvo,
no tenga pena ninguna

(1) *Vase y vuelve luego.*

de lo que mi padre ha hecho,
que el parentesco del gusto
es el mayor parenteseo.

Conde.

Mil veces beso esos pies,
en quien justamente vieron
del Sol los dorados rayos,
y de su luz los reflejos.

Celia.

Solo á tí, señor, te adoro,
tu amor solamente quiero.

Conde.

Y yo quiero, Cèlia hermosa,
en vez de dulces requiebros
satisfacerte con obras,
que son requiebros mas tiernos.
Hoy verás, Celia, en tu casa
colgaduras, terciopelos,
damascos, sedas, brocados,
carrozas, sillas, cocheros.

Tomin.

Echar, echar, voto á Dios
que eres el hombre mas nécio
que he visto en toda mi vida.

Ines.

Calla Tomin.

Tomin.

¡O! reniego
de locuras semejantes.

Celia.

Mil veces vuestros pies beso,
mandad á esta esclava vuestra,
que desde hoy estará abierto,
para que entreis vos en él,
desde el corazon al pecho.

Y porque mi padre quiere
levantarse, voy adentro,
si dais licencia.

Conde.

Merezca,
Celia divina, por premio
gozar tus brazos dichosos.

Celia.

Los brazos y el alma. *Vase.*

Conde.

¡Ay Cielos!
á tus marabillas altas
esta merced agradezco,
y este amor celebrare
en dulces y alegres versos.
¡Ay, Tomin!

Tomin.

¡Ay, señor mio!
como eres gran majadero.

Conde.

Ves si me quiere.

Tomin.

Y lo digo:
milagros son del dinero:
que no hay favor en el mundo
que no se alcance con ellos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala en Palacio.

El Rey y Fabio.

Fabio.

Notable ejemplo de amor.

Rey.

¿Es posible que no sabes,
teniendo, Fabio, las llaves
de Lucindo tu señor,
si es á quien quiere Lisena?

Fabio.

No te podré asegurar
de que les he visto hablar;
mas puede ser que su pena
Lisena la calle y sienta,
sin darla á entender al Conde.

Rey.

¿Puede ser, Fabio, responde,
que el mismo amor no se afrenta
de ver asi despreciada
la mas perfecta belleza
que formó naturaleza?

Fabio.

La voluntad empleada
del Conde en otro lugar,
pudiera ser que no diera
aunque su belleza viera,

lugar á poderla amar.

Rey.

¿Cómo sabré si es el Conde
de mi Lisena querido?

Fabio.

La industria, señor, ha sido
mil veces la que responde
á esas preguntas de amor.

Rey.

¿De qué suerte?

Fabio.

Vuestra Alteza
se retire en esa pieza,
podrá escucharlo mejor,
porque aquí viene Lisena.

Rey.

¿Qué le has de decir?

Fabio.

Veré
si adora al Conde.

Rey.

Seré
un testigo de mi pena. (1)

Fabio.

En esto no pierde honor
el Conde, ni yo desdigo
de quien soy, pues soy su amigo;
y no he de serle traidor.
Sirvo á mi Rey, y he de ser
leal al Conde, y á él:
para el Conde ya soy fiel,
pues no la llegó á querer;
y para el Rey pues aqui

(1) *Escóndese el Rey.*

sigo su gusto no mas.

ESCENA II.

Fabio, y sale Lisena.

Lisena.

¿O Fabio amigo, aqui estás?
El amor me trujo aquí,
por preguntarte si has visto
al Conde.

Fabio.

Y á Dios pluguiera
que nunca yo al Conde viera:
en vano el llanto resisto.

Lisena.

¿Qué dices?

Fabio.

Que mi señor,
del Rey mismo en la presencia,
corriendo (¡ah dura inclemencia!)
en un caballo traidor,
á su dueño, apenas puso
á los hijares la espuela,
cuando de la silla vuela
al suelo, quedé confuso,
pensando que el golpe fuera
el que sintiera no mas,
y quedó tal, que jamás
no acabará la carrera.
Murió el Conde.

Lisena.

¿El Conde es muerto?

Fabio.

Pluguiera al Cielo que yo
el muerto fuera, y él no.

Lisena.

¿Es cierto?

Fabio.

Señora, es cierto.

Lisena.

Calla, Fabio, cierra, cierra
boca, que me dió la muerte.
¡Ay desventura mas fuerte!
Abra mil bocas la tierra,
tragueme su centro obscuro,
pues que ya el Conde murió.
Ay Fabio mio, que no
es muerto!

Fabio.

A los Cielos juro,
señora, que esto es verdad,
pluguiera á Dios no lo fuera,

Lisena.

Pues si murió el Conde, muera
vida, honor, y libertad.
Muera el movimiento mismo,
muera mi amor, y al morir
diga, que pensó salir,
y le echaron ál abismo.
Ay Conde, pluguiera al Cielo
que contigo me llevάras,
y allá mi amor estimáras,
pues no quisiste en el suelo.
Mas aunque con tanto olvido
me pagó tu noble trato,
quisierate vivo ingrato,
y no muerto agradecido.
Mas pues remediar nó puedo
el golpe de tu fortuna,
y desde la tierna cuna

tantas desdichas heredo;
un monasterio será
custodia fiel de mi vida.
aunque el mismo Rey lo impida;
si no lo ha impedido ya,
Allí de tantos intentos
haré alarde entretenido,
y por lo que le han querido,
llorarán los pensamientos.
¡Cielos, que el Conde murió!
apenas me creo á mi:
la boca dice que si,
y el alma dice que no. *Vase.*

Fabio.

¿Haslo escuchado?

Sale el Rey.

Ya, Fabio,
mi mal vi, mi mal ay ol;
mas pues el testigo fui,
yo remediaré mi agravio.

Fabio.

¿Cómo?

Rey.

Mandándole al Conde
que se esconda por seis dias,
para que las penas mias
hallen un alivio, adonde
tomen puerto del dolor
que ha tantos años que paso:
vive el Cielo que me abraso,
al paso que crece amor.

Fabio

Digo, señor, que es buen medio
para aplicar en Lisena
el amor...

Rey.

Crece mi pena
mientras le falta el remedio:
vé, y buscame al Conde luego.

Fabio.

Voy volando. *Vase.*

Rey.

¡Ay tal rigor!
que tenga á Lucinda amor,
y que no baste mi ruego:
¡cosa estraña! mas no en vano
pintan al amor vendado,
pues dá la gloria á un criado,
á quien me rindo, y me allano.
Si desta suerte no puedo
esta muralla batir,
el mejor medio es morir
entre desprecios, y miedo.

ESCENA III.

El Rey, y sale el Conde, y Tomin.

Rey.

Conde.

Conde.

Señor.

Rey.

¿Hate llamado Fabio?

Conde.

No señor.

Rey.

Pues yo envié á buscarte.

Conde.

Estima tanto el alma el agradarte,
que ella mueve mis pasos y me guia

adonde tú, señor, puedas mandarme;

Rey.

Amigo, A mi me importa en grande estremo,
por cierta pretension, que por seis dias
te escondas en tu casa; de m anera
que ninguno te vea en todo Nápoles:
mira, Conde, que importa á mi Corona.

Conde.

Y si gustas, señor, de toda Italia
me ausentaré, si tú recibes gusto.

Rey.

Esto, Lucindo, quiero aunque imagines
que es con disgusto mio; cuando importe,
yo te diré la causa que me mueve.

Conde.

Basta, señor, que por tu gusto sea,
para que te obedezca, y de tal suerte,
que cuando importe me daré la muerte
por tu gusto, señor.

Rey.

Que pongas quiero
luego en egecucion lo que te he dicho,
y con Fabio podrás, Conde, avisarme,
sin que ninguno pueda imaginallo;
y advierte, Conde, que ha de ser de suerte
el guardar el secreto que te encargo,
que has de pensar, Lucindo, que te has muerto.

Conde.

Digo, señor, que estoy del todo cierto,
y que voy á servirte.

ESCENA IV.

El Rey y Tomin.

Tomin.

¿Y yo que tengo
de ser de aquesta muerte?

Rey.

Quien la llore.

Tomin.

Pues si se ha de llorar, ya yo comienzo.

Rey.

Ven acá, Tomin, ¿porqué no me ves?

Tomin.

Señor, no tengo
dicha.

Rey.

Dicha no te falta.

Tomin.

Pues faltame atrevimiento.

Rey.

¿Qué nuevas hay por el mundo?

Tomin.

Despues que mi amo es muerto
porque tú se lo has mandado,
estas oigo y estas veo,
al dar al muerto, el no dar,
y el mandar fue su heredero,
y ya mandan y no dan,
¡cosa injusta, caso feo!
Hay muchas mugeres.

Rey.

¿Muchas?

Tomin.

Tantas, que te prometo

que si estimarse supieran
los hombres de aqueste tiempo,
que andovieran á rogarles,
y que les dieran dineros;
pero las mugeres ya
son como médicos.

Rey.

Creo
que desvarias, Tomin.

Tomin.

¿A los médicos no es cierto,
que con haber muerto á tantos,
nunca castigar los vemos?
pues asi son las mugeres.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Que cuanto tenemos
nos lo quitan cada dia;
y como ven que por ello
no son nunca castigadas,
¿que han de hacer? lo hecho hecho.
Hay mas alguaciles qué hombres.

Rey.

Será mejor el gobierno.

Tomin.

¿Adónde han de gobernar,
si no gobiernan entre ellos?
¿Pero tú, señor, no sabes
como la muerte se ha hecho
Poeta?

Rey.

¿Poeta cómo?

Tomin.

Y no de pensados versos,

que hace coplas de repente.

Rey.

Serán del sugeto escesos:
¿qué hay mas, Tomin?

Tomin.

Que en Palacio
se juntan ciertos mancebos
en corrillos cada dia
diciendo mal de si mesmos.

Rey.

¿De sí mismos?

Tomin.

Esto digo.

Rey.

¿Cómo?

Tomin.

Si mal dicen dellos,
bien podrás pensar, señor,
qué será de los agenos.

Rey.

¿Pues porqué no los castigan?

Tomin.

Porque los llaman á estos
las escobas del logar,
que barre el diablo con ellos;
y los deja de gastados,
por no ensuciarse los dedos.

Rey.

¿Y hay mas?

Tomin.

Que al Conde, mi amo,
ya se le acabó el dinero,
y le desprecia su dama.

Rey.

¿Qué le desprecia?

Tomin.

Y yo pienso,
que no ha de esconderse bien
conforme á tu pensamiento,
si su dama le desprecia
porque es lisiado de celos.

Rey.

¿Tan amiga es esa dama
de dineros?

Tomin.

El dinero
es en aqueste edificio
el primero fundamento,
porque como el oficial
no trabaja si el maestro
no le acude con el plus,
teniendo los cinco abiertos;
Como no suena el relox
sin que le unten primero,
no hay sin tablilla meson,
ni fraile sin compañero,
asi no puede el amor
durar firme sin dinero,
porque es amor, y no dar,
comer en casa de deudos.

Rey

Ahora por amor de tí.

Tomin.

¿Qué, gran señor?

Rey.

Darle quiero
otros cuatro mil ducados.

Tomin

Mil años te guarde el Cielo,
que al fin mi señor el Conde,

aunque es noble caballero,
es un Título en Italia,
donde si hay cien herederos,
todos son el conde Juan,
conde Alonso, conde Pedro,
conde que sé yo; permite
darle un Título de aquellos,
que no son Condes de anillo.

Rey.

Entra, Tomin, que yo quiero
que lleves los cuatro mil
al Conde tu amo.

Tomin

El Cielo,
mas que á un rollo de un lugar
te guarde, y de tí mi cuello.

ESCENA V.

Decoracion de Sala.

Ines, Celia, y Lisardo su padre.

Lisardo.

Pienso, Celia, que estimas mi disgusto
mas que mi gusto.

Celia.

¿Pues de qué te alteras?

Lisardo.

¿No sabes que no gusto de que el Conde
me pase desta puerta?

Celia.

¡Caso estraño!
Si el Conde me pretende para esposa,
¿he de perder, señor, la buena suerte
que me ofrece mi estrella?

Lisardo.

¿Pues Roberto
y Feniso á qué efecto te visitan?

Celia.

Tambien mi casamiento solicitan.

Lisardo.

Acaba de escoger el que te agrade;
mira, Celia, que pierdes.

Celia.

¿Yo, qué pierdo?

Lisardo.

Reputacion alguna en ver que nunca
estás desocupada de visitas.

Celia.

Padre y señor, el que es platero tiene
la puerta abierta, el mercader no cierra,
si procura vender, los aposentos
llenos de telas ricas y damascos,
porque fuera guardallos no vendellos;
La muger que casarse determina,
ha de dejarse ver, porque si alguno
se casare con ella, nó descubra
despues de estar casado alguna falta,
que no pudo ver antes por no vella.

Lisardo.

Sí, mas hacerlo moderadamente,
sin dar lugar á que el honór peligre
entre murmuraciones; y á Dios queda,
y en viniendo di á Estacio y á Fabricio,
que vayan á Palacio.

ESCENA VI.

Celia, Ines y luego Feniso.

Celia.

Cosa fuerte

es el rigor de un padre.

Ines.

Agora llega

Feniso.

Celia

Di á Feniso que se vaya;
que está mi padre aqui.

Ines.

Pues si le veo
al tal Feniso, una cadena hermosa:

Celia.

Tocarla en mi, pues soy tan rigurosa.
Di que entre.

Ines.

A la puerta está;
Entra, Feniso.

Sale Feniso.

A gozar
del Cielo que puede dar
luz á quien sin ella va.

Celia.

Que ya sois esclavo arguyo;

Feniso.

Esta esclavitud alabo.

Celia.

La cadena os hizo esclavo

Feniso.

Esclavo soy, ¿ pero cuyo?

Celia.

Eso mejor lo sabeis.

Feniso.

En vos vivo, y por vos muero;
y ser vuestro esclavo espero,
como vos de ello gusteis:
y tanto amor me cegó,

que el ser vuestro esclavo muestro,
como digais que soy vuestro.

Celia.

Eso no lo diré yo.
Por mi vida que es curiosa
la cadena.

Feniso.

En vuestro cuello
el oro será mas bello,
y su hechura mas vistosa.

Celia.

Dadmela.

Feniso

Pondrela yo
en vuestro cuello, que en ello
hago como esclavo, aquello
que cuyo soy me mandó;

Celia

Agradecida te estimo,
y en tu nombre la traeré.

Feniso

Cuando tú animas mi fé,
con corazon el alma animo.

Ines.

Bien está en el cuello tuyo.

Feniso.

La cadena, Ines, la dí,
porque no haya cosa en mí,
que no diga que no es suyo.

Celia

Agora, señor Feniso,
pues me haceis tanta merced,
que la agradezco creed,
y os quiero dar un aviso.

Feniso.

¿Cómo?

Celia.

Mi padre celoso
de mi honor, me ha dicho agora
que mi nobleza desdora,
y á su estado generoso,
que vos y Roberto entreis
delante de tanta gente
á hablarme públicamente:
y que pues que pretendeis
mi casamiento, advirtais,
que si acaso me casare,
el honor que me faltare,
vosotros me le quitais.
Y asi agora me ha pedido,
que ninguno de los dos
entre en mi casa.

Feniso.

Por Dios,
Celia, que ya te he entendido,
y aqui advertid, y mirad,
que mi visita fue buena,
pues que vine con cadena,
y me voy con libertad.
Y así agradecido voy
á la merced que me haceis,
vos el oro me debeis,
y yo os debo lo que soy.
No hallais miedo que jamàs
vuelva á veros advertido
de que pues ya libre he sido,
no quiero ser preso mas.

Celia.

Para no volver á verme,

llevar podeis la cadena,
que no quiero andar con pena,
cuando vuestro amor se duerme.

Feniso

Vos la cadena teneis,
y pues teneis la cadena,
ella es la que anda en la pena,
que vos en gloria andareis.
Pero podráse alabar;
que es cadena de unas manos,
que el aljofar hecho granos
puede tener que envidiar.

Celia

Mirad, Feniso, que puede
venir mi padre.

Feniso.

Ahora bien,
pues muestras tanto desden,
que á la mayor fúria escede,
yo me voy, Celia, y advierte
que en mi vida te he de ver. *Vase.*

Ines.

Si otra tiene de traer,
mejor le estará el no verte.

ESCENA VII.

Celia. Inés, y sale Roberto.

Roberto.

Desdichado soy.

Celia.

¿Porqué?

Roberto

Siempre encuentro entrando adentro
otro que salga al encuentro.

Celia.

De aquí Feniso se fué,
lleno de amor, y de celos
porque dije que mi esposo
era Roberto.

Roberto.

El dichoso
seré, si quieren los Cielos
ayudar mi pretension.
Estos doscientos escudos
que están suspensos, y mudos,
y faltos de adulacion,
te traigo para un vestido,
y perdona, que quisiera
ser un Midas, que pudiera
todo en joyas convertido
adornar tus luces bellas,
que dan luz al corazon,
ó ser otro Efestion,
para vestirte de estrellas.

Celia.

Guardete el Cielo mil años.

Roberto.

Para ser tuyo me guarda.

Ines

Quien le pusiera una albarda.

Roberto

Gracias á Dios que de engaños
puedo ya vivir seguro.

Celia.

Tu solo mi esposo eres.

Roberto

Por corona de mugeres
te celebre el mundo.

Ines.

Juro

por mi vida, que no he visto
dos mentecatos mayores.

Celia.

Ya de tantas pretensiones
de aqui adelante desisto.
que pierde mi casa honor,
y la perderá mi esposo.

Roberto.

Pues yo he sido el venturoso,
no espero otro bien mayor.

ESCENA VIII.

Dichos, y sælen el Conde, y Tomin.

Ines.

El Conde.

Conde.

Señora mia.

Celia

Hable quien mi esposo es.

Roberto.

Yo vendré á verte despues,
que será descortesia
que su Señoria espere.

Tomin.

Este es tu mayor contrario.

Roberto. *Vase*

Yo vuelvo con el notario.

Conde.

Matarme de celos quiere
Celia.

Celia.

Conde, y señor mio,
aunque el mio se acabó,

ya mi padre me casó,
ya de tu amor desconfio.

Conde.

¿Casada estás, Celia?

Celia.

Si,
porque mi padre tirano,
me ha hecho que dé la mano
á este Roberto.

Conde.

¡Ay de mí!
¿y no se puede estorbar?

Celia.

El caso, Conde, es dudoso;
pero siendo tú mi esposo,
bien se puede remediar:
¿quiéres tu serlo?

Conde.

Quisiera,
pero no hay lugar ahora,
porque me manda, señora,
(nunca al Rey obedeciera)
que me esconda por seis dias,
sin que ninguno me vea,
porque pienso que desea
salir de ciertas porfias:
y asi yo, Celia divina,
mientras escondido esté,
de ningun modo podré.

Celia.

¿Y el Rey, á que fin camina
con mandarte á tí esconder?

Conde.

No sé, Celia, por mi vida,
ese casamiento olvida,

pues puedes, y eres muger;
que para que veas mejor
que amor me ciega y abrasa,
quiero esconderme en tu casa
mientras al Rey, mi señor,
le importa la ausencia mia.

Celia.

Eso es imposible, Conde:
¿en mi casa?

Conde.

¿Pues adónde
podré mejor, Celia mia?

Celia

En casa de algun amigo.

Conde.

¿Y si no puedo salir,
como he de poder vivir,
si no salgo á hablar contigo?

Celia

¿Y mi padre, qué dirá?

Conde.

¿Pués halo de ver tu padre?

Celia

Nó hay medio, Conde, que cuadre;
pues dello resultará
á mi casa deshonor.

Conde.

Si yo me caso contigo,
callará el mas enemigo
de tu nobleza y valor,
Tomin.

Tomin.

Señor.

Conde.

Dale luego,

á Celia dos mil ducados.

Tomin

Aquí los traigo contados.

Ines.

Muestra Tomin.

Tomin.

Ah, mal fuego
queme al alma del traidor
qué al Rey otra vez le pida
otra merced.

Celia.

Ines, mira
adonde ėstará mejor.

Ines

El aposento de abajo
pienso está mas encubierto.

Tomin

En hallando el tuyo abierto,
luego al momento me encajo.

Celia

Pero has de jurar primero
(porque en esto no haya engaño)
de no intentar en mi daño,
como falsó caballero,
pensamiento desigual
al ser quien soy y quien eres.

Conde.

Juraré cuanto quisieres,
ya sabes que soy leal.

Celia

Con todo quiero que hagas,
para que mi duda ataje.

Conde.

¿Qué, Celia?

Celia.

Pleito homenage.

Conde.

Para que te satisfagas
de mi noble proceder,
hacer quiero el juramento.

Celia.

Mete las manos.

Tomin.

¿Qué intento
falso no cabe en una muger?

Conde.

Por aquesas manos bellas
que del mundo son esferas,
donde se ven diez hileras
de relucientes estrellas:
por el zafir y coral
que en su círculo le muestra,
siendo la llave maestra
del ingenio natural:
por ese rostro divino,
que hasta los cielos se encumbra,
de quien sale luz que alumbra
al círculo cristalino:
por esa boca, á quien fia
tantas perlas el oriente,
destilando una corriente
de odorifera hermosura.
Por esos ricos cabellos,
á quien tú misma requiebras,
que del sol parecen hebras,
por ser cabellos tan bellos:
por el alma que en tí vive,
que es el cuerpo de la mia,
de quien mi alegre porfia

dulce esperanza recibe,
de no mover en tu agravio
el pensamiento veloz,
para afrentarte la voz,
ni para enojarte el labio.

Celia.

Pues con ese juramento
puedes entrarte á esconder.

Conde.

¿Y no me tienes de ver?

Celia.

Sosiega tu pensamiento.

Conde.

Soy colérico leon,
y el pensamiento me abrasa
de estar del Sol en la casa
y no poder ver al Sol.

ESCENA IX.

Tomin é Ines.

Tomin.

¿Y yo tengo de jurar?

Ines.

Haga aquí pleito homenage
de que á mi honor no hará ultrage.

Tomin.

¿Ultrage?

Ines.

¿No oye? ultrajar.

Tomin.

Por estas dos manecillas
de ternera y sus cuajares,
y por esas dos cuchares
con que haces albondiguillas:

por esas dos longanizas
con que jabonas y labas;
por esas chuecas y tabas
que tal vez picaſrizas:
por ese rostro atestado
de soliman y de afeite,
donde se mira el deleite,
si no vivo retratado:
por esa nariz sucinta,
porque ya es viejiaguileña,
aunque yo conozco dueña
que le cuelga hasta la cinta,
de non ſacer tuerto alguno
á la tu doncelleria,
maguer que esté todo el dia
de la tu merced ayuno,

Ines.

Vamos adentro.

Tomin.

¡Ay, Ines!

Ines.

¿Qué es aquesto?

Tomin.

A tí me aplico;
bostezo como borrico,
yo te lo diré despues.

ESCENA X.

Habitacon de Lisena.

Estacio y Lisena.

Estacio.

Viendo el Rey, mi señor, tu pena fiera,
y habiendo preguntado que es la causa,

y no habiendole dicho cosa alguna,
quiere premiar, señora, tu nobléza,
haciendote de Nápoles señora
y esposa suya.

Lisena.

De su pecho heróico
recibo mil mercedes cada dia;
pero el dolor que el alma afligé es tanto,
que aumenta mas mi pena, y es de suerte
que me fuera partido ya la muerte.

Estacio

Esta carta te envia, piensa y mira
lo que está mejor: si al Conde amàbas,
como dicen algunos, ¿ya qué esperas?
pues un caballo le mató furioso,
corriendo suelto y asombrando el coso.

Lisena.

Un papel hay aquí

Estacio

De amor efecto
será por dicha, que en efecto es hombre:
mirale por tu vida; y pues el Cielo
de discrecion y gracia te ha dotádo,
mas tierna le responde que otras veces.

Lisena lee:

Titulo de la señora Lisena, Princesa de Viciniano.

Yo el Rey de Nápoles Rugiro, segundo de este nombre, digo que hago merced á la señora Lisena del Principado de Viciniano. Yo el Rey.

Representa.

Decidle al Rey, Estacio, que agradezco
la merced y favores que me hace;

pero que no se canse en persuadirme,
que si el Conde murió, no puedo agora
dejar de ser, Estacio, religiosa,
que se lo he prometido al Cielo santo.
Vuelvele al Rey el título, diciéndole
que yo me voy á un santo monasterio,
y que allí no se usan principados,
que son prestados, aunque son estados.

ESCENA XI.

Estacio, y sale el Rey y Fabio.

Estacio.

Ya, señor, lo habrás visto.

Rey.

Ya lo he visto,
y no sé como á tanto mal resisto.
¿Es posible que tenga amor tal fuerza,
que de un muerto el amor le obligue á tanto?
viven los Cielos, Fabio, que estoy loco:
¿qué medio podré dar?

Fabio.

El olvidarla.

Rey.

¿Olvidarla, si sabes que la adoro?

Fabio

Si no la obligas ni con fuerza ni oro,
ni con hacerla igual á tu persona,
dandole la mitad de tu Corona,
¿qué quieres aguardar?

Rey.

Ay, Fabio, el alma
se me abrasa en amor:
muero de celos.

Fabio.

Busca otra dama, pues te sobran tantas.

Rey.

Tienes razon, amigo.

Fabio.

Mas hermosas
en Nápoles las hay.

Rey.

Ya sé quien puede
remediar este mal.

Fabio.

¿Quién es?

Rey.

Lisena;
porque si tengo agora, Fabio amigo,
de amar en otra parte sin mi gusto,
mas vale amor con gusto, y en Lisena
poner mi amor de nuevo, quizá el Cielo
y la ausencia del Conde serán parte
para ablandar su pecho diamantino,
ó perderé el amor si se resiste.

Estacio.

Con mal semblante tus papeles mira.

Rey.

Flechas de amor se vuelven rayos de ira.

ESCENA XII.

Decoracion de Sala de noche.

El Conde y Tomin.

Tomin.

¿Dónde sales, estás loco?

Conde.

Déjame, Tomin, que muero,

Si no he de gozar sus ojos,
mas vale morir y verlos.

Tomin.

Mira que duerme su padre.

Conde.

Si, pero velan mis celos,
y cuando celos no duermen,
no guardan á nadie el sueño:
¿ cual es su aposento ?

Tomin.

Aquel:
vive el Cielo que me muero
de frio.

Conde.

Llama, Tomin.

Tomin.

Da voces, y no llamemos.

Conde.

Abre, Celia celestial,
abre á este segundo Orfeo,
que ha hecho el alma Euridice
para tu amoroso infierno.
No soy el amante Páris,
que de Troya vengo huyendo:
no soy el Troyano huesped
que celebran tantos necios;
un hombre soy que á tus ojos
ciego, loco y muerto vengo.
Abre, divina señora,
abre Celia de los Cielos,
abre esa puerta divina,
descubre tus rayos bellos,
harás á la noche dia,
engañando al mismo tiempo.
Salgan de tu blanca nieve

los cristalinos reflejos,
y trueca en cristal los bultos
que agora miramos negros.
Oiga ya tu voz divina,
que al respirar del aliento,
el alma confortará
lo dulce de los deseos.
Hazte cuenta cuando salgas
que del azul pavimento
los sacros velos se rompen,
y sale Febo por ellos.
Abre á este huesped que tienes
tan cerca de tu aposento,
no le desconsueles, Celia,
pues no es de acero tu pecho.
Tantalo soy ya me toca
aqueste infelice ejemplo,
pues está á la boca el gusto;
Celia, y no puedo beberlo.
Abre, Celia, que vengo
muerto de amor, y de rabiosos celos.

Tomin.

Abre Ines. abre á Tomin,
abre, asi tengas abiertos
los cascos de una pedrada,
y de un asador el pecho.
Yo no soy pares, ni nones;
sus memorias aborrezco,
que hombres de grandes memorias,
son faltos de entendimiento.
Abre á este lacayo insigne,
por quien cantaron en versos,
la lealtad de los lacayos,
que agora en España vemos.
Abreme, no tengas pena,

pues que fice juramento
de que la tu doncellez
non recibirá algun tuerto:
abre Ines, que me duermo,
como he cenado, y no he tenido celos.

ESCENA XIII.

Dichos, y salen Celia, é Ines.

Celia.

¿Qué es esto, Conde, estás loco?
¿no sabes que un padre tengo
tan honrado como tú?
¿cómo á mi propio aposento
has llegado desta suerte?

Conde.

Mi Celia, porque estoy muerto
Perdoname por tus ojos,
que en estando ausente dellos
mil furias llegan al alma,
y mil volcanes al pecho.
¿Qué te pido que sea injusto?
¿acáso, Celia, pretendo
quitarte el honor ni ser
otro Tarquino soberbio?
quiero yo mas de mirarte,
y dar con tu vista aliento
al alma que te desea,
y al amor con que te quiero?

Celia.

Si tanto me quieres, Conde,
como dicen tus estremos,
no soy mala para esposa.

Conde.

Dices bien, mas al Rey temo

que se ha de enojar si salgo,
Celia, de aqueste aposento,
hasta que Fabio me avise,
que despues yo te prometo
ser tu esposo, Celia mia.

Celia.

¿Y agora qué quieres?

Conde.

Quiero
ver tu presencia divina,
gozar de tus ojos bellos
en tu aposento no mas.

Celia.

Bien por Dios, ¿en mi aposento?
bueno fuera que mañana,
como hacen otros mancebos,
te alabáras en la plaza,
de haber estado en secreto
en mi aposento conmigo.

Conde.

¿Pues piensas que soy de aquellos
que juegan con otras honras
á la pelota de viento?
Este vuelve y aquel saca,
descubriendo al mismo juego
las faltas que tienen otros,
sobrando tantas en ellos.
No, Celia, no me conoces,
yo soy fino caballero,
y mas que mi propio honor
respeto el honor ageno.

Celia.

¿Luego tú sabrás callar?

Conde.

Callaré, Celia, hasta el tiempo

que tú me mandes que hable.

Celia

Pues si yo te pruebo en esto,
seré tuya, mi Lucindo.

Conde.

¿Qué quieres?

Celia.

Que calles quiero;
hasta que te mande hablar
en público y en secreto,
sopena de que si hablas
palabra en aqueste tiempo,
has de perder mis favores.

Conde

Pues si de perderlos tengo,
de no hablar juro palabra
en público ni en secreto,
hasta que tú me lo mandes.

Celia

Si en eso, Conde, te pruebo,
mañana pienso ser tuya.
¿Prometes de veras eso?

ESCENA XIV.

Ines y Tomin.

Ines.

Calló y bajó la cabeza.

Tomin.

Hay locura, hay embeleco,
hay disparate mayor,
hay tan loco fingimiento:
vive Dios que está perdido,
lo que ellas jamás han hecho,
que es callar, mandan á un hombre.

Ines.

¿Y vosotros callais î fuego.

Tomin.

Por lo menos no hablan tanto
seis hombres en un invierno,
aunque sepan de memoria
las historias de los griegos,
como en un hora vosotras.

Ines.

¿Vosotras? algunas necio:
¿y tú qué has de hacer por mí?

Tomin

Hablar en prosa y en verso,
hasta que el hacha brillante
calce coturnos de fuego
en aurorizantes rayos,
si reiterados, no tersos.

Ines.

Pues á Dios.

Tomin.

Aguarda Ines;
¿Y si callar te prometo?

Ines

Remitiré que merezcas
una silla en mi aposento.

Tomin

Yo callaré, mas despues
no ha de haber untos ni sebos,
solimanes, redomillas,
pasas, albayalde y huevos,
que yo no lo ponga, Ines,
entre rutilantes versos,
porque en la calle lo canten,
niños, mugeres y viejos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion del Rey.

Salen el Rey y Fabio.

Rey.
¿Llevaste, Fabio, á Lisena
la joya que te mandé?
Fabio.
Ya, señor, se la llevé,
y por no darte mas pena,
no te he querido decir
lo que respondió enojada.
Rey.
Vive Diós que ya me enfada
tanto esperar y sufrir:
¿cómo que no ha de valer
contra una esperanza incierta,
en las opiniones muerta,
la violencia del poder?
Corrido estoy.
Fabio.
Yo, señor,
este daño remediára,
con que tu Alteza olvidára
esta tema ó este amor;
que son en sus varias suertes,
si llegan á descubrirse,
tan fáciles al rendirse,
como al defenderse fuertes.

Y aquesta que ha dado ya
en resistirse atrevida,
antes perderá la vida,
que de su intento saldrá.

Rey.

Dices bien, viven los Cielos:
vé, Fabio, y avisa al Conde
que venga á Palacio ya,
que pues que tan firme está
Lisena, y no corresponde
al amor que le he mostrado,
vive el Cielo que ha de ser
hoy de Lucindo muger,
aunque haya de ser forzado;
que muger que no ha querido
por guardar á un muerto ley,
admitir á un vivo Rey,
es razon que agradecido
el Conde bese su mano,
y yo quedaré envidioso,
pues con ser Rey poderoso,
me vence una flaca mano.

Fabio.

Voy á llamarle.

Rey.

Oye, espera,
por quien soy que me arrepiento,
y voy formando en el viento
una locura ó quimera:
mas vé volando.

Fabio.

Ya voy.

Rey.

Espera.

Fabio.

Tu gusto espero.

Rey.

Camina Fabio, que quiero
que sepa el amor quien soy. (1)

Si fue mayor la gloria y noble pago,
que dió en España á Cipion la fama
en no querer gozar la presa dama,
que el vencimiento ilustre de Cartago:
Y si despues de aquel lloroso estrago
de daño, mas famoso el mundo llama
al Macedon, que no violó su cama,
mi deuda con lo mismo satisfago.
No quiero que me estimen ni me alaben
las propias ni las bárbaras naciones,
de que en mi pecho sus grandezas caben;
No son los capitanes Cipiones,
ni Alejandros los Reyes, si no saben
vencer sus apetitos y pasiones.

ESCENA II.

Decoracion de Sala.

El Conde.

Nada amor á tu rigor
le debe un alma que pena,
que quien al cuerpo condena
con tan injusto furor.
¿ que puede esperar amor
de tu pecho desleal,
sino ~~es tener por~~ llamar bien al mal?

(1) *Vase Fabio.*

pues declaran tus hazañas,
que son tus tiernas entrañas
de acero, ó de pedernal.
No sé que sienta en sentir,
que me dés tan cruel castigo,
que aunque es mucho lo que digo,
me queda mas que decir.
Si me quisiste vestir,
niño amor, de tus colores,
no será razon que ignores
que eres niño en el obrar,
que un niño no ha de callar,
que siempre son habladores.
Mudo me has hecho, y no sé
de que pueda servir mudo.
pues hablando temo, y dudo
si tus engaños sabré,
Locura terrible foé,
Celia me mata, y me abrasa,
pero pues engaño pasa
á tan injusto desden,
yo me vengaré tambien
cuando salga de su casa.

ESCENA III.

El Conde, y sale Tomin lacayo.

Tomin.

A la puerta Fabio está,
con un papel de su Alteza:
¿qué te duele la cabeza?
habla, señor, habla ya,
habla por amor de Dios
habla por santa Maria;
mira que es gran tirania

que andemos ansi los dos,
tu en no quererme hablar,
yo en no saber entender.
¿Qué tengo de responder,
porque le mande aguardar?
¿qué se vaya? si, reniego
del enojo que me enseñas: (1)
no vés que no sé las señas,
como eres mudo; y no ciego.
¿Qué le llame? no: ¿qué quieres?
por tu vida has de decillo,
que ya no puedo sufrillo.
¿No quieres hablar? ¿No quieres?
mira que me está aguardando;
¿Qué le dé limosna? no:
¿qué tome el papel? ¿quién? yo:
asi eso estaba esperando.
El demonio es no lo dudo,
quien estos enredos fragua,
mas quisiera beber agua,
que no servir á este mudo.

ESCENA IV.

El Conde.

¡Válgame el Cielo! ¿qué será que Fabio
venga con un papel, si acaso quiere
el Rey, que me descubra ya en Palacio?
¿pues qué tengo de hacer si el Rey me habla?
callaré, y sufriré, que vive el Cielo,
que aunque sepa perder la vida, y honra,
que no he de hablar palabra, hasta que Celia
hablar me mande, como fué el concierto.

(1) *Vá el Conde haciendole señas.*

Ay Celia hermosa, si con este intento
mereciese gozar de tu hermosura,
que afrenta á la del Sol, y á las estrellas,
y aun ellas dicen que no son tan bellas.
Si salgo (por callar) con esta empresa,
una estatua prometo de oro, y plata:
tachonada de perlas, y rubies,
solo al silencio causa de que sea,
sin dar al alma, donde vive enojos,
dueño felice de tan bellos ojos.

ESCENA V.

Dichos, y sale Tomin.

Tomin.

¿Pareceme, ó me engañé,
que estabas agora hablando?
¿Si hablas que estás dudando?
que yo á nadie lo diré.
¿No soy criado leal?
habla por amor de Dios:
¿no quieres? no: voto á Brios
que es múy bellaca señal.
El ha de perder el juicio:
toma al papel, vesle aqui.
¿Responderéle? no, si:
ya de loco nos dá indicio:
habla, señor, ¿qué no quieres?
no hables, ¡ay tal rigor!
Por amor de Dios, señor:
¿qué esto puedan las mugeres?
Pues como en aqueso dés,
dos desventuras entablas,
sufrirte lo que no hablas,
y lo que has de hablar despues,

que un temerario hablador,
destos que la corte cria,
enfadado de que un dia
topó con otro mayor,
dió en callar, y fue de suerte,
que de callar enfermó
(aunque por callar no entró
en nadie jamás la muerte)
hablad marido llorando,
le decia la muger,
y el daba en no responder,
sino en morirse callando;
llamaron al confesor,
y allí que era fuerza hablar,
como comenzó á gustar
aquel sabroso licor,
comenzó á decir pecados
tan grandes, que parecía,
que sesenta años habia
que los tenia pensados.
Dijo que brujo habia sido,
y en contar como se untó,
mas de hora y media gastó,
hasta que el cura aturdido,
le dijo: mentis, que yo
algo de esto sé tambien.
que llamen quien sepa bien
de brujos como sé yo,
que por Dios que es fuerte caso.
Levántose el hablador,
y díjole al confesor,
oiga mis pecados paso.
Dijo el cura, hable seis dias,
y luego os confesaré,
que de represa no sé

que os oigan las piedras frias.
Tal me viene á suceder
contigo, señor, ¿ qué dices?
¿ que compre un par de perdices?
no, ¿ tampoco? ¿ que se aguarde?
sí, ¿ que aguarde? ¡ ah Cielo! yo
te prometo unas orejas
del barro de Talavera:
ahora bien, voyme allá fuera
á dar alivio á mis quejas.
Pero di, pues desatinas,
que he sido bruto elefante,
rayo, ó canoro brillante,
y otras frases vizcainas,
que toda cosa imperfecta
sufriré viéndote triste,
como no digas que fuiste
solo un instante poeta.

ESCENA VI.

El Conde.

Pues en aquesta ocasion,
lo que aquí he visto sufrí,
sin duda alguna que en mí
está muerto el corazon.
¡ Ay Celia divina y bella,
cuántas finezas me debes!
mas dirás si no te mueves,
que todo amor lo atropella.
Quiero leer el papel,
á ver lo que el Rey escribe:
mas ya mi daño apercibe,
que viene mi muerte en él.

Lea el papel.

Conde, yo estoy servido de vos en el negocio que os mandé, que fue por saber que Lisena os tenia amor. Es tan grande el que os tiene, que con haberos fingido muerto, de tal suerte ha insistido en su firmeza, que ni ruegos, dádivas y promesas no han sido bastantes á ablandarla, diciendo, que pues vos estais muerto, que quiere dar fin á su vida en un monasterio, y yo agradecido á firmeza semejante, quiero que la veais, y que ella os vea, y pagueis su amor tan honesto y firme. Yo el Rey.

Representa

Ay, Celia, si de Lisena
hoy tomaras el amor,
pues cesando tu rigor
cesara tambien mi pena:
ay, Celia, qué de cuidados
cuestas á un Rey, y aun á mí,
pues que no tengo por tí
los pensamientos logrados:
ay, Celia, que de tu amor
nació un error semejante,
pues soy por tí ingrato amante
y de un Rey competidor;
mas aunque de mí se olvida
la que mas al alma amé,
mis intentos seguiré
aunque me cueste la vida.

ESCENA VII.

Dichos, y sale Tomin, lacayo.

Tomin.

Ya aguarda Fabio á la puerta,

¿qué le he de decir, señor?
no hubiera aqui un hablador
con una bocaza abierta,
y no este mudo fingido.
dí, ¿qué quieres que le diga?
habla, señor, si te obliga
el amor que te he tenido.
¿qué le diré á Fabio? ¿qué?
¿qué haga limpiar el pozo?
ya en él contemplo mi gozo.
¿No? ¿qué tampoco acerté?
¿pues qué? bendito sea Dios:
¿los trucos quieres jugar?
¿no? ¿qué quieres visitar
á un ropero? á dos, á dos.
¿No tampoco? ¿asi, asi,
ruedas, ruedas, coche, coche?
¿Qué has de ir á ver esta noche
al Rey? ¿qué ya te entendí?
Gracias á cuantos amantes
se han entendido por señas,
gracias á todas las dueñas
que hablan cifras semejantes;
gracias é justo ruego,
de quien saberlo he podido,
y gracias á algun marido
que entiende á su muger luego.
Pero aquesta no le doy
á la poca dicha mia,
pues he de andar todo el dia
como quien juega al rentoy.

ESCENA VIII.

Habitacon de Lisena.

El Rey y Lisena, Dama.

Rey.

Hoy tienes nueva causa de alegrarte.

Lisena.

¿Qué el Conde murió?

Rey.

Vivo es Lucindo,
y hoy ha de ser, Lisena, esposo tuyo,
que pues con tal rigor te has resistido
á mi poder, es justo que le goces,
y por el amor firme que has tenido,
quiero que con Lucindo del estado
de Viciniano goces juntamente.

Lisena.

Beso tus pies mil veces, pues en ellos
he hallado el bien que imaginé perdido.

Rey.

Por pensar que en la muerte de Lucindo
estaba mi remedio, se ha fingido
muerto, como te he dicho.

Sale Febio.

El Conde viene.

ESCENA IX.

Dichos, y sale el Conde y Tomin, y arrodillanse al Rey.

Rey.

Alza, Conde, del suelo, y á Lisena
agradece el amor que te ha tenido.

Lisena.

¡Ay, Conde mio, mi pesar mitigas:
tu vista ha dado á mi dolor remedio.

Rey.

¿Dónde has estado? ¿no respondes? habla!
¿estás mudo? ¿qué tienes?

Fabio.

¡Caso estraño!

Lisena.

Aun falta á mi desdicha
mayor daño.

Fabio.

Papel y pluma pide.

Lisena.

¿Qué es aquesto?

Rey.

Dale, Fabio, papel al Conde presto;
¡Cielos, qué es esto?

Lisena.

Mi desdicha ordena
lo que has visto, señor.
¿no oyes, Lucindo?

Rey.

Que si responde;

Fabio.

¿Cómo no me hablas?

Rey.

La cabeza señala ¡caso estraño!

Fabio.

Aquí el recado está.

Rey.

Lucindo escribe:
Por el Cielo Divino que me pesa,
Lisena hermosa, y imagino y pienso
que pueda ser el mal que el Conde tiene

Fabio

Ya lo escribe, señor, el Conde.

Lisena.

¡Ay, Cielo!
grandes peligros en mi amor rezelo.

Fabio.

Ya ha escrito el Conde

Rey.

Dadme el papel presto.

Lee el Rey.

Por esconderme con mayor secreto como tú me mandaste, me metí en una cueva de mi casa, donde por la mucha humedad he perdido la habla, y esa es la causa, gran señor, de no responder á tus preguntas.

Representa.

Viven los altos Cielos, que me pesa.

Fabio

Yo ví, señor, lo mismo en un navio,
que el agua rebalsaba por el fondo:
quitó la habla á muchos marineros,
y despues con el tiempo la cobraron.

Rey.

De su desgracia con razon me pesa.
Haz, Fabio, que publiquen al momento
por toda Italia, que quien diere al Conde
sano del mal con que al presente vive,
que le daré diez mil ducados de oro.

Fabio

Tu pensamiento con razon ignoro,
porque ofrecerles los diez mil ducados,
sin imponerles pena, que les ponga
miedo, si no se atreven á curalle,
á cualquiera pondrá, señor, deseo
de curarle, por ver si acaso sana,

y con tantos remedios esquisitos,
podrá ser que le quiten habla, y vida.

Rey.

Tienes, Fabio, razon, pues haz que digan
en el pregon, que el que curar quisiere
al Conde, en precio de diez mil ducados,
pongan diez mil en forma de deposito,
y que estos pierda aquel que se atreviere
á curarle, y no salga con su intentó.

Fabio.

Este, señor, es cuerdo pensamiento.

Rey.

Lisena, este es el Conde, yo no puedo
hacer mas por tu amor, ni por el suyo:
saben los Cielos que tu pena siento,
y que quisiera luego remediarla;
quedate á Dios.

Lisena.

Tus pies, agradecida
beso mil veces.

Rey.

Guarde Dios tu vida.

ESCENA X.

Lisena, Tomin, y el Conde.

Lisena.

¡Ay, Tomin! ¿qué tiene el Conde?

Tomin.

No sé, con varios suspiros
al Cielo mira suspenso.

Lisena.

Sin duda á matarme víno.
Señor Conde de mis ojos,
si con palabras obligo

á que digais que sentis;
aquí está un pecho rendido:
¿qué teneis, Conde, y señor?

Tomin.

Yo, que siempre fui el martillo
de aqueste Caton, ansi
sus señas declaro, y digo,
en aquel juntar las manos,
á la cabeza te dijo,
que la semana que viene
ha de ir á Francia.

Lisena.

¿Qué indicio
dás, Tomin, de tu locura?

Tomin.

Porque segun él me ha dicho,
tiene ciertos lamparones,
y que los Reyes divinos
curan por gracia de Dios.

Lisena.

Señor Conde, esposo mio,
que teneis? ¿porqué no hablais?
advertid esto que os digo.
¿Si por casaros forzado
el Rey mi señor conmigo,
este mal fingido habeis,
yo digo, que mas estimo
vuestro gusto, que mi honra,
¿qué decis?

Tomin.

Agora digo,
si nó me engaña la vista,
que ha de haber falta de trigo,
mas que habrá muchos garbanzos.

Lisena.

Ay Tomin, locura ha sido,
que aquel mover de las manos,
y llegarlas el oido,
es decir, que á la cabeza
le falta el mejor sentido:
¿no es verdad, señor?

Tomin.

Agora
sé yo muy bien lo que dijo.

Lisena.

¿Qué?

Tomin

Que tiene comezon.
y no me espanto ni admiro,
porque ha ocho días, y mas,
que no se muda vestido.

Lisena.

¿Es verdad, señor?

Tomin

Y ahora, si yo no me engaño dijo,
que tiene hecha una promesa
al devoto san Francisco,
y que ha jurado hasta entonces
de no decir, esto es mio,

Lisena.

Si mis palabras os mueven,
Cielos santos, y divinos,
dad fin á tan grave mal,
y á mis desdichas principio,
¿señor Conde, sentis algo?

Tomin

¿No entiendes lo que te dijo?

Lisena.

No, Tomin.

Tomin.

Que nécia eres,
que ha bebido mucho vino,
y le duele la cabeza;
no es negocio de peligro,
mira como lo entendió,
y se vá. *Vase el Conde.*

Liseno.

Cielos divinos,
tened lástima de mi. *Vase.*

Tomin.

Viven los Cielos, que envidio
á los mozos de los ciegos,
despues que á este mudo sirvo,
porque entienden por lo menos:
y escuchan bien lo bien dicho.
Plegue á Dios que cuando hables,
si no es que el habla has perdido,
que hables, el mundo lleno
de vocablos esquisitos,
y que tantos habladores,
te los hayan consumido,
que llamen al pan tinaja,
y costal de cuero al vino.

ESCENA XI.

Decoracion de Sala.

Celia, Lisardo y Ines, Criada.

Lisardo.

Que el Conde enmudeciese ¡caso estraño!

Celia.

Mas éstraño es el caso que tu piensas;

Lisardo.

¿De qué manera?

Celia.

Ves, señor, que el Conde no habla.

Lisardo.

Ya lo veo

Celia.

Pues yo he sido la causa de que calle.

Lisardo.

¿De qué suerte?

Celia.

Mandéle yo callar, y asi ha callado; y hasta que yo le mande lo contrario, estará de la suerte que tú sabes.

Lisardo.

Pues ocasion te ofrece agora el Cielo de que aumentes tu casa y tu linage, que le ha pesado al Rey con tanto estremo la enfermedad del Conde, que ha mandado diez mil ducados á quien se atreviere á curarle, es verdad que ha puesto en ello una pension notable

Celia.

¿De qué suerte?

Lisardo.

Que ha de poner otros diez mil ducados en el poder del Rey depositados; porque si acaso á no curarle acierta, se quede sin el uno y sin el otro.

Celia.

Pues padre, yo nací con buena estrella, ocasion me promete la fortuna de dar á mi linage ilustre nombre,

yo he de curar al Conde.

Lisardo.

¡ De qué modo?

Celia.

Mandándole hablar.

Lisardo.

Que haya ignorantes
que se priven del habla : ¡ caso estraño!
¿ Pues dónde tienes tú diez mil ducados,
Celia, para dejarlos en resguardo
de que la cura acertarás ?

Celia.

El Conde mas de ocho mil me ha dado, y
buscaré los dos mil muy facilmente,
y iremos á Palacio los dos juntos,
donde tendrás los veinte mil ducados,
que están para mi dote dedicados:
con estos veinte mil, quién tiene duda,
y con la fama que hoy ganar pretendo
de muger sábia, que hallaré un marido,
en tantos pretendientes escogido.

Lisardo.

Mira, Celia.

Celia.

Señor, no me repliques.
Vente conmigo. Ines, tú, señor, parte,
y sobre prendas que doblado valen,
me buscarás estos dos mil ducados.

Lisardo.

Yo voy, pues es tu gusto. *Vase.*

Ines.

Aquí han llegado
Feniso con Roberto.

Celia.

Entren al punto.

ESCENA XII.

Ines, Celia, y salen Feniso y Roberto galanes.

Roberto.
¿No sabes lo que ha pasado,
Celia?

Celia.
O amigo Roberto,
¿hay de nuevo alguna cosa?

Roberto.
Que ha prometido Rugero
diez mil ducados en oro
á quien...

Celia.
Ya todo lo entiendo:
Feniso y Roberto, yo
curar hoy al Conde quiero.

Roberto
¿Tú? ¿de qué manera?

Celia.
Allá vereis los dos el remedio.

Feniso.
¿Estás loca? ¿pues no sabes,
que es condicion aquesto,
que el que quisiere curarle,
sea humilde ó caballero,
tiene de depositar
diez mil ducados?

Celia.
Yo tengo diez mil ducados.

Feniso.
¿Tú?

Celia.

Sí.

Feniso.

¿Cierto?

Celia.

Lo que digo es cierto,
y con veinte mil ducados,
que ya por ciertos los tengo,
yo sé que me casaré
con un noble caballero.

Roberto.

¿Casaráste con el Conde?

Celia.

No quiero Condes, ni quiero
Altezas, ni Señorías,
sino mi igual; al Rey temo,
tengo de cumplir su gusto.

Roberto.

Yo soy noble caballero.

Celia.

No quiero cuentos con Reyes,
pues que yo en mi gusto reino;
de los dos será mi esposo
el mas prudente y mas cuerdo
que yo viere en la ocasion.

Feniso

De ser tu esclavo prometo.

Celia.

Vamos á Palacio agora,
que despues lo trataremos,
que pienso que el Rey aguarda,
Ines.

Ines.

Señora.

Celia.

Al momento
te cubre tu manto y vamos,
y en ese cofre pequeño
el dinero llevarás.

Feniso

¿Cuánto llevas en dineros?

Celia.

Ocho mil.

Feniso.

Por vida mia,
mi esposa será, Roberto.

Roberto.

No sino mia, Feniso.

Feniso.

Bueno está ya

Roberto.

Hablemos quedo.

ESCENA XIII.

Habitacion en Palacio.

Sale el Conde.

Basta amor, que te has mostrado
conmigo tan riguroso,
que aun hasta del ser celoso
licencia no me has dejado.
A Celia escribí un papel,
no sé que responderá,
si ya mi desdicha está
cifrada en la forma dél.
¿En qué ha de parar, amor,
tantas locuras y enredos?
al alma nacen mil ~~hierros,~~ miedos,

que del Rey temo el rigor:
más aquí viene Tomin,
¡Cielos, qué habrá respondido!

ESCENA XIV.

El Conde, y sale Tomin.

Tomin.

El juicio traigo perdido
Ah, señor, señor; qué en fin
te dura aquesa locura?
Harto mejor, señor, fuera
que tu engaño conociera
lo que esta infame procura,
pues habiendo ya sabido
que el Rey dá diez mil ducados,
todos en oro contados,
aqueste tu mal fingido
remediará: á Palacio viene,
diciendo que ha de curarte,
mira si para engañarte,
nuevos engaños previene,
Es posible que tu seas
tan loco, tan ignorante,
tan aborrecido amante:
¿qué muger tan vil deseas?
¿estás loco, tienes seso?
¿tienes honra? ¿tienes ser?
¿quieres en tu casa ver
algun infeliz suceso?

Conde.

Vive Dios.

Tomin.

Ah pena tal;
cogite esta vez: ¡ay tal!

todo la industría lo allana :
hablando con libertad
te he cogido aquesta vez.

Conde.

Yo mismo he de ser juez *ap.*
esta vez de su maldad.
¿Qué dices nécio?

Tomin.

Obligóme
ver que esta falsa insolente,
por interes solamente
á pechos la empresa tome:
¿no basta ocho mil ducados,
sino tambien veinte mil?

Conde.

En sus manos de marfil
y de cristales helados,
no se emplean bien, Tomin.
Deja que los lleve, deja
que satisfaga mi queja,
y dé á mis pesares fin:
deja que este angel divino
lleve esos diez mil ducados.

Tomin.

Sin duda que tus cuidados
dán en nuevo desatino.
¿Estás loco?

Conde.

¿Qué he de hacer
si el interés la cegó?
yo pienso hacer como yo,
si ella hace como quien es.

Tomin.

Señor, mira,

Conde.

Necio, olvida
lo que yo no temo y dudo.

Tomin.

Ah, quién fuera agora mudo,
para no hablar en su vida.

ESCENA XV.

Dichos, el Rey, Lisardo y Fabio.

Rey.

¿Vuestra hija quiere curalle?

Lisardo.

Verá vuestra Alteza en ella
el ingenio mas agudo
que han visto Italia, ni Grecia,
ni la discrecion de España.

Rey.

De las mugeres se cuentan
cosas estrañas: ser puede,
lo que no es razon se vea
hasta verlo con los ojos.

Lisardo.

En las escuelas de Atenas,
estudió, señor, mi hija,
en su edad florida y tierna,
y á muchos sábios que fueron
sus condiscípulos della,
les dejó mi hija atras,
en lo que es aquesa ciencia.

Rey.

¿Es hermosa?

Lisardo.

Por estremo.

Rey.

¿Y cómo se llama?

Lisardo.

Celia.

Fabio.

Aquí está esperando el Conde
con la señora Lisena.

Lisardo.

Entre mi hija tambien.

Rey.

Mucho me holgaré de vella,
por la fama celebrada
que me ha dado tantas nuevas.

ESCENA XVI.

Dichos, y salen Celia, Lisena, el Conde y los demas

Celia.

Dadme, señor, vuestros pies.

Rey.

No es justo que á la belleza
aquese lugar se dé,
que sois por estremo bella:
¿sois vos quien quiere curar
al Conde?

Celia.

Sí señor.

Tomin.

Deja el desatino en que estás,
y de esta infame te venga.

Rey.

¿Cómo lo habeis de curar?

Celia.

Con dos palabras.

Rey.

Pues sea.

Celia.

No soy empírica yo,
que curo por esperiencia,
ni ~~clínica~~ clínica con venenos.

Rey.

Con medicinas y yerbas
suele ser mas importante.

Celia.

Eso llaman farmacéutica.

Tomin.

¡Hay enredos semejantes!
que Celia estas cosas sepa.
Deben de ser bernardinas,
porque ella toda su ciencia
fue rapantis mentecatis,
ley dar, párrafo moneda.

Rey

Ya el Conde esperando está.

Lisardo.

Celia, á curarle comienza.

Rey.

¿Está ya depositado
el dinero?

Fabio.

En mi presencia
lo entregó, Celia, señor.

Tomin

¡Ah, quien fuera el Conde!

Lisardo.

Llega
á curar al Conde, hija,
porque ya espera su Alteza.

Celia.

Comienzo en nombre de Dios.
Ah, señor Conde, aquí llega
á suplicaros rendida
una humilde esclava vuestra,
que hableis ya.

Tomin.

No ha respondido.

Celia.

Yo soy, mi Lucindo, aquella
que os mandó callar entonces,
para probar la firmeza
que mostrabais en mi amor.

Tomin.

Por vida que no despliega
los labios.

Celia.

¿No respondeis?
desatad mi bien la lengua,
y mirad que vuestra esposa,
humildemente os lo ruega.

Tomin.

Vive Dios que no responde.
El se venga, linda treta:
por Dios que es hombre de bien;
Quien se le vió decir, deja,
deja, Tomin, que se lleve
esos diez mil ducados Celia bella,
con esas manos de azahar,
de jazmin y de violetas:
viven los Cielos que siempre
imaginé que esto fuera.

Celia.

¿No respondeis, Conde mio?

Tomin.

Vive Dios, si no supiera
que ha poco que me habló,
que por mudo le tuviera.

Celia.

Mirad que es bajeza grande
vengaros de esa manera
de una muger que os adora,
y su firmeza os enseña.

Tomin.

Echó la tranca, por Dios
que de campiña se cierra;
no soy empírica yo,
que curo por esperiencia,
ni clínica con venenos,
por Dios que le salió güera
á Celia la medicina,
esto llaman forma ceútica.

Rey.

¿Cómo no habla Lucindo?

Fabio.

Pienso, señor, que no acierta
Celia con la medicina.

Tomin.

Fáltanle dos ó tres letras
á las palabras.

Lisena.

¿Señor,
curaré al Conde?

Rey.

Lisena,
pienso que lo intentes tú.

Lisardo.

¿Qué es esto, hija?

Celia.

Que se venga
desta suerte el Conde en mí.

Tomin.

Por Dios qne es buena la ciencia.

Celia.

¿Ah señor, Conde, no hablais?

Tomin.

No aprovecha.

Rey.

¿No aprovecha?
¿falta mas?

Celia.

Una palabra.

Tomin.

Oigan, que las fiestas echa.

Celia.

Conde y señor, si hablais,
esta noche será Celia
vuestra, á todo vuestro gusto.

Tomin.

Vive el Cielo, que es de piedra.

Rey.

¿No hay remedio?

Tomin.

No hay remedio.

Rey.

Pues cúrale tú, Lisena,
que pienso que tú serás
la ciencia mas verdadera.

Lisena.

¿No hablais, Conde y señor?

Conde.

Agora hablaré, Lisena,
y que soy vuestro marido,

la primer palabra sea.

Tomin.

En fin, parió.

Rey.

Si es tu gusto,
dale la mano, Lisena.

Lisena.

Y el alma tambien le doy.

Feniso

Roberto, cargad con Celia.

Roberto.

A un turco, que yo me voy.

Feniso.

No vuelvo á casa con ella.

Celia.

Vamos, padre, á Dios, ingrato.

Lisardo

Maldiga el Cielo tu ciencia.

Tomin.

¿Y á Tomin no le dán nada?
ya de Tomin no se acuerdan.

Rey

Los diez mil que Celia trujo.

Tomin.

En verdad que nó eran della.

Rey.

Y al Conde Lucindo doy,
con la señora Princesa,
de Viciniano el Estado.

Conde.

Y aquí acaba la comedia,
llamada el desdén vengado,
que así un desprecio se venga.

El Desden Vengado.

Tomin, criado del Conde, le echa en cara que ame á una muger que es desigual á él por su cualidad de coqueta cuando menos, y que admite en su casa á cuantos quieren obsequiarla, siendo una verdadera buscona y anzuelo de pisaverdes Fabio, criado tambien del Conde, le increpa sobre lo mismo, participándole que habiéndose, segun sus órdenes, aproximado á la casa de Celia, habia encontrado abierta la puerta y muchos embozados que entraban Con efecto, á poco rato sobreviene Feniso, que canta á los umbrales un soneto, siguiendosele inmediatamente Roberto, que hace lo mismo. Despechado el Conde se acerca á pedir celos á Celia, la cual le reconviene del poco honor que la hace con tales desconfianzas: le asegura que los dos embozados habian ido á visitar á su padre en aquella tarde, y le despide enojada Lisena enamorada del Conde se lamenta de su desamor, proponiéndose atraerlo, cuando Rugero, Rey de Nápoles, la manifiesta su pasion, ofreciendo á sus pies la Corona; mas ella le desengaña, declarando tiene puesta su aficion en otra parte, aunque le oculta en quien Procura el Rey averiguar del Conde si es amante de Lisena, y cuanto mas le pondera el Conde las prendas de su dama, tanto mas se confirma en que es la que á él le desdeña. Tomin es quien le adelanta mas noticias, manifestándole estar su amo apasionado de una dama que siempre le está pidiendo, y á la que no se halla el Conde en estado de satisfacer por su pobreza, y consigue con sus agudezas que le dé cuatro mil ducados para su amo Feniso pide tambien celos á Celia, y esta le prescribe las reglas que debe observar todo amante que no quiera pasar por

necio A Roberto le pondera las escelencias de la generosidad, y sobreviniendo el Conde, y noticiosa por su criada Ines de que el Conde tiene entonces dinero, le lisongea y se le muestra favorable hasta sacarselo.

Pregunta el Rey á Fabio, criado del Conde, como podrá averiguar si este es querido de Lisena, y Fabio le sugiere la idea de que se esconda, mientras él da á Lisena la falsa noticia de la muerte del Conde. Efectivamente lo hace asi, y los sentimientos de aquella dama manifiestan claramente el amor que Lisena profesa al Conde; en vista de lo cual manda el Rey á este que se esconda por seis dias. Tomin vuelve á significar al Monarca el mal estado del bolsillo de su amo, y que despreciándole por esta causa su dama, y padeciendo de celos, teme que no cumpla bien el precepto que le ha impuesto de esconderse, y consigue que el Rey le dé otros cuatro mil ducados. Lisardo padre de Celia, la reconviene de lo que perjudica á su honor la entrada de tantos pretendientes en su casa, mandandola que se decida por alguno. Ido el padre entra Feniso, y aunque piensa Celia no dejarle entrar, la vista de una cadena de oro que lleva puesta hace que mude de idea: consigue que se la regale, y en seguida le desengaña abiertamente. Entra Roberto quejoso de que siempre que entra encuentra otro que sale, y Celia le dice que el que ha encontrado es Feniso, que marchaba despechado por haberle dicho que Roberto era su esposo, con cuya sutileza le aplaca, y logra que le regale doscientos escudos. Sobreviene el Conde, y á este le espresa que su padre ha dado su mano á Roberto; pero que todo puede remediarse si él quiere ser su esposo. Manifiestale entonces el Conde la orden que le ha dado el Rey, mediante la cual, pero no siendo posible privarse en todo aquel término de su vista, viene á esconderse en

su casa. Celia se opone á tal designio, y al fin accede precedido juramento de conducirse con toda la delicadeza de caballero, respecto á su honor. Entretanto el Rey hace que se presente á Lisena el título de Princesa de Viciniano, que agradece, pero no admite, mandando digan al Monarca que habiendo muerto el Conde, piensa acabar sus dias en un monasterio; sin que este desengaño aparte todavia al Rey de su intento. No pudiendo el Conde resistir al deseo de ver á Celia, llama á su aposento, y Celia le permite permanecer en él, bajo juramento de callar hasta que ella le mande romper el silencio

Convencido ya el Rey Rugero de la constancia de Lisena para con el Conde, manda llamar á este. Fabio le entrega un papel de parte del Soberano, y dandole á entender Tomin que aguarda la respuesta, el Conde en cumplimiento del juramento nada le responde. El papel contiene el aviso de Rugero, que le participa la constancia con que le ama Lisena, segun la prueba que ha hecho, mandándole la vea. Declara el Rey á esta que el Conde vive, y que en el mismo dia ha de ser su esposo, en premio de su firmeza. El Conde á presencia del Rey y de Lisena se obstina en callar, de modo que hace creer á entrambos que está mudo, y deseoso el Rey de su alivio, manda publicar en su nombre el premio de diez mil ducados á quien acertare su cura restituyendole el habla; pero debiendo depositar el que á ello se atreva otra igual cantidad La codiciosa Celia, con la seguridad de que el Conde no hablará hasta que ella se lo mande, se propone ganar aquella cantidad, y se presenta ofreciendo curarle; pero desengañado el Conde de su perfidia, y agradecido á la ternura de Lisena, no obedece al precepto de la primera, y suelta la lengua declarandolo todo á la insinuacion de Lisena, casan-

dose con ella y castigando así el desden de Celia.

Bien podia tener esta Comedia el título de *la codicia castigada*, pues verdaderamente no son desdenes los de Celia, sino bellaquerías con que chupaba á tantos galanes, que digase lo que quiera de la delicadeza de los hombres en aquel tiempo, debian tener harta paciencia, y ser como suele decirse, unos Juanes Lanas: y lo mismo debe decirse de las damas que aquí se pintan, mas busconas de pesos que de amores. No tiene pues esta composicion dramática del imitador mejor de Calderon una base moral fija sobre que directamente gire; y á ser menor y desnuda de episodios, constituiria un buen sainete. Fuera de esto, la accion tiene unidad y corre sin detenerse á su desenlace: el caracter del Conde interesa el de Celia tiene por algun tiempo indeciso al espectador, el amor de Lisena le lastima, Tomin le divierte, y Rugero es indispensable para desatar el nudo de la accion. El enredo, para haber seguido Rojas muy de cerca las huellas de Calderon, no puede mirarse por inverosimil; y se nota en esta como en otras piezas que sabia ser sencillo con la misma facilidad que conceptuoso y gongorino; y que cuando incurria en este estravio, no era porque no conociese su estravagancia. Asi es que los dos sonetos en el primer acto uno en boca de Feniso que empieza:

Armas de amor, señora, son tus ojos,

y el de Roberto:

¿Qué mal te hice? no, ¿qué tanto mal?

parecen compuestos adrede para ridiculizar semejante estilo. Compárense si no sus alambicados conceptos con lo natural del lenguage del Conde, quejándose de la conducta de Celia.

No hay disculpa que me cuadre:
y el estar tú levantada
á estas horas, y la puerta
de los balcones abierta,
es razon averiguada
que algunas culpas se encierran
en tus fingidas razones:
que las puertas y balcones,
Celia, de noche se cierran:
mira si es engaño llano
lo que presumen de tí
mis criados.

Lo mismo puede decirse de la leccion dada en boca de Celia á los amantes quisquillosos, que ademas de la facilidad con que está escrita, pinta el caracter de una muger coqueta y enemiga de sujecion en materia de amores.

Primeramente,
el galan que quiere serlo,
no ha de querer de nosotras
mas de aquello que le demos.
Si acaso estamos en misa,
no ha de entrar en ella á vernos,
y si entrare, muy de paso,
y sin pararse suspenso
al sacar agua bendita,
ni al dar á la cruz el beso.
Si nos encuentran hablando
con hombre, sea mozo ó viejo,
no alborotar la caza,
que es disparate de necios.
Si alguno nos visitare,
no ha de preguntar riñendo
á la criada, quien es,

ni que busca al escudero.
Si á las ventanas estamos,
no ha de parar un momento,
y si para, ha de parar
hasta que pase el platero.
Estás son las condiciones:
y cierranse con el sello
de pagar veinte doblones
cada vez que pida celos.

Los diálogos de Tomin con el Rey, cohonestado con la licencia que se dispensaba antiguamente á los bufones, están escritos con naturalidad, y sembrados de las sátirillas que nuestros antiguos dramáticos ponian en boca de los graciosos, mas particularmente encargados de esgrimir el azote de Momo. Está lleno de gracejo el juramento de Tomin en manos de Ines por el contraste que forma con el de su amo el Conde en las de Celia.

Conde.

Por aquestas manos bellas,
que del mundo son esferas,
donde se ven diez hileras,
de relucientes estrellas.
Por el zafir y coral,
que en su círculo le muestra. &c.

Tomin.

Por esas dos manecillas
de ternera y sus cuajares,
y por esas dos cuchares
con que haces albondiguillas;
Por esas dos longanizas &c.

Resuelto Rugero á vencerse así mismo obrando

generosamente en favor del amor que Lisena profesa al Conde, se espresa en un soneto que no es de los adocenados entre la multitud de los que se leen en nuestro teatro antiguo, tanto por su diccion, como por el pensamiento moral que encierra.

Si fue mayor la gloria y noble pago,
que dió en España á Escipion la fama
en no querer gozar la presa dama,
que el vencimiento ilustre de Cartago:
Y si despues de aquel lloroso estrago
de daño, mas famoso el mundo llama
al Macedon, que no violó su cama,
mi deuda con lo mismo satisfago.
No quiero que me estimen ni me alaben
las propias en las bárbaras naciones
de que en mi pecho sus grandezas caben.
No son los capitanes Escipiones,
ni Alejandros los Reyes, si no saben
vencer sus apetitos y pasiones.

Concluiremos diciendo lo bien ideado de las escenas en que Tomin se empeña en interpretar las señas de su amo, y creemos que aun en el dia se veria con gusto en las tablas esta Pieza, que como otras de su época, están espulsadas del repertorio con sobrado rigor.

6

PROGNE Y FILOMENA.

PERSONAS.

Progne.
Filomena.
Pandron, su padre.
Rey Tereo
Hipolito
Libia, Criada.
Aurelio, Viejo, Gobernador de Tracia.
Juanete, Lacayo primero.
Chilindron, Lacayo segundo.

La Escena pasa en Atenas y Tracia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Salon.

Sale Filomena llorando, y Hipolito.

Hipolito

Deja el llanto, Filomena,
que si es alivio, es rigor,
que por templar un dolor,
me causes á mí una pena.
Los ojos tuyos serena,
no los quiera tu piedad
aplaudir con vanidad
de cielos en tus desvelos,
que para ver que son cielos,
les sobra la tempestad.
No bien destilado exhales
aljofar de mas valor,
si el llanto es señal de amor,
no derrames las señales:
comunícame tus males,
sea el dolor repartido,
al paso que fue sentido;
y si con fuego velóz
hiere tu pena á mi voz,
hiera tu voz á mi oido.
Cuando á los ojos prefieres
tanto dolor reprimido,
¿lloras porque me has querido,

ó lloras porque me quieres?
Que es condicion de mugeres
no ser constantes, infiero;
yo, pues que á tus rayos muero;
una pregunto y mil veces,
¿lloras porque me aborreces,
ó por qué?

Filomena.

Porque te quiero:
¿cómo, di, puedes dudar
lo que en mí llegas á ver?
¿quién llora de aborrecer?
¿y quién no llora de amar?
Tu sospecha he de culpar,
y que propongas me espanto
tanta duda, dolor tanto
en quien llora y quien suspira,
porque el oido arguye ira,
y el amor supone llanto.

Hipólito

Aunque creerte es preciso,
por lo que arguyendo estás,
suele aborrecerse mas
aquello que antes se quiso;
sirva de ejemplo, ú de aviso
lo contrario, pues he hallado,
del amar disciplinado,
que suele ser mas querido
aquel que antes fue admitido,
que aquel que solo fue amado.

Filomena.

No creas tan grave error,
que no se aposenta, siento,
bien el aborrecimiento
adonde vivió el amor.

Si aun es la ceniza actor;
si aquel fuego es inmortal,
no admitas ejemplo tal
á una llama repetida,
porque es amor una herida,
que siempre deja señal.

Hipolito

Filomena, envia ahora
con equivoco arrebol,
supuesto que tú eres sol,
el llanto para la aurora:
dime, ¿qué tienes, señora?

Filomena

No entenderás mis enojos,
que son en estos despojos
tan honestos mis agravios,
que al decirlos por los labios,
se han de salir por los ojos.

Hipolito

Ciego es mi amor, mas no tanto;
que se pasase á ser rudo,
yo las entiendo, aunque es mudo,
las señas que hace tu llanto:
habla, esplícame este encanto,

Filomena

Allá voy con mi tormento.

Hipolito

No en llamas salga violento,
que se huirá por ser velóz.

Filomena.

No me atiendas á la voz,
atiéndeme el sentimiento.
De aquel infelice dia,
(ya presumo que te acuerdas;
si no es que con tus cuidados

tu memoria se divierta)
en que por embajador
llegaste á este Reino Atenas:
adonde Pandron mi padre,
bien obedecido, reina
por tu hermano el Rey de Tracia;
con mi padre hiciste treguas,
y cuando con él la paz,
conmigo alteraste guerra.
Fueron tambien los conciertos,
(¡qué presto el mal se concierta!)
que tu hermano se casase,
ó con Progne, ó Filomena:
mi hermana Progne lo admite,
yo me rindo á la obediencia;
mi padre lo determina,
tú, Hipólito, lo deseas
Enviaste pues dos retratos
de las dos, porque eligiera
el Rey Tereo tu hermano,
una de las dos bellezas
Belleza dije á la mia,
suple esta alabanza necia,
que pues soy tan desdichada,
no debo de ser muy fea
Eligió tu hermano, el Rey
á mi hermana; y porque tenga
su amor un premio debido,
el Reino una conveniencia,
porque le cases te envia
poder con su firma régia,
y tú por él te casaste
con Progne, mi hermana bella.
Yo, viendo salir mi afecto
de la carcel de la idea,

dando soltura á mis ojos,
los grillos quité á la lengua:
y viendo que ya mi hermana
de tu hermano es dulce prenda,
lo que calló tu lealtad,
dejó decir tu terneza:
hablábasme con suspiros,
que son retórica nueva,
que en la clase del amor
ha inventado la modestia.
Nos mirábamos los dos,
(¡ó quien pintarlo supiera!)
yo el descuido en el cuidado,
tú cobarde en la fineza;
yo culpándote remiso,
tú temiéndome soberbia;
yo intentando que me habláras,
tú intentando que te oyera:
por mas señas, que una vez,
si no bastan estas señas,
al ir á decir tu amor
con temerosas finezas,
ó al manifestar tu incendio,
viéndome hablarte severa,
lo que iba á salir en voz,
se te congeló en vergüenza:
siempre temen los amantes,
pues de colores diversas,
en las vistas del amor
toma el semblante librea.
Fingimos conversacion
de diferentes materias,
(disfraz que toma el deseo
para ganar la modestia)
deciamos nuestro amor

con equívocas sentencias;
yo con fuego, y tú con yelo
templábamos nuestras quejas;
aunque tal vez temerosa,
sin saber en lo que yerra,
como andaba por el yelo
se deslizaba la lengua.
Cegó nuestro amor, en fin,
púsole el temor la venda,
entróse el alma por trato,
que al amor el trato engendra;
que es una fuerza mi pecho
tan inexpugnable y nueva,
que á no ganarla por trato,
pienso que no la rindieras.
Y en un jardin una tarde,
donde tus lágrimas eran,
si de tu amor bien lloradas,
de mi dolor satisfechas,
apacible con tu ruego,
cariñosa con tu queja,
creyendote como hermosa,
oyendote como tierna,
viendote activo en la llama,
solícito en la empresa,
llegando, al verme remisa,
la noche por medianera,
al arrullo de tu voz,
como si muy niño fuera,
dormido quedó mi honor,
y mi esperanza despierta,
Ni aun flores fueron testigos,
porque la rosa doncella
se escondió en verde capullo,
ú de prudente ú de honesta.

Arrugose en su boton
la vergonzosa azucena,
y á competir nuestros lazos
se asomó la verde hiedra.
A este tiempo (¡ó qué mal tiempo!)
mi padre anciano concierta,
puesto que Progne, mi hermana,
es del Rey tu hermano prenda,
que Jacobo, hijo del Rey
de Albania, mi esposo sea;
y hoy tambien llegó un aviso,
que hoy llega tu hermano á Athenas
y que se ha de partir hoy
tambien con mi hermana bella,
porque de su brevedad
pretende hacer su fineza.
Mira ahora, dueño mio,
si será razon que sienta,
(aunque sentir las desdichas
suele ser consuelo dellas)
que el Rey mi mano le pida,
que declararle no pueda
á mi padre nuestro amor:
y en fin, que tu hermano venga,
y que hoy se vaya tu hermano
á su Reino, donde es fuerza,
pues solo á que venga aguardas,
que á su patria con él vuelvas.
Casarme yo no es posible,
pues aunque yo lo quisiera,
tu amor, mi honor, tu palabra
es fuerza que lo defiendan.
Irte tambien es matarme,
Hipólito, pues me dejas
el alma en el sentimiento

y el sentimiento en la pena.
Pues quedarte en este Reino,
aunque es paga, es imprudencia,
pues viene á ser añadir
un indicio á una sospecha;
de suerte que ya me quedo,
si con tu hermano te ausentas,
sin tí para mi dolor,
sin mí para mi nobleza,
con mi padre para el llanto,
para mi error con mi ofensa;
sin mi honor para mi fama,
y sin tí para mi queja:
mas yo no estraño estos riesgos,
aunque tan airados vengan,
que asi como vi la calma,
adiviné la tormenta.
Y viendo tardar los males,
me dije un dia á mí mesma:
¿de cuando acá las desdichas
vienen con tanta pereza?
No los socorros de amante
te pido, porque se yerran:
cómo anciano en las desdichas
algun medio me aconseja.
Cuerdo eres, y yo infeliz,
estos dos estremos mezcla:
valiente eres, y yo amante,
estas calidades templa;
un riesgo saue otro riesgo,
un mal otro mal divierta:
la sangrienta herida pide
medicina mas sangrienta;
búsquese grande remedio
donde hay tan grande dolencia

y lo que escribió el error
sepa corregir la enmienda,
que yo obediente y amante,
á tus preceptos dispuesta,
ó me templaré prudente,
ó te seguiré resuelta,
porque debas á mi amor
la última conveniencia,
pues para enseñarte el riesgo,
hoy se ha quitado la venda.

Hipolito

Suspende el rigor mortal
y las lágrimas tambien,
y escucha dispuesto en bien
al que tú lloras en mal.

Filomena.

¿Pues qué remedio se espera
cuando el riesgo viendo estás?
¿cómo lo remediarás?
prosigue.

Hipolito.

Desta manera:
este es el medio mejor,
y el que estos daños allana.
Supuesto que tú y tu hermana
os teneis tan grande amor,
ó por sangre ó por estrella,
y este riesgo viendo estás,
á tu padre le dirás
que no te has de hallar sin ella.
Y porque este intento asi
facilmente se consiga,
Progne á tu padre le diga
que no se ha de hallar sin ti:
tú se lo avisa primero,

y con amorosos lazos,
tal llanto finge en sus brazos;
que parezca verdadero;
pues las mugeres teneis
dos llantos con que vivís,
el usado si fingís,
pero el tardo si quereis;
que te has de ir por su aficion
con ella, di desde luego,
y finge de modo el ruego
que pase á resolucion
Que ella ha de admitirlo sé,
con que estos riesgos allano,
Progne seguirá á mi hermano,
y yo siguiendote iré
Divertirás tu cuidado,
siendo en tan feliz jornada
Progne de tí acompañada,
tu amor de mi bien pagado.
Y puesto que en ardid tal
esta ventura logremos,
ya que no le remediemos,
alargaremos el mal.

ESCENA II.

Dichos, y salen Juanete y Chilindron.

Juanete

Albricias pedirte quiero.

Chilindron.

Albricias vengo á alcanzar.

Juanete.

Vuesarced lo ha de contar.

Chilindron

¡Qué haya venido primero!

de que vi....

Juanete.

Desembarcar.

Chilindron.

Déjeme hablar el bufon.

Juanete.

Tiene muy grande razon,
vuesarced lo ha de contar.

Chilindron

¡Qué deste modo me inquiete!

Juanete.

¡Qué tenga yo esta pension!

Filomena

Dilo, acaba, Chilindron.

Hipolito.

Acaba, dilo, Juanete.

Chilindron.

Con cien naves corrió el mar.

Juanete.

No son sino ciento y dos.

Chilindron.

Si no callas, vive Dios...

Juanete

Vuesarced lo ha de contar.

Hipolito

¿Aun duran vuestros enojos?
Acabad, y sepa yo....

Chilindron.

El Rey tu hermano llegó

Juanete.

Yo lo ví por estos ojos.

Chilindron.

No ha visto tal,

Juanete.

Pues ño soe.

Chilindron.

Pues á otra vez que me impida.¡¡

Juanete

No veré en toda mi vida,
si no quiere usted que vea.

Chilindoon.

Ya ha desembarcado.

Juanete.

¿Y cómo?

Chilindron.

Ya está en Athenas, en fin,
ya le hace salva el clarin,
y ya le celebra el plomo.

Hipolito.

Pues á recibirle voy:
á Dios, bella Filomena.

Filomena.

El te guarde: ¡O grave pena!
mi muerte sintiendo estoy.

Hipolito.

Chilindron, Juanete, ola,
seguidme los dos aquí.

Chilindron.

El ha de venir tras mi.

Juanete

Y aun le llevaré la cola.

Chilindron.

Que á este quiero mal, infiero
por mi natural tambien.

Juanete.

¡Qué quiera yo á este hombre bien,
sin saber porqué lo quiero!

ESCENA III.

Filomena, y sale Progne con una daga asombrada.

Progne.

Matarête, vive el Cielo:
muere, cobarde, traidor;
desta manera tu error....

Filomena.

¿Hermana?

Progne.

¡Toda soy yelo! (1)
este acero rigoroso
esta afrenta ha de vengar.

Filomena.

¿Dime, á quién quieres matar?

Progne.

Al Rey Tereo mi esposo.

Filomena.

Tente, Progne, ¿estás en ti?
¡quién tal fantasia vió!

Progne.

¿No estabas herida?

Filomena.

No.

Progne.

¿Luego ha sido engaño?

Filomena.

Sí.

Progne.

Ilusion pesada fué:
vengar quiero á Filomena.

---

(1) *Anda por el tablado sin responder.*

Filomena.

Templa, señora, esa pena:
¿qué es esto, hermana?

Progne.

No sé.

Filomena.

A determinar no acierto:
¿qué es lo que te ha suspendido?

Progne.

Tengo un desvelo dormido,
y tengo un sueño despierto.
Una injuria, y una afrenta
tuya lloro temerosa,
la una muy amorosa,
y la otra muy sangrienta.
En tí soñaba mi honor,
porque es mi amor muy celoso,
y vi en sueños que mi esposo
violó el templo de tu honor.
Y para mayor tormento,
en mi idea transformada,
miré tu imagen borrada
con sangre del sentimiento.
Pues para causarme enojos
este mal que temo, y creo,
entre los ojos lo veo,
sin mirarlo con los ojos.
Pero cuando ya queria
vengar tan grave impiedad,
pensé que iba á la verdad,
y halléme en la fantasia.

Filomena.

No en lastimosas querellas
te entregues toda al sentir,
y deja lo por venir,

Progne, para las estrellas.
No tus dudas, y recelos
ocasionen tus enojos;
¿cómo han de saber los ojos
lo que aun no saben los cielos?

Progne.

No culpes mi indignacion
cuando yo te lloro, pues
para las desdichas es
astrológo el corazon.
Y que hay riesgo, te aseguro;
en lo que ves aparente,
los ojos ven lo presente,
y el corazon lo futuro.

Filomena.

Pues solo saber quisiera,
porque tu discurso alabe,
¿como el corazon lo sabe,
y ellos no?

Progne.

Desta manera:
el cielo, que se desvela
en esta union dividida,
á este fuerte de la vida
le puso por centinela;
los latidos con que hablando
nuestros sucesos predice,
son señales con que dice
al cuerpo que está velando.
Pues cuando en sueños mortales
nuestro descuido se inclina,
el corazon examina
la campaña de los males.
Luego que algun riesgo haya,
¿cómo ha de venir derecho,

á la muralla del pecho,
si es el pecho su atalaya?
Aunque en tardo paso intente
el riesgo disimular,
apenas comienza á obrar,
cuando el corazon lo siente.
No lo vé, mas para hacer
fineza en el asistir,
él se lo avisa al sentir.
si él lo substituye al ver.
Pues si para declararlo,
por mas evidente infiero,
que entra el sentirlo primero,
y despues entra el mirarlo;
luego en los males, y enojos
tiene mas jurisdiccion
la seña del corazon,
que el indicio de los ojos.

Filomena.

Olvida el acero airado,
porque el verle me ha ofendido. (1)
ó yo le arrojo.

Progne.

¿Qué ha sido,
Filomena?

Filomena.

Me he cortado;
pero no importa, no es nada.

Progne.

¿Pues cómo el herirte fué?

Filomena.

Por tí, hermana, me corte.

(1) *Vale á quitar el acero, y cortase la mano.*

Progne.

Primero á mí me matara ;
porque aunque no hay riesgo aquí ,
mi amor , hermana , sintió
que siendo la causa yo ,
te salga la sangre á tí.

Filomena.

Tu amor es la recompensa ,
y mi lealtad la disculpa ,
no será por tí la culpa ,
si por ti fuere la ofensa : (1)
un lienzo disfrazará
este ardor de mi pasion.

Progne.

Estas las señales son *Clarines.*
que mi esposo ha entrado ya.

Filomena.

Que te llegue á merecer
piadoso al Cielo he rogado.

Progne.

Jamas he visto acertado
casamiento por poder.

ESCENA IV.

Dichas, y salen por una puerta el Rey Pandron y acompañamiento, y por otra el Rey Tereo, Hipolito y acompañamiento.

Pandron.

Dame los brazos , Tereo ,
por premio á mi obligacion.

Rey.

Hoy en los vuestros , Pandron ,

(1) *Dale un lienzo.*

halló el centro mi deseo:

Pandron.

¿Cómo venís?

Filomena.

Qué me espante

un prevenido accidente!

Rey.

Como hijo muy obediente,
y muy fino como amante,
hoy mi esperanza dichosa
premio llegue á merecer;
mi esposa quisiera ver.

Pandron.

Esta es Progne vuestra esposa.

Rey.

Bellísima perfeccion, (1)
ídolo que mi fineza,
en quien es mas la belleza,
que fue la imaginacion:
alabeos mi admiracíon,
que si al mas bello traslado
el pintor ha lisongeado,
hoy lo contrario apercibo,
porque es mas grande lo vivo
de lo que fué lo pintado
Diestro el pintor que os copió,
porque eso fuera ofenderos,
nunca procuró escederos,
igualaros procuró;
mas si al copiaros no os vió,
porque vuestra luz cruel
le dejó sin vista á él,

---

(1) *Esten juntas Progne y Filomena, y juzga que Filomena es Progne.*

conociendo sus errores,
pasó al rostro las colores,
y á los ojos el pincel.
Yo os adoré bella y pura
por la copia licenciosa,
y aun no os juzgué tan hermosa
como era vuestra pintura;
pero hoy que con la hermosura
os escedeis desigual,
viendo en la copia error tal,
y en vuestro rostro el primor,
aquello crece mi amor
que crece el original.

Progne.

De mi fortuna dichosa
hoy me doy el parabien:
como yo os parezca bien
no quiero ser mas hermosa.

Rey.

Dejad que diga mi esposa
conveniencias á mi pena.

Progne.

Ya el primer afecto estrena,
ya os declara su desvelo.

Rey.

Esta es Progne, vive el Cielo, *Ap.*
y su hermana es Filomena;
mi dolor intenta ahora
saberlo, disimulando:
yo á Progne estoy adorando

Progne.

Y Progne á vos os adora.

Rey.

Pues vos.... aqui mis enojos, *Túrbase.*
mi fuego alli mas veloz,

Progne.

No os entiendo por la voz.

Filomena

Yo lo entiendo por los ojos. *ap.*

Rey

Ya es obligacion forzosa *ap.*
saberlo mas claro asi:
¿no hablará mi esposa aquí?

Progne

¿Ya no os habla vuestra esposa?

Pandron.

Dos retratos he enviado.

Progne.

Y en ellos ... estoy perdida, *ap.*
yo fuí de vos elegida,
y vos de mí el adorado.

Rey.

Pues el poder que envié
fue para que se ordenase....

Hipolito.

Que con Progne te casase,
y con Progne te casé.

Rey.

¡Qué el Cielo haya permitido *ap.*
este error! mas no me he errado;
ó su padre me ha engañado,
ó mi hermano me ha ofendido.
Yo quiero disimular
mis sentimientos mortales:
venid, bella Progne: males,
acabaos de declarar.

Filomena.

Con irme de aqui mitigo *ap.*
la violencia de este ardor....

Rey.

Bella Progne, á vos mi amor....
mas no sé lo que me digo.

Pandron.

Este es el vuestro, Tereo;
yo á mi cuarto me retiro.

Progne.

¡Qué aun no se alivie el suspiro! ap.

Filomena.

¡Qué malogre mi deseo! ap.

Progne.

¡Mi esposo el Rey tan turbado! ap.

Pandron.

¡Tereo tan suspendido! ap.

Filomena

¡Mi dolor tan prevenido! ap.

Hipolito

¡Tan confuso mi cuidado! ap.

Pandron.

¡Toda esta tormenta es calma! ap.

Progne.

¡Si me mira aborrecida! ap.

Filomena.

¡Qué yo tenga alma sin vida! ap.

Rey.

¡Qué yo tenga vida, y no alma! ap.

Hipolito.

Dioses, decid qué será ap.
lo que obliga á su impaciencia.

Rey.

Yo curaré esta dolencia, ap.
ó el tiempo lo sanará:
ven, Hipólito.

Hipolito.

Ya voy

Pandron.

Ven, hija.

Filomena.

¡Yo estoy mortal!

Hipolito

¡Qué obre con su industria el mal! op.

Progne

¡De mí propia enigma soy! op.

Pandron.

¡Quién templára este dolor! op.

Rey.

¡Quien trocára estos desvelos! op.

Hipolito

¡O quién no tuviera celos! op.

Filomena.

¡O quién no tuviera amor!

ESCENA V.

Salen Juanete, Chilindron y Libia, los dos delante acompañándola.

Libia.

A que se vayan espero.

Juanete.

Hemosla de acompañar.

Libia.

Digo que no han de pasar.

Chilindron.

Pues envido.

Libia.

No le quiero.

Juanete.

¿Y quiereme usted á mi?

Libia.

Menos: ¡qué hombre tan cansado!

Juanete.

Eso es poco y mal hablado:
¿luego me aborrece?

Libia.

Sí.

El galanteo es donoso:
no he de querer á ninguno,
porque es muy goloso el uno,
y el otro muy codicioso.
De los dos las mañas sé,
y dejarlos es preciso,
él me come cuanto guiso,
y él me pide cuanto ve.
Y asi porque los iguale,
que no quiero les prevengo,
quien me coma lo que tengo,
que busco quien me regale.
Y á él pido, pues su error ve,
que su codicia comida,
que no busco quien me pida,
sino solo quien me dé.

Chilindron.

¿Yo, Libia, qué te he quitado?

Juanete.

¿Yo, Libia, qué te he pedido?

Libia.

¡Qué dulces no me ha comido!
¡qué joyas no me ha usurpado!

Chilindron.

Pues esto responde y vete:
dado que al uno estimáras,
¿á cuál de los dos premiáras?

Juanete.

Responde à cual.

Libia.

A Juanete.

Chilindron

¡Que esta injuria sufra yo!
¿pues por qué á mí me descarta?

Libia.

Porque el goloso se harta,
pero el codicioso no.

ESCENA VI.

Juanete y Chilindron.

Juanete.

¡Que de este modo te trata!

Chilindron.

¡Que de este modo le abona!
miente como una fregona.

Juanete.

Miente como una fragata.

Chilindron.

¿Por qué si le hace merced,
le está desmintiendo asi?

Juanete.

¿Por qué ha de quererme á mí,
si no le quiere á vuested?

Chilindron.

Pues que no me quiera digo.

Juanete

Pues ni á mí me ha de querer,
cuanto él hiciere he de hacer.

Chilindron.

No le quiero tan amigo.

Juanete.

Yo he de ser su amigo: ¡hay tal!

Chilindron

Pues yo he de ser su enemigo.

Juanete.

Yo no puedo mas conmigo.

Chilindron.

¿Por qué causa?

Juanete.

Es natural.

Chilindron.

¿Pues tieneme obligaciones?
¿por qué es mi amigo fiel,
si yo le aborrezco á él?

Juanete.

Esto vá en inclinaciones.

Chilindron

Hombre, de tu error me espanto,
declarate, acaba aquí,
dime, ¿qué has hallado en mí
para que me quieras tanto?

Juanete.

Vilé yo nacer, y yo
le acallé el primer puchero,
yo le dí el beso primero
al instante que nació.

Chilindron.

Pues hombre de Bercebú,
dime; ¿cómo puede ser,
que tú me vieses nacer,
si soy mas viejo que tú?

Juanete.

¡Qué hermanos tuvo! es cruel
conmigo.

Chilindron.

Calle el salvage,
no me alabe mi linage.

Juanete.

¡Pues su padre! asi fuera él.

Chilindron.

Ya escampa, ya se reporta,
voyme.

Juanete.

¿Dónde vás, emigo?

Chilindron.

Al infierno.

Juanete.

Voy contigo. (1)

Chilindron.

Digo al infierno

Juanete

¿Qué importa?

Chilindron.

Por Júpiter, gran cuitado,
que le mate á bofetadas.

Juanete.

Y estarán muy bien pegadas,
porque ando muy demasiado.

Chilindron.

Pícaro, infame, goloso,
¿mi resolucion ignora?

Juanete.

Yo quiero enojarme ahora:
sí, mas no soy codicioso.

Chilindron.

Quédese para hombre bajo:

Juanete.

Por fuerza me he de quedar;
peor es el que por guardar,
guarda un dia de trabajo;

(1) *Vá tras él.*

y este es oficio ingenioso,
y por eso le he admitido,
que en mi vida vi entendido,
que no fuese muy goloso.

Chilindron.

Por gallina le desprecio.

Juanete.

Eso no me da á mí pena;
¿ porque tiene una alacena
de dulces, habla tan recio?

Chilindron.

¿Eso qué tiene que ver
con no vengar sus agravios?

Juanete

Malos han de estar mis labios,
ó se los he de comer.

Chilindron.

Quedese.

Juanete.

Nos quedaremos

Chilindron.

Voyme, y no me siga asi.

ESCENA VII.

Dichos, y sale Hipolito.

Hipolito.

¿ Juanete, ¿qué haces aquí?

Juanete

Hacemos lo que solemos.

Hipolito

¿ Reñis? salios allá fuera:
por aquí podeis salir,
porque el Rey....

Juanete.

Con él he de ir
esta vez, aunque no quiera.

Chilindron

Si, mas guardaré, señor,
ocasion para intentar....

Juanete.

En materia de guardar,
ninguno lo hará mejor.

ESCENA VIII.

Hipolito, y sale el Rey con una carta en la mano.

Rey.

¿Estamos solos?

Hipolito.

Si estamos.

Rey.

¡Ay, hermosa Filomena! *ap.*
mas disimulemos, pena,
prolijo dolor, sintamos.

Hipolito.

¿Qué me quereis preguntar?
su intento mi pecho ignora.

Rey.

Idme respondiendo ahora
lo que os quiero preguntar.

Hipolito

¡Tan severo el Rey conmigo! *ap.*
confuso y turbado quedo:
no hay yelo como el del miedo

Rey.

¡Qué mi hermano es mi enemigo! *ap.*
hermano, dame los brazos. *Abrazale.*

Hipolito.

Hoy con tan grande favor...

Rey.

¡Que esté abrazando un traidor, *ap.*
y no le hago mil pedazos!
vete, cobarde, de aquí,
si no quieres que mi mano.... (1)

Hipolito

Rey, señor, amigo, hermano,
¿tan cruel?

Rey.

No estoy en mí,

Hipolito

Guarda la espada severo,
señor, para otra ocasion:
si tienes indignacion,
¿para qué quieres acero?

Rey

Al ir á abrazarle yo, *ap.*
porque sus yerros arguya,
al tocar la sangre suya
mi sangre se alborotó:
y como enemigos son,
y en un sugeto enlazados,
nunca estan bien concertados
la lealtad y la traicion.
Saca mi discurso ahora,
pues que no sufrí union igual,
que si esta es sangre leal,
aquella es sangre traidora.

Hipolito.

¡Si el Rey, mi hermano, ha sabido *ap.*
que yo á Filomena adoro!

(1) *Empuña la espada.*

cual sea la causa ignoro
en que yo le haya ofendido:
¿de mi amor no te aseguras?
¿no das crédito á mi fé?
¿pues dime, señor, porqué?

Rey.

Mirad esas dos pinturas: (1)
rezelos, dejadme, pues
ya no hay consuelo á mi pena.

Hipolito.

Aquesa es de Filomena,
y de Progne estotra es.

Rey.

Por la vuelta los mirad,
vereis donde estan pintados,
que estan los nombres trocados.

Hipolito.

Bien dice tu Magestad. *Miralos.*

Rey.

O esta es traicion, ó es error.

Hipolito.

Yo, señor, los envié,
pero yo no los troqué.

Rey.

¿Pues quién los trocó?

Hipolito.

El Pintor.

Rey.

¿Tanto para que me asombre
os divirtió la hermosura,
que mirabais la pintura
y no mirabais el nombre?

---

(1) *Dale dos retratos.*

Hipolito.

Mi lealtad asi acredito : *ap.*
no os he de engañar aquí;
cuando las pinturas ví,
ningun nombre estaba escrito;
yo mandé escribirlos luego,
mas despues no los miré,
que hiciesen pliego mandé,
y el secretario hizo el pliego;
y sepa tu Magestad
que es cierto este desengaño.

Rey.

¡Si este disfraza su engaño *ap.*
con máscara de verdad!
bien, que mas posible fuera
suceder lo que ha contado;
mas otro modo he buscado
con que saberlo quisiera.
Aunque es enojo, no es pena
mi indignacion valerosa,
pues yo quiero á Progne hermosa,
y no quiero á Filomena.
Es, que cuando mi pasion
dudó vuestro desengaño,
no le admitió como engaño,
sintiólo como traicion.
Pero, hermano, si es verdad
que fue error, mi error mitigo.

Hipolito.

Solo para mi testigo
os presento mi lealtad.

Rey.

A Filomena mi amor
por la pintura ha escedido,
y Progne me ha parecido

en original mejor.
Asi veré si se muestra, *ap.*
algun ardor: yo queria,
puesto que ya es Progne mia,
que sea Filomena vuestra,
tratarlo quiere mi amor.

Hipolito.

Dichas, dadme el parabien. *ap.*

Rey.

Que á su padre le está bien,
y á vos os está mejor.

Hipolito

¡Cielos, que es lo que he escuchado! *ap.*
mas disimular quisiera.

Rey.

Ella en su Estado es primera,
y vos primero en mi Estado;
y asi con mucha prudencia
ordenarlo pienso asi,
que me es conveniencia á mí.

Hipolito

Señor, pues si es conveniencia...

Rey.

¿Qué decis?

Hipolito.

Digo, señor,
que por tí....

Rey.

¡Válgame el Cielo!
declaraos.

Hipolito

¡Todo soy yelo! *ap.*
con Filomena....

Rey.

¡Ah traidor! *ap.*

á lo que os propongo yo,
dadme el no, ó decid el sí;
¡qué bien mi engaño fingí! *ap.*
¿qué decis? (1)

Hipolito.

Que sí, que no.

Rey.

¿Pues por qué decis aquí,
cuando os lo pregunto yo,
con el un efecto no,
y con el otro que sí?
Ahora, celos, ahora *ap.*
podeis con mas fuerza obrar.

Hipolito.

El Rey me quiere engañar, *ap.*
que él á Filomena adora:
cobrarme en los riesgos quiero;
desta manera ha de ser:
facil está de entender.

Rey.

A que os declareis espero.

Hipolito.

Un sí dije, y con él doro
dos errores á mi pena,
yo no quiero á Filomena,
porque á otra dama enamoro.
Si él no dijera advertido,
declarando mis temores,
fuera ser á tus favores
mi amor desagradecido:
pues por no desobligarte
dos opuestos mezclé allí,
pues decirte solo el sí

(1) *Vuelve el Rey la cara.*

era tambien engañarle;
y asi con mayor decencia,
por dar á mi fé un trofeo,
el *nó* dijo mi deseo,
y el sí dijo mi obediencia.

Rey.

Para añadirme un tormento
mi hermano á tantos enojos,
por el rastro de los ojos
me ha sacado el sentimiento:
¡quién tuviera al intentarlo,
como tuve al conocerlo,
industria para saberlo,
valor en disimularlo!
Pero pues mi pena sale
á ser violenta pasion,
valga una resolucion,
donde una industria no vale:
Pues ya que os habeis negado
á mis deseos constante,
ya que no os negocio amante,
os he menester soldado.
Luego de Atenas salid
con los que traigo alistados,
que son treinta mil soldados,
y á la Valaquia os partid:
de vuestro valor confio,
que rindais esa corona,
y es ir allá mi persona,
puesto que la vuestra envio.
Surtas os guardo cien naves,
que son, navegando á veces,
del cristal adentro peces,
del cristal afuera aves
Antes que raye Faetonte

él Antartico, partió
obediente, discurrió
cano el mar de Negroponte:
Y porque por mar y tierra
neutral fortuna llevemos,
á un tiempo de aquí saldremos;
yo á la paz, vos á la guerra.
Ea, ¿de qué os suspendeis?

Hipolito.

¡Que esto me haya sucedido! ap.

Rey.

Toda esta armada he traido
para que vos la mandeis.

Hipolito.

Decir quiero mi dolor, ap.
y sanará esta dolencia.

Rey.

O eso es falta de obediencia,
ó es defecto del valor,
ó hay algun amor en vos.

Hipolito.

Señor, vuestra Magestad....

Rey.

¿Quereis casaros? hablad;
solos estamos los dos.

Hipolito.

Ni sé si acierta ó si yerra ap.
lo que mi riesgo eligió.

Rey.

Generales tengo yo,
que pueden ir á esta guerra:
si él se llega á declarar, ap.
disimularé el sentirlo.

Hipolito.

Digo.... mas no he de decirlo. ap.

Rey.

¿Qué?

Hipolito.

Que me voy á embarcar.

Rey.

Pues ea, añadid blasones
á los que á la fama dais,
buenos soldados llevais,
pertrechos y municiones:
dad una hazaña á otra hazaña;
por la Valaquia os entrad;
á fuego y sangre llevad
la mas desierta campaña.
Si la quereis sujetar,
digo que habeis menester
consejos para emprender,
tiempo para castigar.

Hipolito.

De tu valor ayudado,
logros el mio interesa.

Rey.

Dificultosa es la empresa,
pero vos sois buen soldado.
En fin, ¿qué resuelto estais
(yo daré alivio á mi amor)
á partiros?

Hipolito.

Sí, señor.

Rey.

Pues venced, ó no volvais.

ESCENA IX.

Hipolito, y sale Filomena, y hallale suspenso.

Filomena.

Aquí está, y el Rey se fue,

decirle la nueva espero:
dulce dueño de mi vida,
si te merezco por dueño,
sabe, que mis tristes ojos,
que tú llamaste tus cielos,
de la borrasca del daño
salen á verte serenos:
licencia me dió mi padre,
siendo el llanto medianero
para que yo con mi hermana
vaya esta tarde á tu Reino;
juntos iremos los dos,
y estando juntos podremos....

Hipolito.

Calla, calla, Filomena.

Filomena.

¿Qué es esto, señor, qué es esto?
¿la voz culpas á mi labio,
y á mi lengua pones freno?
¿con acciones tu dolor?
¿sin voces tu sentimiento?
¿no me hablas? pero bien haces;
supuesto que yo te entiendo;
que está, aunque muda tu voz,
retórico tu silencio:
¿qué no vas conmigo?

Hipolito.

No.

Filomena.

¿Ni te quedas?

Hipolito.

Ni me quedo.

Filomena.

¿Pues dónde vas?

Hipolito.

A la guerra.

Filomena.

¿Quién lo manda?

Hipolito.

Mi Rey mesmo.

Filomena.

¿Sabe tu amor?

Hipolito.

No lo sé.

Filomena.

¿Cuándo has de partirte?

Hipolito.

Luego.

Filomena.

¿Y te vás sin mí?

Hipolito.

Es violencia.

Filomena.

¿Has de dejarme?

Hipolito.

Es precepto.

Filomena.

Así como ví la dicha,
me previne el daño luego;
indicio es el bien del mal,
y el mal de otro mal agüero.
Nunca hay dichas bien halladas
adonde hay amantes tiernos,
que en este pais del alma
son los bienes estrangeros.

Hipolito.

¿Y tú has de partirte?

Filomena.

Sí.

Hipolito.

Di que te quedas

Filomena.

No puedo:

Hipolito.

¿Porqué?

Filomena

Quierelo mi hermana.

Hipolito.

¿Y tu padre?

Filomena.

El lo ha dispuesto.

Hipolito.

¿Pues qué te obliga?

Filomena.

Un temor.

Hipolito.

¿Pues qué temes?

Filomena.

No lo entiendo.

Hipolito.

¿Rogastelo tú?

Filomena.

Si, esposo:

Hipolito.

¿Y te vas?

Filomena.

No puedo menos.

Hipolito.

¡Qué en el campo del amor
siembre la pena remedios,
y que el cielo de los ojos
los riegue para cogerlos!
y estándo en sazon el fruto
ópimo, florido y bello,

heche á perder una lluvia
lo que tantos han compuesto!

Filomena.

Ya descaece mi pena,
porque derriban á un tiempo,
al espiritu el dolor,
y las desdichas al pecho:
¿Hipolito?

Hipolito

¿Qué me dices?

Filomena.

Deste modo me resuelvo,
ahora te quiere activo
la que te ha buscado tierno:
yo he de ir con Progne, mi hermana,
y con tu hermano Teréo:
tú por otra parte has de ir
á volver por tu honor mesmo;
allí tu honor te provoca,
y aquí te ataja tu afecto,
pues mandale á tu valor,
que castigue tu deseo:
si aqui me quedo en Athenas,
luego que vuelvas venciendo,
has de ir á llevar la nueva
á tu hermano el Rey Teréo:
dos ausencias han de ser
de una ausencia lo que menos;
de vencer á tu Reino, una;
y otra, desde allí á este Reino:
pues yendo á tu Reino yo
con mi hermana por lo menos,
de dos daños que sentimos,
el un daño atajarémos.

Hipolito.

Si : ¡ mas dime, si mi hermano
te quisiese ? porque entiendo
que enviarme á mí á la guerra
lo ha fundado en sus recelos.

Filomena.

Progne, mi hermana, es su esposa,
y tú su hermano, y mi dueño ;
¿ serán los celos posibles
para que puedan ser celos ?

Hipolito.

Y dime, ¿ si el Rey de Albania
enviase allá su heredero
á que contigo se case,
qué podrás hacer ?

Filomena.

En eso,
mas peligro hay en Athenas,
que no en Tracia, pues es cierto,
que sola podré atajarlo,
y con mi padre no puedo.

Hipolito

¡ Para nuestro amor, esposa,
qué de incovenientes veo !

Filomena.

Por la senda de los males
esta vez caminarémos,
el acierto puede ser
que nazca del mismo yerro:
cuando buscamos los bienes
por los propios bienes, luego
encontramos con los males ;
pues por los males entremos,
quizá hallarémos las dichas
caminando por los riesgos.

Hipolito.

Por ti me gobierno siempre
porque eres mi norte cierto,
puesto que es potencia tuya,
rijame tu entendimiento.

Filomena.

Vete, pues, esposo amado,
y esto sea sin requiebros,
que no es razon, que al valor
eche á perder el efecto:
¿cuándo nos verémos?

Hipolito.

Tarde.

Filomena.

Esta palabra te ofrezco.

Hipolito.

Di, consuelame, señora;

Filomena.

No quiero darte consuelo:
califica muchos males
en tu idea, porque luego
no te estrañen sucedidos;
que si por suerte, ó suceso
se te revocare en dichas
lo que consultaste en riesgos,
te hará mas grande la gloria
la novedad del contento.

Hipolito.

Pues quedate, esposa amada,

Filomena.

Pues vete, infelice dueño.

Hipolito.

Guardete el Cielo.

Filomena.

El te libre.

Hipolito.

Muerto voy.

Filomena.

Muriendo quedo.

Hipolito.

A Dios, bella Filomena.

Filomena.

A Dios, adorado dueño.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

Sale Filomena medio desnuda con una luz, y una espada en la mano, y Progne con otra luz.

Progne

Donde, hermosa Filomena....

Filomena.

A donde, Progne divina ...

Progne.

¿Tu pasion te determina?

Filomena

¿Te ha conducido tu pena?

Progne.

¡Tú confusa, y tú turbada!

Filomena.

¡Tú en tu afecto tan velóz!

Progne.

¡Tú para espada la voz!

Filomena.

¡Y tú para voz la espada!

Progne.

¿Dónde vamos á porfia,
el paso, y color turbado?

Filomena.

Yo á decirte mi cuidado.

Progne.

Y yo á buscarte salia

determinada, y mortal:
que digas tu pena espero.

Filomena,

La novedad del acero
dirá lo estraño del mal.

Progne.

Templa el dolor inhumano,
deja el acero cruel.

Filomena.

No me hallo, Progne, sin él,
y él no se halla sin mi mano;
como una traicion espero,
si hay en el mal esperanza,
es un iman la venganza,
que está trayendo el acero.

Progne.

Que me refieras te pido
el mal que te ha ocasionado,
cuentame lo que ha pasado.

Filomena.

Oye lo que ha sucedido:
y para contarlo dejo
por ser el mal tan estraño,
luz, que fue mi desengaño,
y acero, que fue mi espejo (1)
Que salimos de Athenas ya lo sabes:
que en diez ligeras naves
dos años ha que á Tracia hemos llegado.

Progne.

Con llanto lo confiesa mi cuidado.

Filomena.

Ya sabes, que por tí sola he venido.

(1) *Pone la vela, y la espada á un lado.*

Progne.

Con afectos lo tengo agradecido.

Filomena.

A Hipólito ya sabes que le adoro.

Progne

Ya sabes tambien que no lo ignoro.

Filomena.

Que ha dos años tambien que le deseo;

Progne.

Que hoy le espera á que llegue el
Rey Tereo.

Filomena.

Que hoy llega á Tracia,

Progne.

Y que hoy llega triunfante,

Filomena.

Esto importa saber.

Progne.

Pasa adelante.

Filomena.

Anegóse en el mar el rubio coche,
las estampas de luz borró la noche,
retrájose á las grutas viento manso,
la fatiga se entraba en el descanso,
cuando yo en mi retrete retraida
á mi esperanza la fié la vida:
quebró el valor, porque el temor lo alcanza,
y no pagó á mi vida mi esperanza..
Dormirme procuraba en dolor tanto,
y el ruido me estorbaba de mi llanto:
el descanso llamaba mi tormento,
pero no le dejó mi sentimiento,
aunque el sueño, callando mis enojos;
arrullaba las niñas de mis ojos,
y como se pagaba del cariño,

iba á dormir mi amor que amor es niño.
Apenas de esta suerte
hice el primer ensayo de mi muerte,
bien estudiado, pero no suave,
cuando siento que prueban una llave
á mi puerta; y sintiendo estos enojos,
todo mi oido alborotó á mis ojos.
el ruido estraño, la ocasion ignoro,
sobre mi propio lecho me incorporo,
guardo todo mi aliento retraido,
encargo mis sentidos al oido,
y la llave reparo, que procura
no sentirse en la propia cerradura,
pues quien era tan quedo la torcia,
que el miedo pareció que se la abria.
A mi discurso acudo,
la venganza vistió lo mas que pudo,
profeta de mi mal, mi agravio lloro,
este acero le entrego á mi decoro;
que siempre ha reservado mi osadia:
vuelvo á fingir al riesgo que dormia,
mi descuido dispongo cauteloso,
y veo entrar....

Progne.

¿A quién?

Hilomena.

Al Rey tu esposo.

Progne.

¿Mi esposo ¡ ¡ ó celos! ¡válganme los cielos!

Filomena.

Ten lástima de mí, no tengas celos:
tu esposo digo, que á mi cuarto entraba,
no pisando io mismo que pisaba:
requirió todo el lecho,
y de verme dormida satisfecho,

no juzgando que el sueño le fingia,
la luz quiere matar de una bugia:
mirábanle suspensos mis cuidados,
los ojos entre abiertos y cerrados,
y para ver cautelas tan estrañas,
la luz introducí por las pestañas
Mata la luz, y mi valor se asombra,
que le temí como buscó la sombra:
buscando el lecho, pues, su vista llega,
sin luz y con amor, dos veces ciega;
yo que sus intenciones comprendo,
para mi luz á mi razon enciendo.
Al lecho se acercaba
al tiempo que del lecho me apartaba;
y porque no me errase,
al tacto le encargó que me buscase;
ya estaba entonces yo junto á la puerta,
á quien su ceguedad se dejó abierta,
huyo hácia esotro cuarto diligente,
que honor cuanto mas huye es mas valiente;
dejo á su amor burlado y ofendido,
llamo á tu cuarto, y hasme respondido.
Y en tu luz como en mi espejo,
(¡ó Progne!) me vengo á ver,
que en tí sola he de tener
mi consuelo ó mi consejo;
bien que á tu eleccion me dejo,
pues porque mi mal arguya
de la intencion vana suya
hoy te avisa mi osadía,
que siendo esta ofensa mia,
es toda esta ofensa tuya
De este Rey que arde inhumano
con llama tan licenciosa,
eres desdichada esposa,

y mi esposo el que es su hermano:
en cuatro ofensas tirano
con un intento ha incurrido,
en mí á su hermano ha ofendido,
á su ley con su trofeo,
á mí con todo un deseo,
y á tí con todo un olvido.
Puesto que las dos debemos
bien que en vaso disfrazado
un veneno inficionado,
un antidoto apliquemos:
tus nobles celos curemos,
á tu consuelo apercibo
las dolencias en que vivo,
y obrando mi agravio tal,
para atajar este mal
pongamos el defensivo.

Progne.

De mi esposo en los desvelos,
de su amor en la violencia,
si en tí no hay correspondencia,
¿cómo en mi puede haber celos?
ni aun reliquias de recelos
en mi crédito verás,
que en lo que sintiendo estás
fuera tu mal el mayor,
pues á tí te va el honor
y á mí unos celos no mas;
pero ahora he reparado
que porque mi pena impida,
soy yo quien tiene la herida
y eres tú quien se ha quejado;
si el Rey te ha solicitado,
yo la distincion comprendo,
y de su traicion me ofendo:

no tu mal estoy llorando,
pues á tí te está adorando,
y á mi me está aborreciendo.
Mi amor viendo mis desvelos
mejor el riesgo ha inferido,
pues yo feriara su olvido
á la pension de mis celos:
con celos fueran recelos
los que mi pena sintió,
porque congeturo yo
que el que llegó á aborrecer
puede volver á querer,
pero aquel que olvida no.
Pero un medio hallo forzoso
con que honor y quietud gano,
digamosle que su hermano
es tu amante y es tu esposo,
que aqueste incendio amoroso
ha de templar acredito,
bien que con esto le incito
contra tu esposo á un rigor,
mas con decirle tu amor
le estorbamos un delito.

Filomena.

No lo apruebo, Progne, no,
delito igual viene á ser,
pues ve que eres su muger,
y que soy tu hermana yo:
si aun asi no se templó,
y aspiró á mi amor profano,
amante á un tiempo y tirano,
siendo igual delito aquí,
lo que no hiciera por tí,
menos lo hará por tu hermano.

Progne.

Lo contrario es bien que arguya;
que cuando á tí te pretende,
sola nuestra sangre ofende,
y allí ofenderá á la suya.

Filomena.

Pues para que te concluya,
mas de tu razon me irrito,
y tu ignorancia acredito,
pues por evidente piensa
que no mirará la ofensa
quien no miró en el delito.

Progne.

Pues un remedio procuro,
que es lo mejor.

Filomena.

Ya le espero;
yo estoy ciega de mis iras,
y no sé si acierto ó yerro:
quien mira el mal desde afuera
puede aplicar el consejo.

Progne.

Yo no estoy fuera del mal;
mas como el mal que yo siento
no tiene amor que le ciegue,
pienso que está mas despierto:
hoy has de partirte á Athenas.

Filomena.

¿De qué suerte, cuando espero
que hoy llegue Hipolito á Tracia;
y que hoy halle dulce el puerto
dando velas al dolor
en el mar de mis deseos.

Progne.

Con él hoy has de partir,

Filomena.

¿Pues cómo?

Progne.

Escucha mi intento:
tú has de escribirle un papel
con un criado secreto,
que antes que llegue á la Corte
pueda atajarle primero.

Filomena.

¿A qué intento es el papel?

Progne.

Oyeme ahora el intento:
pídele que junto al bosque
del Rey, prevenga ligeros
dos caballos, porque así
evitas preciso un riesgo,
luego que haya visto al Rey;
porque has de ir con él huyendo
hasta la orilla del mar,
y desde allí á nuestro Reino.

Filomena.

¿Y dí, si escrito el papel
no acertase el mensagero
á encontrarle en el camino,
ó por desdicha ó por yerro?

Progne.

Buen remedio, á otro criado
deja otro traslado mesmo
del papel que tú le envias,
por si le errare, y con esto
no puede haber yerro alguno,
pues no importará que á un tiempo
reciba los dos papeles:
enviando dos, por lo menos
ha de recibir el uno,

y á un tiempo conseguiremos
con dos papeles un bien,
y un acierto con dos yerros.

Filomena

¿Y he de quedarme sin tí?

Progne.

Si, hermana, porque no quiero
anteponer nuestro amor
á lo posible de un riesgo.
Para atajar la dolencia
que el alma introduce al cuerpo
de nuestro honor, es preciso
cortar el brazo derecho:
no adolezcamos de agravios,
muramos de sentimientos,
sintamos el mal de ausencia,
no quede el honor enfermo:
ni el mal siento de la envidia,
ni la congoja de celos,
mi honor solo me apasiona,
que tu honor es mi honor mesmo;
aborrézcame mi esposo,
y no te goce sangriento,
porque aquesta es pasion y aquel tormento,
y es honra al alma cuando al cuerpo es celos.

Filomena.

Por obedecerte admito,
aunque les cueste á mis miedos
muchos sollozos de aljofar
que á mis ojos compré tiernos.

Progne.

Barato sale un honor
á costa de un sentimiento.

Filomena.

El Rey sale con su tio

Aurelio, y es á quien debo
mi vida, porque es amigo
de mi esposo.

Progne.

Vete luego
á escribir los dos papeles:
vete, hermana.

Filomena.

Ya obedezco.

Progne.

Yo quedo disimulando.

Filomena.

Y yo te dejo muriendo.

Progne.

Sin lágrimas, Filomena,
pues dejandome á este tiempo,
tú caminas á un amor,
y yo me quedo á un desprecio.

Filomena.

Por tí solamente lloro.

Progne.

Echasme á perder con eso,
pues me importa mas tu llanto,
que todo mi sentimiento.

Filomena.

Por aqui voy á mi cuarto.

ESCENA II.

Va á salir Progne, y encuentra con el Rey y Aurelio, su tio.

Progne.

Salir por aqui pretendo:
señor, vuestra Magestad....

Rey.

Bella Progne, hermoso dueño,
causa de ardores que sufro,
movil de ánsias que conservo,
¿dónde el paso sin aviso,
el color sin lugar cierto,
sin orden suelto el adorno,
sin proporcion el aliento,
á substituir la aurora
sales con aljofar tierno,
que en tus parpados por conchas
cuaja el mar de tus dos cielos?

Progne.

Ni enojos que me habeis dado,
ni los desdenes groseros
con que tal vez á mi amor
le sacaste de ser ciego;
ni las crueldades que lloro,
ni las injurias que os temo,
ni los agravios que os sufro;
ni los yerros que os consiento;
para las ofensas mias
han sido de tanto peso,
como son para mi oido
estraños vuestros requiebros:
que me aborrezcais os pido,
que no me finjais os ruego,
que lo segundo es agravio,
y lo primero es consuelo.
¿De cuándo acá vos conmigo
tan cariñoso y tan tierno?
con máscara de fineza
no me emboceis el desprecio.
De una fuerza que sitiais,
de meter socorro vengo,

pues la dejo porque dure,
consejos por bastimento.
Con ser vos tan poderoso,
á defenderla me he opuesto,
vos de noche la asaltais,
yo al alba la fortalezco:
bien sé que no ha de entregarse
ni por trato ni concierto,
sino es que á fuerza de enojos
la entreis á sangre y á fuego;
pero si vos la rompiereis,
yo que esta causa defiendo,
con mi queja irritaré
cuatro elementos á un tiempo.
Sangre haré que Tracia corra,
porque de su humor sangriento
rojos vapores granicen
nubes, que pueblen el viento:
daré voces contra vos
de la justicia al desierto,
aunque de los montes solo
halle compasivo al eco;
y cuando no, mi rigor
producirá de mi acero
amenazas para flores,
y muertes por fruto incierto:
no he de olvidar á mi saña
rebellin desnudo al viento,
flor retraida al capullo,
garza que se cale al cielo,
monte, del ave registro,
clicie, del sol galanteo
¡Pero qué es esto que digo!
¿mi amor con vos descompuesto?
mas como se vió desnuda,

salió mi verdad del pecho.
Vos me oisteis, perdonadme,
soy muger y razon tengo,
teneis ojos y os disculpo,
ya me entendeis, sois muy cuerdo:
sed prudente, pues sois Rey,
sed templado, pues sois recto.
que no sufriré un agravio;
aunque os consienta un desprecio.

ESCENA III.

El Rey y Aurelio.

Rey.
Todo Progne lo ha sabido:
¿habeis escuchado, Aurelio
á la Reina?

Aurelio.
Si, señor.

Rey.
Pues que registeis mi Reino
en mi ausencia, y pues que sois
ó mi rienda, ó mi gobierno,
con vos pretendo hablar claro;
otro sois como yo mesmo,
no me hableis como quien soy,
sino como amigo vuestro,
para ver si con mi amor
se ajusta vuestro consejo.

Aurelio
Ya de la noche pasada
me habeis contado el suceso:
yo soy el que mas os quiere,
vuestra sangre, y tio vuestro
soy tambien, y á Dios pluguiera,

que como mandé este imperio
en vuestra ausencia, que asi
mandára en vuestro deseo,

Rey.

Oidme: yo me casé
por poder.

Aurelio.

Tambien sé el yerro
que hubo de los dos retratos:
decid.

Rey.

Yo tengo un recelo...

Aurelio.

Declaradle.

Rey.

De mi hermano;
que me ha engañado: sospecho,
que á Filomena adoraba,
y solo cón este intento,
trocando los dos retratos,
me dió á su eleccion el dueño.

Aurelio.

No sé: mas ese es engaño,
que si él quisiera á ese tiempo
casarse con Filomena,
que no os casára, sospecho,
con Progne, pues fuera ofensa
ejecutar lo primero,
y estotro fuera traicion:
que hizo traicion no lo creo,
ni en su sangre caber puede;
pues colegid, segun esto,
si nó os ofendió en lo mas,
que no os ofendió en lo menos.

Rey.

Decis bien ; pero decidme...:

ESCENA IV.

Dichos, y salen Juanete y Chilindron.

Chilindron.

Ya le pido y ya le ruego,
que me deje.

Juanete.

No es posible:
yo tengo buenos respetos,
aunque te quisiera mal,
no te dejára por cierto.

Chilindron.

No tengo dulce ninguno
que me coma.

Juanete.

Ya lo huelo...:
¿dónde llevaste el papel?
dime. ¿hay algun chisme nuevo
de cuantos llevas al Rey?

Rey.

Ola, Juanete, ¿qué es eso?

Juanete.

Señor, con este soplon
miserable, y abariento.

Rey.

¿Chilindron?

Chilindron.

A vuestra Alteza,
quisiera hablarle en secreto,

Rey.

Decid.

Chilindron.

Como habeis mandado,
declarando vuestro intento,
que sepa de Filomena
los mejores pensamientos,
el mayor vengo á deciros:
ahora me dió en secreto
Filomena este papel,
porque le llevase luego,
y á Hipolito se le diese
antes que llegase á veros.

Rey.

Dame el papel.

Chilindron.

Tomale.

Rey.

Apartaos, ¡válgame el Cielo! (1)

Aurelio.

Hipolito me ha encargado *ap.*
por cartas, que mire atento
en los ojos de su esposa
imaginarios deseos.
Alma es el Rey del honor,
á Hipolito querer debo;
si al Rey digo aquel amor,
á mi propio amigo ofendo;
y si á Hipolito ayudase
por mi amigo, á mi Rey vendo,
aquel quiero mas que al Rey,
pero el Rey es lo primero.
¿Pues que remedio hallaré
entre un amigo y un dueño?
callarle á aquel esta ofensa,

---

(1) *Lee el Rey para si.*

á este encubrirle aquel fuego.
Viva en mi prudencia fija
el alma de este secreto,
y lo que estrañó el oido,
sepa ocultar el silencio,
pues vengo á ser de esta suerte,
estorbando aqueste fuego,
callando allí aqueste agravio,
amigo y leal á un tiempo.

Rey.

Infante, Aurelio, señor.

Aurelio

¿Qué decis, señor? ¿qué es esto?

Rey.

Oid aqueste papel:
escuchad.

Aurelio

¡Válgame el Cielo!

Rey.

Esperaos en esa cuadra,
y no os vais

Chilindron

Esperaremos.

Aurelio.

¿Cuyo es?

Rey.

Ahora lo vereis:
dejadme, viles recelos. *ap.*

Juanete.

Yo tengo aqui otro papel *ap.*
para Hipolito; mas esto
no lo ha de saber la tierra,
que aunque bufon, soy secreto. (1)

(1) *Vanse Juanete y Chilindron.*

ESCENA V.

El Rey y Aurelio.

Lee el Rey á Aurelio.

Esposo mio Hipolito, luego que hayas dado al Rey la nueva de tu vencimiento, me espera esta noche junto al bosque con los caballos, porque nos vamos á Athenas, Reino de mi padre; y pondrás sobre el monte una antorcha encendida, para que yo no te yerre: no procures saber mas, de que á ti te vá la honra, y á mi la vida

Tu esposa Filomena.

Rey.

En fin, he hallado traidor
aquel de quien me he fiado.

Aurelio.

Señor, si él está casado,
ya es el delito menor.

Rey.

Si, pero es osadia
y aun mas traicion viene á ser,
que él admita por muger
la que elegí para mia:
no estan casados los dos,
y yo á Filomena quiero.

Aurelio

Quizá se casó primero
que la quisiesedes vos.

Rey.

No para mi desengaño
me deis tal satisfaccion,
que ya que no hubo traicion,

por lo menos hubó engaño.
Ya no puedo resistir
esta llama que arde fria;
Filomena ha de ser mia,
ó Hipolito ha de morir.

Aurelio.

Señor....

Rey.

Es resolucion.

Aurelio.

Mirad....

Rey.

Aquesto ha de ser.

Aurelio.

Contradecirle, es hacer *ap.*
mas ardiente su pasion.

Rey.

A Aurelio pienso ocultar *ap.*
lo que tengo imaginado
porque á Hipolito ha criado,
y se lo puede contar:
olá, Chilindron.

ESCENA VI.

Dichos, y sale Chilindron.

Chilindron.

¿Señor?

Rey.

Llegaos acá.

Chilindron.

¿Qué mandais?

Rey.

Que á Filomena digais,
(cruel soy, mas tengo amor)

que ya disteis el papel
á Hipolito.

Aurelio.

¡Infeliz suerte!

Rey.

mirad que os daré muerte,
i no lo decís

Chilindron.

Soy fiel.

Rey.

Pues mirad, que no digais....

Chilindron.

¿Qué me advertís?

Rey.

Esto advierto,
á nadie, que yo le he abierto.

Chilindron.

Haré lo que me mandais.

Rey.

A mi bosque id al instante,
y allí luego me aguardad,
y ese criado llevad
con vos, y aqueste diamante. (1)

Aurelio

Aun no he podido inferir
lo que su Alteza ha ordenado.

Chilindron.

Callaré con ser criado. *Vase.*

Rey.

Callad, si quereis vivir:
puesto que ha de ir Filomena *ap.*
al bosque á aguardar su esposo,
adelantarme es forzoso

(1) *Dale una sortija.*

y mitigar esta pena,
que arde en mi pecho inmortal;
hoy gozaré á Filomena,
pues poniendo como ordena
aquella roja señal,
ha de conocer su daño
y yo he de encontrarla luego;
caiga su amor, pues es fuego,
en las redes de mi engaño,
y castigaré tambien,
amoroso á un tiempo y sabio,
en Hipolito un agravio,
y en Filomena un desden.

Sale Juanete.

Hipolito, vuestro hermano,
de Valaquía vencedor,
pide licencia, señor,
para besar vuestra mano.

Rey.

Decid que entre.

Aurelio

¡Qué cruel!

Rey.

Yo quiero disimular. *ap.*

Juanete.

Al tiempo que vaya á entrar *ap.*
le pienso dar el papel.

Aurelio.

¿Si á Hipólito avisaré
lo que del Rey pude oir?

Rey

Con él me importa fingir, *ap.*
mas no sé si acertaré,
ruego á mi dolor que acierte.

Aurelio.

No hay deslealtad que lo impida. *ap.*

Rey.

Razon es lograr mi vida. *ap.*

Aurelio.

No es traicion librar su muerte. *ap.*

Rey.

Yo la tengo de lograr. *ap.*

Aurelio.

Cruel está, y téngole amor. *ap.*

Rey.

Asi apagaré mi ardor. *ap.*

Aurelio.

Su intento le he de avisar. *ap.*

Rey.

Asi mi deseo allano. *ap.*

Aurelio.

Asi obra mi lealtad. *ap.*

ESCENA VII.

El Rey, Aurelio, y sale Hipólito al son de cajas con un baston, y dale Juanete un papel sin que lo vea el Rey.

Hipolito.

Permita tu Magestad
á mis labios la Real mano.

Rey.

¿Hermano, Hipólito, amigo? *Abrázale.*

Hipolito.

Mi Rey sois y mi señor.

Rey.

¿Cómo venís?

Hipolito.

Vencedor,

Rey.

¿De qué suerte?

Hipolito.

Ya lo digo.

Rey.

Luego lo podreis contar,
saberlo despues espero,
que es mas justo que primero
os entreis á descansar.

Hipolito.

Referirtelo no escuso.

Rey.

Que descanseis es forzoso.

Hipolito

¡Aqui el Rey tan cariñoso,
Aurelio alli tan confuso,
afable el que antes cruel,
mi sospecha tan incierta,
darme al entrar de la puerta
de mi esposa este papel!
¡Si el Rey me finge inconstante
su afecto y llama velóz!
mas lo que engaña esta voz
me declara aquel semblante:
que hay alguna traicion digo.

Aurelio.

Con él vá, quiérole hablar,
su intento le he de contar. (1)

Rey.

Aurelio, venid conmigo.

Aurelio.

Entendióme: ¿qué he de hacer?

---

(1) *Quiere irse con Hipolito, y el Rey vuelve la cara.*

¡que no me quiera dejar!

Hipolito.

A Aurelio quisiera hablar.

Rey.

Yo tambien le he menester.

Aurelio.

¡O quien le dijera aquí *ap.*
que el Rey leyó aquel papel,
y que está su vida en él!

Rey.

No le he de apartar de mí. *ap.* (1)

Hipolito.

Males, tan juntos venís, *ap.*
que aun no os puedo comprender.

Aurelio.

De esta manera ha de ser. *ap.* (2)

Rey.

Vamos.

Aurelio.

El Rey....

Rey.

¿Qué decía?

Aurelio.

Que el Rey me lleva consigo.

Rey.

Aurelio, pasad delante,
id á vuestro cuarto, Infante:
¡ay, Filomena!

Aurelio.

¡Ay, amigo! *ap.*

---

(1) *Llévase el Rey á Aurelio.*

(2) *Llégase Aurelio á hablar á Hipolito, y vuelve al Rey la cara.*

Hipolito.

¡Qué confusion! *ap.*

Aurelio.

¡Qué cruel! *ap.*

Rey.

Muriendo de amor estoy. *ap.*

Hipolito.

A esotro cuarto me voy *ap.*
á leer este papel.

Aurelio.

¡Qué desdicha, qué rigor! *ap.*

Rey.

Venganza pide mi agravio: *ap.*
la voz prende con el labio.

Hipolito.

El premio pide mi amor. *ap.*

Rey.

Mas yo le he de castigar. *ap.*

Hipolito.

Mas no tengo que inferir. *ap.*

Rey.

Al ver que me he de partir, *ap.*
su intento pienso evitar.

Aurelio.

Primero es mi Rey; mal digo, *ap.*
que estotra pasion prefiero,
pues le he criado y le quiero,
es su hermano y es mi amigo.

ESCENA VIII.

DECORACION DE MONTE.

Sale Chilindron con un vidrio de conserva, un panecillo, un jarro de agua y una servilleta.

Chilindron.

El Rey Tereo ordenó
que en este monte estuviese,
y que conmigo trujese
á Juanete me mandó:
y aunque siempre es tan mi amigo,
y aunque siempre me acompaña,
en oliendo la campaña
no hay quien le haga andar conmigo:
mas viendo que su recelo
en el campo me temió,
y como conozco yo
Juanetes de mi majuelo,
pues su golosina sé,
obediente á mi buen celo,
porque pique en el anzuelo,
este cebo le apliqué:
despedíme, y porque vea
que no le quise engañar,
junto á él me puse á comprar
este vidrio de jalea;
vióle, y dijo al punto: tate,
este vidrio sigo yo,
y al instante que le vió
se le abrió tanto gaznate.
Un panecillo he traido,
y este jarro para el caso,
y al campo paso ante paso

tras el dulce se ha venido;
y aunque le está deseando,
le ha de dañar la conserva:
rendido sobre la yerba (1)
del bosque me está acechando.
Hoy le he de hacer un engaño
que en Tracia se ha de sonar,
por Dios que me ha de pagar
las de ogaño y las de antaño:
hoy cobrar he pretendido,
si otra venganza no tengo,
con la burla que prevengo,
los dulces que me ha comido;
Goloso es tan inhumano,
que viendo que dulce estaba
un hombre que enamoraba,
le dió un bocado á una mano;
él se come á competencia
cuatro cántaros de miel,
y el arrope es para él
espejuelo de Valencia:
no hay en el lugar cerera
que pueda mosquearse de él,
pues porque ha estado en la miel,
suele comerse la cera;
pues para vengarme bien,
en el vidrio, á su pesar,
estos polvos quiero echar,
que son de ruibarbaro y sen ;
y porque puedan obrar,
otros polvos he juntado,
que un boticario me ha dado;

(1) *Mira atras.*

muy buenos para purgar. (1)
Revueltos los dejo, y puesto
el papel con gran primor,
pan porque coma mejor,
y agua porque obre mas presto:
por Dios que me ha de pagar
cuanto me ha comido asi;
si él me sigue por aquí,
aquí los quiero dejar.
El viene con gran trabajo
aschandome, asi viva,
lo que comió por arriba
lo ha de pagar por abajo.

ESCENA IX.

Sale Juanete.

Siguiendo el vidrio no mas
he venido en este instante,
con tanta gana delante,
con tanto espigon atras.
No hay oro que cria el Tiber,
no hay diamante que me cuadre,
como el dulce, que á mi padre
me lo comiera en almibar.
¿quieren ver mi golosina
si me crió bien capaz?
cuando empecé á ser rapaz
fuí niño de la doctrina:
para ser goloso igual
en acto mas importante,
fuí page, luego estudiante,

---

(1) *Echa en el vidro los polvos y revuelvelos.*

y despues fui colegial.
Solo al dulce se reserva
la golosina en que trato,
ó me anda mal el olfato,
ó estaba aquí la conserva:
¡vidrio es este, pesia tal! *hallale.*
ea, entendile la treta,
iten mas su servilleta,
iten agua, iten candial:
iten, que está bueno asi
para comerlo á sazon,
iten, que está Chilindron
mas de una legua de aquí:
iten, que para poder
comer, sentarme prevengo: *sientase.*
íten, la gana que tengo,
iten, que empiezo á comer;
¡qué pequeño es el vidrillo!
¡no hubiera sido mayor! *come.*
¡qué tal es! ¡ó qué sabor!
oiga el diablo, que es membrillo;
pues como estoy vagabundo, *come.*
el ser menbrillo he sentido,
si esto no fuera estreñido,
no hay tal comida en el mundo: *come.*
bien que cuando no se frague
suele ser algo molesto;
mas para que corra presto,
buen remedio echarle agua: *bebe.*
y tiene entre otras señales
de ser conserva muy rica,
un sabor hácia botica,
que le dá cuatro mil sales. *Come.*
El tonto le trajo aquí,
pensando que no le viera:

á ser guindas no bebiera,
pero con membrillo sí. *Bebe.*
El suelo viéndole voy,
ya está el vidrillo inhumano *come.*
con la candela en la mano
ahora, gran goloso soy,
tanto, que si amante fiel
quiero alguna dama bella,
me llego mejor á aquella,
que se ha afeitado con miel.
Una vez sin resistirme
á mi golosina aguda,
porque me comí una muda,
me vi á pique de morirme.
En efecto se ha acabado
el vidrio, y era forzoso
que en mi vida vi gustoso
que pareciese pesado.
Hinchado estóy, prevenir
quiero agua á mi dulce pecho,
que el agua es mejor sospecho, *bebe.*
para poder digerir:
¿membrillos? no hay que espantar
que tan rebeldes estén,
que hasta en el arbol tambien
son tardos de madurar.

ESCENA X.

Juanete, y salen el Rey, Criados, Chilindron, Aurelio, y un Criado con una antorcha dentro de un farol.

Rey.

Triste vengo.

Aurelio.

Yo mortal,

Rey.

En la cumbre de ese monte
que averigua ese horizonte,
pongamos esta señal.

Aurelio

No le he entendido á Tereo.

Rey.

Esta que fijo en la tierra
es roja señal de guerra,
que publica mi deseo.

Chilindron.

¿Amigo Juanete?

Juanete.

¿Amigo?

Chilindron.

Ya el membrillo se comió:
¿acá estás tambien?

Juanete.

¿Pues no?

Aurelio.

Que no os he entendido digo.

Rey.

Subid vosotros, soldados,
y aquesta insignia fijad.

Aurelio

Mire vuestra Magestad....

Rey.

Hoy cesarán mis cuidados.

Chilindron

¿Cómo no obra el mezcladillo *ap.*
de los polvos que le dí?

Juanete.

Aquello que yo comí *ap.*
sin duda no era membrillo.

Chilindron.

Y á mí la burla se hiciera *ap.*
en haberlo yo gustado.

Juanete

Pues parece que ha obrado *ap.*
mas de lo que yo quisiera.

Chilindron

Y le estoy temiendo yo. *ap.*

Juanete.

Porque un poco se deshace. *ap.* (1)

Chilindron.

¿Parece que gestos hace?

Juanete.

¡Ay, ay, ay!

Chilindron.

Ello es, pegó:
ahora verá lo que trato
para que salga mejor:
vuestra Magestad, señor,
detenga á Juanete un rato,
porque puede ir á contar
á Hipolito tu intencion.

Rey.

Bien decis.

Juanete.

En conclusion
voy á.... *Quiere irse.*

Rey.

Juanete, no os vais.

Juanete.

Señor, advertid, que estoy....
¿esto tenemos ahora? *ap.*

---

(1) *Hace gestos.*

Chilindron.

Lo de los polvos ignora. *ap.*

Rey.

¿Porqué os vais?

Juanete.

Porque me voy.

Rey.

Decidme, ¿por qué?

Juanete.

Despues

os lo diré: yo le dejo.

Rey.

¿A dónde vais?

Juanete.

Al consejo.

Rey

¿Cuál?

Juanete

Al de cámara es.

Rey.

Decid, ¿á qué vais ahora?

Juanete.

A proveer en razon
de un dulce una peticion.

Rey.

Tiempo hay.

Juanete.

Ha dado la hora.

Rey.

Pues vos mas corrientemente.
me divertís

Juanete.

¿Quién?

Rey.

Vos.

Juanete.

¿Yo?

ese perro me engañó; *ap.*
si, pero estoy muy corriente.

Chilindron.

Lindamente lo he trazado. *ap.*

Juanete.

¡Que traicion tan grande haya! *ap.*
señor, dejad que me vaya,
si no estais acatarrado;
¿mas qué me ha de hacer que huya?

Rey.

Chilindron, esto ha de ser,
por Juanete ireis á hacer
esta diligencia suya

Juanete.

Señor, mirad, (¡ay de mí!)
¡ó pésa á quien me parió!
que si no lo hago yo,
no puede hacerlo por mi.

Rey.

Pues idos, si en eso estriba;
vuestro crédito no mas.

Juanete.

Perro, tú lo pagarás;
si no lo mandais, ya me iba. *Vase.*

Rey.

De esta manera ha de ser:
solos hemos de quedar,
del monte en este pinar
nos podemos esconder.

Aurelio.

Advertid....

Rey.

Estais muy viejo.

Aurelio.

Mirad....

Rey.

Es grave dolor.

Aurelio.

¡O qué grande es vuestro error,
pues desechais un consejo!

Rey.

Si, mas tambien llego á ver,
que dá un consejo el que es viejo,
solo por dar un consejo,
y no porque es menester.

Chilindron.

El vuelve con gran dolor
á servir al Rey aqui:
con la del martes le dí.

Sale Juanete.

Dióme con la del doctor,
aunque ya he convalecido *atacándose.*
de este prolijo accidente.
¡Ay, ay, ay!

Chilindron.

Diga, ¿qué siente?
acabe.

Juanete.

Que he recaido.

Chilindron.

¿Dónde vá?

Juanete.

Vuelvo despues:
déjame ir, camarada.

Chilindron.

Purga tiene ya cortada
para trabajar un mes.

Rey.

Ya está la señal segura (1)
adonde solo se ve
desde el camino, y podré
ocultarme en la espesura
del monte: en fin, ¿habeis dado
en contradecir mi amor?

Aurelio.

Despues de obrar un rigor,
os pesará haberlo obrado;
y si vuestras iras dejo,
siendo cómplices los dos,
no os culparán solo á vos,
sino á quien os dió el consejo.

Rey.

Decis bien, pero venid.

Aurelio.

Ello es fuerza obedecer.

Rey.

Aurelio, aquesto ha de ser.

Aurelio.

Rienda os doy, males, sentid,
y desbóquese el dolor
precipitado y valiente.

Rey.

Suba activo y suba ardiente,
si es fuego, al fuego mi amor.

ESCENA XI.

Sale Hipolito con una hacha encendida.

Hipolito.

Adonde pongo las plantas

---

(1) *Descúbrese arriba la antorcha.*

apenas la vista pongo,
mirando si á Filomena
descubro en el bosque umbroso.
Leí el papel: (¡ay de mí!)
estrañéle, ya le lloro,
y cuanto disculpo amante,
voy sospechando celoso.
Al abono de su fe
le dí mi amor por tesoro;
¿mas si quiebra la hermosura,
qué importarán los abonos?
dos años ha, dueño mio,
que no me he visto en tus ojos:
¡que haya ausencia habiendo amor!
¡qué haya amor habiendo estorbos!
La antorcha quiero poner
en la punta de este escollo;
¿aunque si la seña es fuego,
¿para qué la antorcha pongo?
Si llamas de amor intimo,
sirva de seña yo propio,
que este es fuego artificial,
y elemental el que arrojo.
¡O, que ligero que subo,
y que confuso me ignoro!
¿quién vió linces á los pies,
y quién vio topos los ojos?
¡Qué callada está la noche!
¡los vientos qué perezosos!
¡los árboles qué dormidos!
¡qué mudo el cristal sonoro!
Para acecharme sin duda
se piden silencio todos,
el cristál como parlero,
y como amante el Fabonio:

su amor el mio escribió;
¿ mas para qué me apasiono?
pongo esta señal de fuego, (1)
mis celos era mas propio.
De estos árboles presumo
ocultarme en lo frondoso,
por ver si de esotra parte
descubro el dueño que adoro.

ESCENA XII.

Sale Filomena.

Desconocida del prado,
asustada de la sombra,
por la cristalina alfombra
del bosque á un cerro he llegado;
voces doy al monte hueco,
que en viento me las resuelve,
pues despegado me vuelve
mis propias voces el eco.
Una luz ve mi temor:
¡ó si de mi esposo fuera!
será la dicha primera
que ha visto á tiempo mi amor.
Mudo un recelo embaraza
los pasos que me han guiado,
que cualquiera mal pasado
á otro mal futuro emplaza;
ya no espero dicha alguna,
siendo la fortuna quien
me ha abortado, que tambien
pare mónstruos la fortuna.
Subir quiero, puesto que es (2)

---

(1) *Sube por una cuesta y pone la antorcha.*
(2) *Sube por el monte donde está su esposo.*

ésta la señal que veo:
¡ó, Cielos, si mi deseo
suplir pudiera á mis pies!
Pero ó la vista me engaña,
ó me lo finge el temor,
ú otra antorcha miro arder
del bosque en esta montaña;
que es de mi esposo recelo:
en dos montes miro iguales
dos prevenidas señales;
¿cuál será (¡válgame el Cielo!)
la que yo vengo á buscar?
Mayor mi mal viene á ser,
que antes recelé el temer,
y ahora temo el dudar:
¡qué prolija confusion
mis temores atropella!
violenta está ardiendo aquella; (1)
y esta arde con prevencion: (2)
arde esta mas vigorosa, (3)
arde estotra mas prudente; (4)
esta dura mas ardiente, (5)
y estotra mas cautelosa; (6)
pues este indicio prefiero
á mi discurso mejor, (7)
cautela ha sido mi amor;

(1) *La de su esposo.*
(2) *La del Rey.*
(3) *La de su esposo.*
(4) *La del Rey.*
(5) *La de su esposo.*
(6) *La del Rey.*
(7) *Quiere seguir la del Rey.*

la cautela seguir quiero;
pero sin justa razon
este indicio me desvela,
que quien supone cautela,
tambien supone traicion.
Seguir quiere mi dolor
este mas ardiente y ciego;
aqui es mas activo el fuego, (1)
y donde hay fuego hay amor.
Aqui con nuevos desvelos (2)
silencio el fuego ha enseñado,
si es fuego disimulado,
este es el fuego de celos.
¿Cuál pues, Cielos vendrá á ser
lo que sentirá su ardor,
celos, ira, fuego, amor?
los celos quiero creer:
crean los celos mis recelos
con advertida prudencia,
que nadie lloró una ausencia
que no aludiese á los celos.
Esta senda he de buscar,
yo la busco, y no la he hallado, (3)
volver quiero á estotro lado,
á Hipolito he de llamar:
¿Hipolito? aunque veloz (4)
mi voz le provoque ciego,
si no le ha hallado mi fuego,
¿cómo le hallará mi voz?
Ahora el discurso empieza,

(1) *Vase á la de su esposo.*
(2) *La de su esposo.*
(3) *Va á la del Rey y no halla senda.*
(4) *Llama recio.*

con que arguirme queria,
dejo la sofistería,
y entro en la naturaleza.
Aquí busca mi destino
estampas á este orizonte,
aquí no hallo senda al monte, (1)
y aquí he encontrado el camino: (2)
pues cuando en el mal que ignoro
dudosa el alma se ve,
¿cuál de los dos seguiré,
el que veo, ó el que ignoro?
Facil á este monte umbroso
la senda vengo á lograr,
y si aquel voy á buscar,
le estraño dificultoso:
pues si pretendió acertar
con sus intentos mi ardor,
quiero elegir el peor,
y el seguro he de olvidar.
Hoy mis aciertos se ven
en la eleccion que he juzgado,
pues nunca ví desdichado,
que hallase facil un bien. (3)

ESCENA XIII.

Hipolito baja de la cuesta con la antorcha, y despues sale Filomena.

Hipolito.

La vóz presumo que he oido
de mi esposa en esta calma,

(1) *La del Rey.*
(2) *La de su esposo.*
(3) *Vase por la del Rey.*

ó es que como sirve al alma,
lisonjea este sentido.
Bajar á buscarla intento:
¡ay esposa! ¿aire veloz,
deja llegar esta voz,
no la embargue tu elemento.
Filomena? ¿Filomena?
voces al viento voy dando,
no lo escucha; ¿pero cuando
se oye mejor una pena?
Ya sobre aquel orizontz
la luz mataron mayor:
¡ay de la luz de mi honor,
que anda tambien por el monte!
Que erró mi seña recelo,
irla pretendo á buscar,
del monte por el pinar
entraré.

Dentro Filomena.

¡Válgame el Cielo!

Filomena.

El viento que se aconseja
para mi piedad veloz,
ya que me envia la voz,
no quiso dejar la queja.
Voz, que en tan violenta calma
á suspenderme has venido,
no sobornes al oido,
si me has de irritar el alma;
¿mas cómo mi aliento deja
de buscar este rigor?
¿mas qué se queda el dolor,
y no vuelvo á hallar la queja? (1)

---

(1) *Entra por una puerta y sale por otra.*

Del monte el rústico pie;
brevemente he examinado;
y en rojo matiz bañado
este cabello encontré.
¡Ay indicios infelices,
para mi llanto preciso!
derribar el arbol quiso
quien le cortó las raices.
Si el Rey (¡qué grave pasion!)
pero no puede ser digo:
hoy viene á ser mi enemigo
mi propia imaginacion.
Mas indicios busco sabio,
hizo la crueldad su oficio:
iba á buscar un indicio, (1)
y encontré con un agravio.
Angel bello, dulce esposa,
ignorado serafin,
¿quién tu rostro de jazmin
tradujo purpurea rosa?
¡Ay ojos de mis enojos:
á quien mi dolor provoca,
sangre arrojas por la boca, (2)
y palabras por los ojos!
¿quién te ha podido injuriar?
¿qué activo dolor atroz (3)
te heló en el cuerpo la voz,
que no me puedes hablar? (4)
Di, Filomena, (¡ay de mí!)

(1) *Sale Filomena bañada en sangre, suelto el cabello y sin chapines*
(2) *Arroja sangre por la boca.*
(3) *Hace señas, y no puede hablar.*
(4) *Hace señas que tiene el daño en la lengua.*

el que (¡ay Cielos!) te ultrajó? (1)
¿te cortó la lengua? no:
¿te hirió la lengua? sí. (2)
Filomena, di, ¿qué ha sido?
porque yo te vengaré: (3)
sangre me dices que fué;
¿qué mi sangre te ha ofendido?
Ahora, males, ahora,
acabadme de matar:
la ofensa he de examinar.
Dime, ¿cómo fué, señora? (4)
¿Tú mi acero para mi?
¿no ves que ya estoy mortal?
¿escribir quieres tu mal
en la rubia arena?

Filomena.

Sí.

Hipolito.

Escribe: de celos rabio.
Tu hermano el Rey.. (¡qué infiel!) (5)
nunca faltará papel
para escribir un agravio:

Lee.

Vengativo, fue tirano
contra la divina ley:

Representa.

dejar quiero solo al Rey,
quiero borrar el hermano. *Borre.*

---

(1) *Señala con la cabeza y las manos.*
(2) *Hace señas que no y que sí.*
(3) *Toma sangre en la mano.*
(4) *Quita la daga á Hipolito, y hace señas que quiere escribir en la arena.*
(5) *Escribe sobre la arena, y lee él.*

Lee.

Hizo en mi, tuvo poder....
¡Ay pena! ¡ay amor! ¡ay honra!
¡que alumbre yo mi deshonra!

Lee.

Todo lo que pudo hacer....
¡O si activo, ó si feroz,
para aliviar mis pasiones,
te quitára las acciones
quien te ha quitado la voz! (1)
Arena vil, ¿cómo ahora
guardas letras de mi acero?
¡no te matáras primero,
y no lloráras ahora!
¿Huyes de mi, porque intente (2)
esta desdicha templar?
contigo quiero llorar
mi pena: espera.

ESCENA XIV.

Hipolito, y sale Aurelio.

Aurelio.

Detente:
¿Dónde vas?

Hipolito.

Sigo cruel
mi agravio.

Aurelio.

Template sabio,
que con pensar el agravio,
podrás morirte sin él.

---

(1) *Borra la arena.*
(2) *Vase Filomena.*

Hipolito.

Esperame; Filomena.

Aurelio

Quierote avisar primero...

Hipolito

¿Por qué me llevas mi acero,
si me has dejado tu pena?

Aurelio.

Qué el Rey....

Hipolito.

¡Ay honra perdida!

Aurelio.

Intenta....

Hipolito.

Pasos turbados,
¿qué esperais?

Aurelio.

Con cien soldados...

Hipolito.

Dilo.

Aurelio.

Quitarte la vida.

Hipolito.

Matarme intenta (¡qué es esto!)
¿despues de mi deshonor?

Aurelio.

Desvocóse su rigor,
y no parará tan presto.

Hipolito.

Pues dejame de esta suerte
vencer su ira repetida,
daré á mi deshonra vida,
si doy á mi vida muerte.

Aurelio.

¿Pues quien te ha dicho, señor,

si ya tu mal no lo advierte ¿
que con lograr una muerte
alivias un deshonor ?

Hipolito.

Deja, dejame pasar.

Aurelio.

Ya que no he podido sabio
estorvar tu grande agravio,
tu muerte quiero estorvar.

Hipolito.

¿ Cómo atajar puedo yo
el fuego en que llegó á arder?

Aurelio.

Con la vida puede ser,
pero con la muerte no.

Hipolito.

Dame un alivio á mi pena :
siendo mi sangre, y mi amigo.

Aurelio.

El cielo tiene castigo,
padre tiene Filomena.

Hipolito.

¿ Pues para vengarme yo
del deshonor que hay en mí,
me darás remedio ?

Aurelio.

Si.

Hipolito.

¿ Me darás ayuda ?

Aurelio.

No.

Hipolito.

Ayudarme es justa ley,
criandome.

Aurelio.

¡ Estoy mortal!

Hipolito.

¿ Qué respondes?

Aurelio.

Sol leal.

Hipolito.

¡Y el Rey mi hermano!

Aurelio.

Es mi Rey.

Hipolito

¿ Qué he de hacer para mi pena?

Aurelio

Segunda vez te lo digo:
el cielo tiene castigo,
padre tiene Filomena.

Hipolito.

Pues suba mi queja al Cielo.

Aurelio

Baje al dolor mi tardanza.

Hipolito.

Mi agravio pide venganza.

Aurelio.

Llanto pide mi desvelo.

Hipolito

A Athenas quiero partir.

Aurelio

A mi Rey he de ayudar.

Hipolito.

Ya yo me voy á vengar.

Aurelio

Y yo me quedo á morir.

Hipolito.

La venganza es justa ley,
hoy mi enojo ha de irritarle.

Aurelio.

¡Quién pudiera ir á ayudarle
y quedarse con su Rey!

Hipolito.

Filomena, ya me voy.

Aurelio.

Infante, el Cielo te guarde.

Hipolito.

¿Cuándo nos veremos?

Aurelio.

Tarde.

Hipolito.

¡Marmol quedo, fuego soy!

Aurelio.

Mira no te hallen aqui.

Hipolito.

No es mi injuria tan dichosa.

Aurelio.

Pues yo guardaré á tu esposa.

Hipolito.

Ya está mas segura asi.

Aurelio.

Pues temor mio, esperanza.

Hipolito.

Pues deshonra mia, enojos.

Aurelio.

Lágrimas, cansados ojos.

Hipolito.

Venganza, Cielos, venganza.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

Progne y Libia.

Libia.

Deja, señora, el rigor
de tu pena y tu desvelo,
que el llanto es todo consuelo,
y todo le haces dolor:
¿lloras de celos, ó amor?
Este efecto que en ti veo,
que estoy sintiendo, no creo,
que nace á un tiempo y espira;
¿dime, es fuego de tu ira,
ó es ardor de tu deseo?

Progne.

Este mal, que en mis desvelos
violento el alma ha sentido,
es achaque de un olvido
con accidentes de celos:
quejas les doy á los Cielos,
y á mi dolor doy la palma:
estos que en suspensa calma
exalo tibios despojos,
no lágrimas de los ojos,
trasudores son del alma.
Libia, yo te quiero bien,
contigo he de consolarme,

por ver si con referirlas
pueden mis penas templarse.
El Rey Tereo mi esposo,
no Rey de las voluntades,
muy dueño de su alvedrio,
muy marido y poco amante;
habrá tres años y mas,
(pero déjame que estrañe,
cuando los lloro por siglos,
contar por años mis males)
que se desposó conmigo
en el reino de mi padre,
siendo un poder instrumento
para unir lazos iguales:
vióme, estrañó mi hermosura;
miréle, empezó á agradarme:
habléle, admirele esquivo:
fingióme, halléle mudable;
vió á mi hermana, es muy hermosa,
adoróla por instantes,
porque una agena hermosura
la hace el deseo mas grande:
esquiva la halló á sus ruegos,
á mí á sus iras afable,
ve que soy su esposa yo,
que es Filomena mi sangre;
y ciego al mayor delito,
sordo á las dificultades,
como es pasion de los hombres
picarse de los desaires,
y recompensar á un tiempo
las finezas con ultrajes)
con ser yo quien le adoraba,
y ella quien quiso olvidarle,
la buscó como imposible,

y me olvidó como facil.
Venimos á Tracia, (¡ah, Cielos,
nunca el viento favorable
del trinquete y la mesana
rigiera el blanco velamen!)
y en ella una noche el Rey,
ya sin poder refrenarse
de su delito, eligiendo
á la sombra por imagen,
solícitó (estaba ciego)
con mi hermana (no fue amante)
que no sabe violentarse
el qué amar dispuesto sabe:
entre flores del silencio
oculta disimularse,
para inficionar su fama,
mal intencionado aspid.
Libróse mi hermana, y yo
rompiendo dificultades,
la aconsejo que á su Reino
se retire con mi padre.
Mi amor templa el imposible,
á mis celos su fe aplaude,
siendo esta la vez, que celos
permitieron lisonjearse
Y en fin una oscura noche,
que á la estrella que la aplaude
la halló para el daño fija,
y anduvo a buscarla errante,
salió á recibir su esposo
por la cristalina margen,
que con pólvora de plata
esas dos montañas bate.
Cuatro meses ha, que ausente
lloro, sin saber quejarme,

lágrimas, que de mis ojos
por mi rostro al labio parten;
y como entran por la boca,
de mis penas al mar grande,
y de este mar de mi pecho
son los ojos manantiales,
saliendo otra vez por ellos,
á un tiempo mueren y nacen,
en perlas al proceder,
y al fallecer en corales.
Filomena no parece,
de Hipolito no se sabe;
ni sé si á su Reino huyeron,
ni sé tampoco en que parte
pueden haberse ocultado;
solo sé, que al preguntarles
á los criados del Rey
si de Filomena saben,
aun callando con la voz,
lo dicen con el semblante.
Alguna desdicha temo,
que á quien infelice nace,
las que entraron en sospechas,
no saldrán sin ser verdades.
El Rey mi esposo, estos dias
quejas repite á los aires,
y en la mano de su ira
el cetro por asta blande;
quejase para consigo
sin dejar comunicarse,
cuantos consagra á sus iras
son sacrificios mentales.
Divertido muchas veces,
y pocas veces constante,
hace como que me quiere,

sin querer hacer lo que hace;
si quiere fingir conmigo,
me finge de tan mal arte,
que aquello que es aplaudirme;
sirve mas para enojarme.
Y en fin.

Libia.

Detente, señora;

Progne.

¿Por qué, Libia?

Libia.

Que el Rey sale.

Progne.

Vete pues.

Libia.

Ya me retiro.

Progne.

A este lado he de apartarme. (1)

ESCENA II.

Progne, y salen el Rey, Chilindron, y Aurelio.

Rey.

Dejame tú.

Chilindron.

Ya te dejo.

Rey

Y vos, Aurelio, dejadme.

Aurelio.

Ya le dejo á vuestra Alteza.

Rey.

¿No os vais?

(1) *Retirase.*

Chilindron.

No me voy.

Aurelio.

Pesares;
no os quisiera tan piadosos,
ya que me rendis, matadme. *Vase.*

Rey.

¿No os digo que me dejeis?

Chilindron.

No, señor, antes mandaste,
que no me fuese.

Rey.

Mentis.

Chilindron.

Hablé por boca de sastre;

ESCENA III.

El Rey y Progne.

Rey.

Soy el primero en el mundo,
que sacrílego profane
del templo del Dios vendado
imaginarios altares;
¿tan gran delito es en mí
ser activo, siendo amante?
¿qué circunstancia un error
á la magestad añade,
que el que en el vasallo es leve,
en el Rey viene á ser grave?
Pero esto ya lo conozco:
la nube que al viento nace,
mancha que cuajó la tierra,
porque al sol rubio le empañe;
cuando en la falda de un monte

á empapar las flores yace,
no estraña que al monte ofenda,
y admira que al sol agravie:
y es que al sol cualquiera sombra,
cualquiera niebla es bastante
para hacerle que no luzca,
por ser Rey de astros brillantes;
pero á la tierra no importa,
que oscuras nieblas la manchen,
porque ella es poco elemento,
y el sol es planeta grande.
El Rey es sol de la tierra,
los vasallos son capaces
de padecer yerros viles,
que en el Rey fueran mas graves:
en él se ven como á sol;
aquí entre sombras se esparcen;
allá entre luces se admiran;
luego son mas disculpables
errores que hace un vasallo,
que delitos que un Rey hace;
¡que conociendo mi mal,
no sepa yo remediarle!
¡que hallase camino al yerro,
y á la enmienda no le halle!
Y este amor, que ya venciendo
por segundas causas arde,
ya no es llama de mi fuego,
rebeldía es de mi sangre.
¡Que Progne me esté adorando,
y yo obstinado á mis males,
cuanto me ofrece en finezas,
en viles despegos pague!
¡que no olvide á Filomena,
y que en Tracia no la halle

Buscándola! ¿quién vió alguno,
que al mismo que quiere agravie?
El oro pues de mi fé,
ó se acendre, ó se quilate
en su pecho, que es adonde
se acrisolan voluntades:
Progne en mi memoria viva. (1)

Progne.

El Cielo, señor, te guarde,
para que como en el alma,
en los alvedrios mandes.

Rey.

Escucheme vuestra Alteza.

Progne.

Ya ví salir de la carcel
de tu pecho á tu dolor,
y con silencio cobarde,
temiendo como infeliz,
dudándote como facil,
mientras duraba ese afecto,
que en tí suele ser mudable,
como es manjar de mi amor
ese incendio que repartes,
á mi deseo mandé,
que con tu voz se regale.

Rey.

Sabe el cielo, Progne hermosa,
que sois la divina imagen,
donde mi veneracion
postrada obediente yace.

Progne.

Aunque ese amor que teneis
no se eternice durable,

(1) *Vuelve la cara y halla á Progne.*

agradeceros deseo,
que deseeis siquiera amarme;
para las tristezas mias
fue antidoto saludable
vuestro deseo. que en fin,
aunque el mérito os engañe,
el que entra á ser deseoso,
puede ser mañana amante.

Rey.

¿Pues de qué es vuestra tristeza?

Progne.

Filomena ha sido parte
de mi cuidado en su ausencia,
de su perdida en mis males,
supuesto que no la hallan,
ya en rios, ó ya en volcanes
lágrimas que cristal cobra,
suspiros que guarda el aire

Rey.

¡Ay de mí! que con el nombre
vuelvo otra vez á abrasarme,
pues de la herida del alma
se ha refrescado la sangre:
unos pastores dijeron,
que con mi hermano y su amante,
fugitivos por el monte
se huyeron, y el Cielo sabe,
que á encontrar quien me ofendió
con celos para mi ultraje,
átomos le hiciera leves;
pero mis temeridades,
encontrando á Filomena....

Progne.

¿En fin, señor, la encontraste?
¿y dónde está Filomena?

Rey.

Yo no la he visto: pesares, *ap.*
¿no se librará mi voz
de mis penas inmortales?
mi amor, mí voz, mis oidos,
todos están incapaces.

Progne.

Subió mi agravio á su lengua, *ap.*
su rigor hizo el examen,
porque la lengua de un Rey
es centro de las verdades.

Rey.

Pues no fingir, sentimientos. *ap.*

Progne.

Pues lágrimas, anegadme. *ap.*

Rey.

Vístase mi voz de injurias, *ap.*
no mi dolor de disfraces.

Progne.

¿Los suspiros que reprimo, *ap.*
á qué esperan que no salen?
fuego elemental que sube
á inventar region mas grave?

Rey.

A Filomena no olvido, *ap.*
arda, pues, inexpugnable.
este incendio, porque al viento
con nueva forma se cuaje.

Progne.

Que si encontró á Filomena *ap.*
siendo cruel, aunque amante,
claro está; mas no es posible,
aunque mi estrella lo allane,
que con todo su deseo
toda su deidad profane.

Rey.

Voyme, pues.... *ap.*

Progne.

Yo me retiro.... *ap.*

Rey.

A buscar las soledades *ap.*
á mi pena.

Progne.

A que mi indicio *ap.*
este agravio desentrañe.

Rey.

Y al Cielo constante juro, *ap.*
que si otra vez le encontrase....

Progne.

Y á los dioses doy palabra, *ap.*
que si hay ofensa en mi sangre....

Rey.

Segunda vez; callar quiero. *ap.*

Progne.

Con su acero; pero callen *ap.*
mis venganzas.

Rey.

Yo me voy. *ap.*

Progne.

¡Ah, quién pudiera apartarse *ap.*
de sí misma.

Rey.

¡Quién pudiera *ap.*
templar mis ánsias mortales!
guarde el Cielo á vuestra Alteza,
Progne hermosa.

Progne.

El Cielo os guarde,

ESCENA IV.

Decoracion de Monte.

Sale Filomena vestida de pieles y una daga desnuda.

Filomena.

Muere, indómito bruto coronado
en la verde república del prado:
muere de aquesta suerte;
porque eres Tereo, no mas, te doy la muerte.
Si desde Albania fugitiva fiera
de Tracia te veniste á la ribera,
porque el sueño te engaña,
que tu enemigo corre la campaña,
aquel pino que mira ese orizonte,
que es Tereo vegetativo de este monte,
postrarlo presto espero
al arrojado filo de mi acero,
y deshojar esperen mis rigores
al clavel, porque es Rey entre las flores.
Sanó mi lengua, ya tiene voz mi labio,
y está obrando la herida del agravio:
pues fáltele á mi luz la luz del dia,
y el luminar mayor la niebla fria
férie á la luz del sol comunicada,
embotado halle el filo de mi espada,
hollando al ofensor pues de mi agravio,
mi voz se anegue entre mi lengua y labio:
esta fuente serena
brote cristal y se transforme arena.
Siegue la yerba el sol que mece el viento,
mis iras sirvan para mi aliento,
nunca llegue á colmarse mi esperanza,
si de Tereo no tomare la venganza,

tan satisfechas mis temeridades,
que á mi egemplo se imiten las crueldades.
Dos años ha que sola en este monte
me averiguan las luces de Faetonte:
apenas escondida en la aspereza,
y de un roble en la rústica corteza,
resiste el valor mio
las inclemencias del invierno frio;
ya mi amor de ser ciego es lince sabio,
ya todo mi cuidado es de mi agravio:
Cielos, pues os moveis con tal mudanza,
infundidme la estrella de venganza:
fiera soy vuestra, montes vigilantes,
y á mis penas igualo los instantes.
Alma me falta, pues me falta honra:
(¡cómo gasta á la vida la deshonra!)
¡O, si al guardado agravio que consiento
sirviera de polilla al pensamiento,
para que en la custodia de mis venas
me royera la tela de mis penas!
El año, el ave y el cristal sonoro,
todos hallan venganza, y yo la ignoro.

Aquel monte que primero
sufrió al año ofensas mil,
ya le desagravia abril
de las injurias de enero:
del ave el curso ligero
halló su consorte igual,
y el fugitivo cristal
halló el centro á su corriente;
pero mi mal solamente
se descuenta con mi mal.

Clicie que al sol enamora,
si con ingrato arrebol
suele marchitarla el sol,

la reverdece la aurora:
nube que el reflejo dora,
aunque vierta su cristal,
la entrega nuevo caudal
aquel vapor diligente;
pero mi mal solamente
se descuenta con mi mal.

Reina la rosa divina
del clavel y de la flor,
para manos del rigor
conserva archeros de espina:
yedra allí, al riesgo vecina,
no encuentra consorte igual,
y con amor natural
la abraza el olmo prudente;
pero mi mal solamente
se descuenta con mi mal.

Arminio; pero el oido me ha engañado, (1)
ó el pino hiere al parche remendado,
que es mi deshonra infiero,
que anda juntando fuerzas á mi acero.
Lejos el son se proporciona sabio:
¡qué bien suena esta música á mi agravio!
Parece que ha cesado: *Cesa.*
¡si mi deseo acaso me ha engañado,
y viendo la venganza,
se revistió mi oido en la esperanza!
¿Ilusion es, que quien en esta tierra
los indicios marciales de la guerra
puede haber irritado,
sino los acaudilla mi cuidado?
Dejar quiero el recelo,
y quiéroine volver al desconsuelo.

---

(1) *Tocan cajas á marchar dentro.*

A la noche sigue el dia,
la calma á la tempestad,
al viento serenidad,
vence el sol la niebla fria:
á la pena el alegria,
el desengaño al encanto,
al llanto el suave canto,
sigue el olvido al amor;
y solo de mi dolor
es consecuencia mi llanto.

Sanidad goza tambien
el accidente mortal,
cualquiera pension de un mal
tiene el desquite de un bien:
de la adversidad no hay quien
vencer no acierte el encanto.
deshonra hay que cesa en tanto
que se procura un rigor,
y solo de mi dolor
es consecuencia mi llanto. (1)

No hay bien alguno, pero á aqueste lado
segunda vez el parche se ha quejado,
y tan cerca los golpes he sentido,
que mi voz no es capaz para mi oido. (2)
A estotro lado penetrarme aguardo
en la aspereza de este monte pardo;
pero á estotro tambien nuevos acentos
la raridad asustan de los vientos.
Por dos distantes partes
belicos instrumentos, y estandartes
entoldan la region del aire vano;
pero en el hueco deste roble cano

(1) *Tocan en otra parte.*
(2) *Tocan en dos partes.*

retirarme procuro,
de su corteza hacer pretendo muro,
iras de mis enojos
y solo del corriente de mis ojos (1)

ESCENA V.

Salen Hipulito, y Pandron, cada uno por su puerta, vestidos de luto.

Hipolito.

Aquí en este monte fue,
aqui fue, señor, aqui,
el espectáculo triste
de mi tragedia infeliz
Esta es la Tracia, Pandron,
y oculto te traigo á tí,
para que de tu venganza
tomes el felice fin,
por holladas sendas, no,
por ásperos montes, si;
sentidos no hemos de ser
del viento apenas sutil.
Tanto como el valor propio
es necesario el ardid,
disimulado se queje
el atambor y el clarin.
Ya en Tracia desembarcaste
para tan honrosa lid,
con cuarenta naves tuyas,
athenienses veinte mil.
De repente los cojamos
disimulados asi,
porque á un mismo tiempo sea

(1) *Escóndese detras del roble.*

el vencer y el embestir.
Por la muerte de mi honor
funesto luto vestí,
y hicieron noturnas aves
honras á mi fama allí.
Aqui desojó Tereo
la flor del mejor jardin,
y de su púrpurea sangre
cobró ese arroyo matiz
En el padron de esa arena
yo propio la ví escribir
letras, que desde los ojos
al corazon traducí
De aquel ignorado monte
en la rústica cerviz
con mi fuego elemental
el material encendí.
Allí.... pero ya lo sabes.

Pandron.

Calla, Hipólito (¡ay de mí!)
y bástele á mi desdicha,
que tan gran deshonra oí,
sin que para el llanto mio
lo vuelvas á repetir.
El cristal de esos arroyos
reducir quiero en carmin,
y en el rio de su sangre,
(Jordan de humor mas sutil)
de mis decrépitas canas
remozar pienso el jazmin.
Muera Tereo, mas solo
una desdicha temí,
que Progne, mi amada hija;
(¿lágrimas, á qué venis?)
ha de ser despojo infame

del cruel Tereo, si
no la hurtamos á la saña
de su impiedad.

Hipolito.

Mas feliz
nos ha de ayudar la estrella,
que agravios sabe influir:
ya he enviado á llamar á Aurelio,
mi tio para ese fin,
con una secreta espía.
que será nuestro adalid,
que nos guíe y que le avise,
para que te pueda oir
del palacio, y desde entonces
de uno y otro rebellin,
que á los embates del cierzo
ha sabido resistir,
tal incendio he de forjar,
que á un tiempo cuido afligir
al cielo con fuego noble,
y al sol con ceniza vil.
Asperos montes de Tracia,
que á Filomena encubris,
¿si está Filomena viva?
¿si vive mi prenda?

Dentro Filomena.

Sí.

Hipolito.

El eco me ha respondido,
volver quiero á permitir
la voz á mi lengua muda,
yo vuelvo á hablar.

Pandron.

¡Ay de mí!
que por consolar á Progne,

á Filomena perdí.

Hipolito.

¿ Veré yo á mi esposa ?

Dentro Filomena.

No.

Hipolito.

Eco del monte gentil ,
¿ para qué me dás consuelos ,
si has de volverme á afligir ?
¿ Dime si podré encontrarla ,
ya que respondes asi ,
con venganza ?

Dentro Filomena.

Con venganza.

Hipolito.

Ahora sí que te creí ,
la verdad vive en los montes :
no quede rubio pensil ,
á quien mayo , Rey del año ,
bordó de rosa y jazmin ,
que cárdeno de mis iras
no se reduzca á alhelí.
Venganza , al arma , venganza.

Dentro Filomena.

Venganza , al arma , venganza.

Hipolito.

Montes , eso si , eso si ,
en mi venganza , y mi agravio
la indignacion revestid.

Pandron

Si no me engaña la vista ,
miro un anciano venir
desde aquel monte á este llano.

Hipolito

Aurelio es , llegate aquí.

ESCENA VI.

Dichos, y sale Aurelio.

Hipolito.

Yo soy, Aurelio, yo soy.

Aurelio

Discreta, y piadosa vid,
abraza el olmo caduco:
que cortejó tanto Abril;
dame los pies, ó Pandron,

Pandron.

Porque descansára asi.
los brazos del alma mia
te quisiera prevenir.

Hipolito.

¿Hallóte el criado?

Aurelio

Hallóme.

Hipolito.

¿Recibiste el papel?

Aurelio.

Si.

Hipolito.

¿Supolo el Rey?

Aurelio.

No lo supo.

Hipolito

¿Te ha visto alguno partir?

Aurelio.

No me ha visto.

Pandron.

¿Progne es viva?

Aurelio

Desquitarla á un tiempo ví
á la pension del llorar

el desvelo del vivir.

Hipolito.

¿Y Filomena?

Aurelio.

No sé.

Hipolito.

¿Pues cómo?

Pandron.

Muerte, venid.

Aurelio.

No ha parecido en el monte.

Hipolito.

¿Y Terco?

Aurelio.

Está de aquí...

Hipolito.

¿Dónde?

Aurelio.

Una legua.

Hipolito.

¿En la quinta

del bosque?

Aurelio.

Dejéle allí:

¿y á qué me llamas?

Hipolito.

Escucha:

¿no eres ...

Aurelio.

Puedes proseguir.

Hipolito.

El que fué ...

Aurelio.

¿En qué te detienes?

Hipolito.

Mi amigo?

Aurelio.

Siempre lo fuí.

Hipolito.

¿No eres leal?

Aurelio.

Soy tu sangre;

Hipolito.

Pues oye mi intento.

Aurelio.

Di.

Hipolito.

Mi agravio intento vengar.

Aurelio

¿De qué manera ha de ser?

Hipolito

De tí me vengo á valer.

Aurelio.

¿Cómo?

Hipolito.

Tú me has de ayudar.

Aurelio.

¿Contra quién?

Hipolito.

Contra mi hermano;

Aurelio.

Esa fuera deslealtad.

Hipolito.

¿No es primero mi amistad?

Aurelio.

No es primero.

Hipolito.

Pues en vano

á este monte te llamé;

Aurelio.

Tu noble intento has errado.

Hipolito.

¿Tú no me has aconsejado
aquesta guerra?

Aurelio.

Asi fue.

Hipolito.

¿Pues cómo intentas negar
lo que tu labio irritó?

Aurelio.

Sí, mas no te dije yo,
que te habia de ayudar.

Pandron.

Si en tu amor como en mi espejo,
se vió tu verdad desnuda,
aquel suele dar la ayuda,
que suele dar el consejo.

Aurelio.

Cuando á ser leal me obligo
en otra opuesta balanza,
aconsejo la venganza,
pero no ayudo al castigo.

Hipolito

¿Sigues á mi hermano? di.

Aurelio.

Es justa y debida ley.

Pandron.

¿Por qué?

Aurelio.

Ha nacido mi Rey.

Hipolito.

¿Luego has de ser contra mí?
esa ingratitud no creo.

Pandron.

La ira indigno irritada.

Aurelio.

Si, lo seré con la espada,
pero no con el deseo;
y asi por darte mas gloria,
le pienso servir de suerte,
que me entraré por la muerte,
porque alcances la victoria.

Hipolito.

Tengo razon, con que quedo
escediendo á tu verdad.

Pandron.

Sigue mi parcialidad,
pues tengo razon.

Aurelio.

No puedo,
que no me toca, mirad,
saber, viendo su pasion,
si teneis, ó no razon,
sino que tengo lealtad.

Hipolito.

A Progne pienso librar
con tu valor, nuevo Marte.

Aurelio.

Yo bien quisiera ayudarte,
mas no te puedo ayudar,
y antes de tu indignacion
se obligará mi amistad,
que esta fuera deslealtad,
y esotra fuera traicion.

Hipolito.

Pues vuelvete.

Aurelio.

Ya me vuelvo.

Pandron.

Pues dejadme.

Aurelio.

Ya me voy.

Hipolito.

¡Nací infeliz!

Pandron.

¡Muerto soy!

Hipolito.

¿No te vás?

Aurelio.

Eso resuelvo;
pero ya no he de poder.

Hipolito.

Pues vuelve á estimar mi amor.

Aurelio.

Digo.... ¡Qué grave dolor!

Hipolito.

¿Me ayudas?

Aurelio.

No puede ser.

Hipolito.

Pues vete.

Aurelio.

¿Mas en qué dudo?
Digo.... mas voy á morir.

ESCENA VII.

Hipolito, Pandron, y sale Filomena.

Filomena.

Ya no lo puedo sufrir:
no importa, que yo os ayudo,
muera el traidor.

Pandron.

¿ Hija mia ?

Filomena.

Y á mis manos ...

Hipolito.

¿ Filomena ?

Filomena

Con tu acero ...

Pandron.

¡ Qué gran pena !

Filomena.

Procuraré....

Hipolito.

¡ Qué osadia !

Filomena.

Vengarte.

Hipolito.

¿ A dónde has estado ?

Filomena.

Porque el mundo ..

Pandron.

¡ Feliz suerte !

Filomena.

Vea....

Hipolito.

¡ Qué vida, y que muerte !

Filomena.

Que mi ira....

Pandron.

¡ Soy desdichado !

Filomena.

¿ Mas cómo á los dos he bablado ?
¿ cómo (contra mi dolor)
dejo ver mi deshonor,
sin haberle yo vengado ?

A Dios, padre, á Dios, esposo. (1)

Pandron.

Espera....

Filomena.

No me sigais.

Hipolito.

Advierte....

Filomena

Al viento llamais.

Hipolito.

¿Por qué te vás?

Filomena.

Es forzoso.

Hipolito.

Seguirte importa á mi amor.

Filomena.

Esto á mi honor.

Hipolito.

Tras tí iré.

Pandron.

Pues no la sigas.

Hipolito.

¿Por qué?

Pandron.

Dice que importa á su honor.

Hipolito.

Ya la dejo, no la sigo.

Pandron.

Venga á mi vida la muerte:
Hija, ¿cuándo podré verte?

Filomena.

En matando á mi enemigo.

---

(1) *Vase adentro hablándolos.*

Hipolito.

Pues á mayores enojos
irritemos la osadia.

Pandron.

¡Ay, hija del alma mia!

Hipolito.

¡Ay, esposa de mis ojos!

ESCENA VIII.

Decoracion de Jardin con una Cisterna.

Sale Juanete con una escala, martillo, linterna y clavos, todo cubierto con la capa.

Juanete.

Desde que con los polvillos
de la purga de ruibarbo
me enjuagué todo mi cuerpo,
como si yo fuera jarro,
ando con mis negras tripas,
con haber mas de dos años,
como menudo de esquina,
todo el cuerpo zabucado.
Sin duda alguna, señores,
los dulces eran pecados,
pues aun no los cometí,
cuando los hube purgado.
Bien me pueden graduar,
pues le probé al secretario
en esta universidad
cursos por cien licenciados.
Limpio estoy de todo dulce,
y con haberme ensuciado
el bazo mi golosina,
está como un oro el bazo.

Pensaba que era membrillo;
y echábale tantos tragos,
que de echárselos tan puros,
me vine á quedar aguado;
pero aquí me he de vengar,
ó mal han de andar las manos;
el fiador pide la paga,
pues con la paga cumplamos.
El Rey ha venido al bosque
á divertir sus cuidados
con Pregne; y Chilindroncillo
me dirá disimulado:
daca la purga: mas yo,
callando piedras apaño.
El me engañó con un vidrio,
una servilleta, un jarro,
un panecillo, conserva,
y el purgativo ruibarbo;
pues ahora he de engañarle,
pues traigo otros tantos trastos,
que se verán á su tiempo.
Aquesta cisterna abro, (1)
que está dentro del jardin
de aquesta quinta ó palacio.
Va de burla: él me engañó
por goloso, pues yo trato
pegarle con la codicia:
desde allí me está acechando
con su tema; pero yo....

Dentro Chilindron.

Daca la purga.

Juanete.

Esto es malo:

(1) *Abre la cisterna.*

mala purga te dé un
doctor de partido: callo,
soy yunque, quiero sufrir,
yo le daré en siendo mazo.
El sale, quiero empezar:
saco la linterna, y hago
como que miro la cueva.

ESCENA IX.

Juanete, y sale Chilindron hallandole.

Chilindron.

Juanete, si no me engaño,
mirando está la cisterna
con una luz: yo le hablo.

Juanete.

El ya viene: ¿qué te clavas? *ap.*

Chilindron.

¿Qué haces aqui?

Juanete.

Nada, hermano. (1)

Chilindron

¿Qué es esto ¿de qué se turba?
y qué trae aquí debajo?
digámelo presto, acabe:
¿no lo enseña?

Juanete.

Nada hermano.

Chilindron.

Descúbrase.

Juanete

¿Qué me quiere?

---

(1) *Hace que se turba Juanete.*

Chilindron.

Diga ¿ qué trae ?

Juanete.

Esto traigo. (1)

Chilindron

¿ A qué prendimienta va
con una linterna y clavos,
un martillo y una escala ?
¿qué es aquesto ?

Juanete

Nada hermano. (2)

Si tú callaras, amigo....

Chilindron

¿ Pues hay hombre mas callado ?

Juanete.

No es nada, quédese usted.

Chilindron

Mas que le doy seis mil palos
si no me dice su intento :
dígalo presto.

Juanete.

Hable paso,
porque si nos oyen dentro,
somos perdidos.

Chilindron.

Sepamos,
¿qué es esto?

Juanete.

Yo lo diré.
Ya se acordará usted cuando
hizo el Rey á Filomena
áquello que no está un paso

(1) *Descúbrelo.*
(2) *Hace que se va.*

antes de el arrepentirse.

Chilindron.

Ya lo entiendo.

Juanete.

Es pues el caso....

Chilindron.

Acaba.

Juanete

Que Filomena
traia.... pero yo encargo
la conciencia, á Dios se quede. (1)

Chilindron.

Vuelva, digo.

Juanete.

No va malo.
Traia una joya puesta
que vale diez mil ducados,
con unos diamantes fondos,
cada uno como un muchacho:
pues ella con la gran ira
de la injuria y del agravio....
Mas quédese usted con Dios. (2)

Chilindron.

Hable, no sea cansado.

Juanete.

Arrojó todas sus joyas....

Chilindron.

No se vaya tan despacio:
¿dónde?

Juanete.

¿Eres buen nadador?

---

(1) *Quiere irse, y detiénele*

(2) *Hace que se va, y detiénele.*

Chilindron.

Lo que es ser nadador, bravo:

Juanete.

En esta cisterna oscura,
que tiene de agua un estado,
ayer hallé á Filomena,
y ella á mi me lo ha contado;
y asi con los instrumentos
que ves, he determinado
bajar á sacar la joya:
si tú quieres que partamos,
con esta escala podremos.

Chilindron.

Traidor, infame, villano,
ladron, suelta (1)

Juanete.

Señor mio...

Chilindron.

Suelte, digo.

Juanete.

El se ha clavado.

Chilindron.

Las joyas de Filomena
quiere hurtar el ladronazo;
vaya de aqui

Juanete.

Si haré.

Chilindron.

Tome, tome. *Dale.*

Juanete.

Tomo, y callo.

Chilindron.

Vayase.

(1) *Dale, y quitale todos los instrumentos.*

Juanete.

Siempre usted
me hace ir por todos cabos.
Oye usted, no diga á nadie
esto que nos ha pasado,
porque de mi mal intento
yo pecador me retrato.

Chilindron.

Si no se vá, yo lo diré
á todos.

Juanete.

Pues ya me parto.
Júpiter, Apolo y Venus
le guarden cuatro mil años.

ESCENA X.

Chilindron.

Por Dios que le he de engañar,
lindamente ha sucedido;
ahora que ya se ha ido,
yo me quiero desnudar. *Desnúdase.*
Yo prevengo la linterna:
no fué la tracilla mala;
clavo en el suelo la escala,
y entrégome á la cisterna.
¿A qué esperan mis cuidados?
Si es esta que arrojó aquí (1)
una joya que yo ví,
vale los diez mil ducados.
Entro, y no tengo temor: *Entra.*
á bajar mi intento empiece;
un poquito honda parece,

(1) *Clava la escala y lleva la linterna.*

para eso soy nadador.
No trocaré mi caudal
por el del Rey: bajo presto,
¡qué bravo joyon es!

ESCENA XI.

Dichos, y sale Juanete.

Juanete.

Esto
no se vá poniendo mal:
él va bajando, y yo quiero
darle ahora con mi traza;
parece peon de plaza,
que va á sacar un caldero.
Llegó al agua, alegre estoy,
tiro la escala en que estriba.

Chilindron.

¿Quién tira la escala arriba?

Juanete.

No es nadie, amigo, yo soy.

Chilindron.

¿Qué quiéres?

Juanete.

Mis compasiones
te vuelven asi á ayudar.

Chilindron.

La escala me vuelve á echar.

Juanete.

Yo quiero echarte escalones.

Chilindron.

Pues ten de mi compasion, (1)

(1) *Saca una espuerta grande de piedras.*

porque me puedo anegar.

Juanete.

Esto está como ha de estar:
servitor, seo Chilindron:
¿halló los diamantes finos?

Chilindron.

¿Cómo, si en el suelo estan?

Juanete.

Diamantes no faltarán,
pero son algo cetrinos. (1)
Que le dí en la chola, oiga,
ahora su engaño purga:
amigo, toma la purga; *Tirale.*
amigo, daca la joya.

Chilindron.

Que me ahogo ¡ay de mí triste!

Juanete.

Mi amor puedes alabar,
pues que yo te hago tragar,
y tú destragar me hiciste. *Tirale.*
Pero hoy has de ver, en fin,
que te hago mayor alcance:
mucho le he hablado en romance,
quiérole hablar en latin:
accipe. *Tirale.*

Chilindron.

Dime, ¿qué medras?
Repara en que he de ahogarme,
y no tengo en que afirmarme.

Juanete.

Afírmate en esas piedras.

Chilindron.

Acabóse, dí en el lazo,

(1) *Tirale una pedrada.*

mi culpa paga la pena.

Juanete.

La joya de Filomena,
perro, traidor, ladronazo.

Chilindron.

Tu caridad y amistad
la escala llegue á ofrecer.

Juanete.

La escala no puede ser,
mas tome la caridad. *Tirale.*

Chilindron.

¿De tu amistad quién dirá
una crueldad semejante?

Juanete.

Ha sí, tome este diamante, *tirale.*
que se me olvidaba acá.
Porque mi piedad infieras
ya te quiero perdonar,
yo le quiero repasar
ahora las faltriqueras.
Lienzo es este que he sacado
de dineros retraidos:
¡ó qué propio es de estreñidos
llevar el dinero atado!
Qúe es esto saber quisiera:
dos sortijas de diamantes,
un jaboncillo, unos guantes,
iten, una vigotera.
Voyme.

Chilindron.

A que arrojes espero
la escala.

Juanete.

No puede ser:
harto me holgára querer,

pero por Dios que no quiero:
Ya yo quedo satisfecho
de cuanto llegué á verter,
ninguno podrá creer
la lástima que me ha hecho. (1)

Chilindron.

¿No te mueven mis razones?
echame la escala, acaba.

Juanete.

Ha *sí*, que se me olvidaba
la ropilla y los calzones.

Chilindron.

¡Posible es, que no te obligas
viéndome desnudo asi!
dejame salir de aquí.

Juanete.

Ha sí, el calzado y las ligas:
Ha, Chilindron, ¿hace frio?
no importa, que invierno es;

Chilindron.

¡Que tan riguroso estés!

Juanete.

Dios te guarde, amigo mio;

ESCENA XII.

Chilinàron, y sale el Rey.

~~*Chilindron.*~~ Rey.

Toda mi vida es temor,
pues todo hoy sin descansar;
me levanto de un azar,
y tropiezo en un error.
En vez de aves lisonjeras,

(1) *Llévale los vestidos.*

que son iman del sentido,
solo en los montes he oido
las nocturnas, y agoreras.
Con el pico riguroso,
por gran estrañeza allí,
simple á una tórtola ví,
que dió la muerte á su esposo;
ó el sol no quiere lucir,
ó si luce, no le veo,
tengo hoy más tibio el deseo.

Dentro Chilindron.

¡Ya cómo puedo vivir!

Rey.

Aqui amenaza mi vida
triste una voz irritada,
del aire bien ayudada,
del labio mal permitida.
En mi jardín, ¿quién ha hablado,
para mi infelice suerte,
amenazando mi muerte?

Dentro Chilindron.

En efecto, te has vengado.

Rey.

Y esta es propia semejanza,
que á mi grande injuria irrito,
que el que comete un delito,
siempre teme una venganza.
Esta voz sigo (¡ay de mí!)
porque intente mi crueldad.

ESCENA XIII.

Dichos, y sale Aurelio.

Señor, vuestra Magestad...;

Rey.

Aurelio, ¿ qué haceis aquí?

Aurelio.

Señor, véngote á contar
que hoy se trocó tu fortuna.

Rey.

No me cuentes cosa alguna,
que pueda darme pesar.

Aurelio.

Hipólito, que es tu hermano...?

Rey.

Que no le nombreis os digo.

Aurelio.

Pandron el Rey tu enemigo.

Rey.

Dejadme; ¿ en el viento vano
oisteis aqui una voz
de un sentimiento irritada,
para el corazon pesada,
para el oido veloz?

Aurelio.

No, señor, esto sabed.

Rey.

¿ No me dejareis? callad.

Aurelio

Yo cumplo con mi lealtad.

Dentro Chilindron.

Subiré por la pared.

Aurelio.

Cuando sus daños le digo,
la voz á mi aviso culpa,
debe de ser que esta culpa
le trae buscando el castigo;
mañana le avisaré,
quierole ahora dejar:

oid, que os quiero contar

Chilindron.

Gracias á Dios que llegué, (1)
tan mala la burla ha sido,
que me he pensado morir:
mas yo me quiero vestir:
él se ha llevado el vestido.

Rey.

Ola, ¿qué es esto? esperad (2)
¿qué sombra es esta ó vision?
¿quién es? ¿quién es?

Chilindron.

Chilindron,
¿no lo vé tu Magestad?

Rey.

¡Qué asi mi dolor me inquiete!
¿quién aquí os entró?

Chilindron

Yo le hablo:
mi gran codicia, el diablo,
mi mal discurso, y Juanete.

Rey.

¿Qué codicia os ha obligado
á caer en yerro tal?

Chilindron.

Para eso es menester sal,
y yo estoy muy remojado.
Con vuestra licencia os dejo,
señor, para otra ocasion,
y os lo diré de salmon,

---

(1) *Sale Chilindron de la cisterna lleno de agua, y bañado en sangre.*

(2) *Asustase el Rey, y saca la daga, y dejola caer en el suelo.*

que ahora estoy de abadejo; *Vase.*

Aurelio

La Reina sale tambien
al jardin.

Rey.

¡Yo estoy mortal!
ella es el fin de mi mal.
y el principio de mi bien.

ESCENA XIV.

El Rey, Aurelio, y salen Progne y Libiá.

Progne.

Vuestra tristeza, Tereo,
me ha traido á divertiros:
mal reprimidos suspiros, *ap.*
no le digais mi deseo.
Traigo á Libia, porque en tanto,
que se acuesta vuestra Alteza,
suspenda tanta tristeza
con la suavidad del canto.

Rey.

Dios os guarde, Progne bella.

Progne.

Cantad.

Rey.

¡O grave dolor!
este amor, no es sólo amor,
influjo es de alguna estrella.

Canta Libia.

De las venas de aquel monte,
Rey que gobierna los riscos,
se desangra un arroyuelo
al mar, iman de los rios.

Rey.

Esas metáforas son
de un monte, y Rey desangrado:
conmigo pienso que ha hablado,
mudad de tono y cancion
Mas callad, que se ha ofendido
con vuestro canto mi vida. (1)
De las voces suspendida,
Progne hermosa se ha dormido:
idos; al mortal beleño
de la vida se ha entregado.
¡Qué feliz es su cuidado,
pues se halla bien con el sueño!

Progne soñando.

Filomena.

Rey.

Ese es mi mal;
pero mi mal es mayor,
que es natural ese amor,
y es mi amor accidental.
Irme quiero á recoger,
no la quiero recordar,
cuanto me presta en amar,
la pago en aborrecer.
Culpa tu suerte trocada
en tu desdicha forzosa,
pues no siendo muy hermosa,
te hago yo muy desdichada.

---

(1) *Duermese Progne.*

ESCENA XV.

Progne, y salta Filomena las tapias con la daga que le quitó á su esposo.

Filomena.

Salté las tapias valiente,
y á la quinta me he venido,
y con mi industria y mi agravio
á mi ofensor solicito.
Hácia aquí ha de estar la sala,
ó el templo en que mi enemigo,
por la muerte de mi fama,
pienso que se ha retraido.
Requerir quiero estas puertas,
este es el Palacio indigno,
donde mi inocente honor
padeció el mayor martirio.

Soñando Progne.

Esperate, Filomena.

Filomena.

¿Quién?

Progne.

¡Mas qué veo! (1)

Filomena.

¡Qué miro!

Progne.

¿Filomena?

Filomena.

Hermana mia,
¿tú aquí?

Progne.

¿Cómo aquí has venido?

(1) *Despierta, y vense las dos.*

Filomena.

Trájome....

Progne.

Acaba...

Filomena.

Mi agravio.

Progne.

¿Qué agravio?

Filomena.

¿Le ignoras?

Progne.

Dilo.

Filomena.

Ya te acuerdas....

Progne.

Habla quedo.

Filomena.

De la noche....

Progne.

¡Grave indicio!

Filomena.

Que salí....

Progne.

¡Fuerte dolor!

Filomena.

De palacio....

Progne.

¡Ay, hado impio!

Filomena.

A buscar....

Progne.

¡Grave recelo!

Filomena.

Por un papel ....

Progne:

Fue el aviso.

Filomena.

A mi esposo....

Progne.

Fue violencia.

Filomena.

Por la seña....

Progne.

Era preciso;

Filomena.

Erréle....

Progne.

Eres desdichada.

Filomena.

Y encontré....

Progne.

Tu mal colijo.

Filomena.

A tu esposo....

Progne.

¡Suerte airada!

Filomena.

Intentó....

Progne.

Dime el delito.

Filomena.

Violar....

Progne.

Aqui de mis ojos.

Filomena.

A mi honor....

Progne.

Habla.

Filomena.

Prosigo:

escucha la circunstancia,
que luego oirás el delito.
Llegué al monte aplazado,
mas un monte se muda á un desdichado,
de un monte huello la cerviz altiva,
muerto el honor y la esperanza viva;
suelto la voz del labio,
y ella fue la trompeta de mi agravio:
finge la voz Tereo,
y no reparó en noches mi deseo;
á sus lazos prevengo mis abrazos,
y nunca mas que entonces fueron lazos.
Era la noche oscura,
porque no se quejase mi ventura;
con silencio el traidor disimulaba,
y pensé que de amánte no me hablaba,
pues preciso se infiere,
que se habla menos cuando mas se quiere.
Volví, pues, de mi engaño, volví tarde,
corrido el corazon ardió cobarde:
á lo verde de un monte me retiro,
siguióme por el rastro de un suspiro;
huyo, pues, mas adentro,
era fuego su amor, era yo el centro:
anímome, doy voces,
llevóselás el viento por veloces.
Ruégole que me deje, mas él ciego,
hizo salsa á su amor del mismo ruego;
irritase a mi voz, llamas respira,
(que era amor que se pudo volver ira)
pierde alguna, y no toda la esperanza,
inclínase al afecto de venganza,
y con infame mengua,
fija el acero en mi irritada lengua,
y mi sangre derrama,

que era apetito y no era amor su llama.
Tropecé en una yedra fugitiva,
que le ayudó tambien por ser lasciva;
irritarle intentaba mi paciencia,
impidióme la misma resistencia.

Progne.

Calla, no prosigas mas:
Por ese movil primero,
á cuyo curso se arrastran
esos inferiores velos,
que hoy ha de verse mi agravio
de mi impiedad satisfecho,
sino es que el Cielo lo impida;
mas no ha de impedirlo el Cielo:
tuyo es no mas el agravio,
mio el ágravio y desprecio;
á ti un honor te ha importado,
á mí un honor y unos celos;
á tí el amor de tu esposo,
á mi el amor que te tengo
Pues amor, honor, venganza,
celos, agravios y desprecio,
con ese acero, que aqui (1)
se ha dejado, lavar pienso
con su sangre su delito,
mi injuria, mi honor, y celos,
para que el nombre de Progne
se escriba en bronces eternos.

Filomena.

Tente, que aquesta venganza
me toca á mí, pues no quedo
satisfecha de mi agravio,

---

(1) *Ve el acero que dejó Tereo.*

si yo propia no le vengo.

Progne.

Tambien este agravio es mio.
¿Di, cuándo hace un adulterio
una muger, no merece
la muerte?

Filomena.

Yo lo confieso.

Progne.

¿Por qué?

Filomena.

Porque va el honor
de su esposo.

Progne.

Luego es cierto
que si á mí me va el honor
tuyo, siendo mi honor mesmo
con adulterio y agravío
incurro en el mismo duelo;
luego con justa razon
cobrar ahora pretendo
de una muerte dos venganzas,
y de un castigo dos premios.

Filomena.

Sí; pero vuelvo á decir
que no queda satisfecho
mi deshonor.

Progne.

Ni tampoco
aunque le dés muerte, creo,
pues tu honor no es tuyo ahora,
sino de tu propio dueño,
su acero le ha de vengar.

Filomena.

Pues si ha de ser con su acero,

este acero es de mi esposo,
y es el acero que un tiempo
fue la pluma de mi agravio;
y supuesto que le tengo,
yo quiero poner el brazo,
pues él pone el instrumento.

Progne.

Pues venguémonos las dos
en un sacrílego pecho,
las dos somos agraviadas,
y obrando las dos, con esto
dos escrúpulos tan graves
satisfacemos á un tiempo.

Filomena.

Pues yo tu consejo admito.

Progne.

Pues yo tu valor apruebo.

Filomena.

Muera el traidor.

Progne.

De su sangre
se salpique rojo el suelo.

Filomena.

Hoy una venganza aguardo...

Progne.

Hoy una victoria espero...

Filomena.

Para mi honor.

Progne.

Para mi honra.

Filomena.

Démosle pasos al riesgo.

Progne.

Démosle iras al agravio.

Filomena.

Y de su atrevido pecho ....

Progne.

Y de su sangre alevosa....

Filomena.

Renglones de coral demos....

Progne

Demos líneas de carmin....

Las dos

A los mármoles eternos.

Progne.

Muera mi tirano esposo.

Filomena.

Muera el ingrato Tereo.

ESCENA XVI.

Decoracion de Sala.

Salen Hipolito, Pandron, y Aurelio deteniendo á los dos.

Aurelio.

La puerta he de defender.

Pandron.

Déjanos pasar, Aurelio.

Aurelio.

De aquí no intento apartarme.

Hipolito.

Cobrar á Progne queremos,
ya que la noche nos dió
la escuridad y el silencio;
hemos de llevarla digo.

Aurelio.

Como lealda defiendo...

Dentro las dos.

Morirás.

Dentro Filomena.

Muere traidor,
muere, tirano sobervio.

Dentro el Rey.

Espera, detente, Progne.

Pandron

Tened, esperado, ¿qué es esto?

Dentro Progne.

Morirás.

Pandron.

El Rey se queja.

Dentro el Rey.

Filomena, tú me has muerto.

Aurelio

Socorrer quiero á mi Rey.

Hipolito.

Los dos á su cuarto entremos
á tomar en él venganza.

ESCENA XVII.

Dichos, y salen Progne, y Filomena.

Las dos.

No es menester, deteneos.

Pandron.

¿Quién eres?

Progne.

Progne, tu hija.

Hipolito.

¿Quién eres?

Filomena.

Tu infeliz dueño.

Pandron.

¿Qué hiciste?

Progne.

Vengar mi agravio.

Hipolito.

¿Qué has hecho?

Filomena.

Vengar tus celos.

Pandron.

¿Cómo fué?

Progne.

Desta manera.

Hipolito.

¿Di, cómo?

Filomena.

Mirale muerto. (1)

Pandron.

¡Gran valor!

Progne.

Nací tu hija.

Hipolito.

¡Noble ira!

Filomena.

Llevé tu acero.

Hipolito.

¿Pues qué es lo que ahora intentas?

Aurelio.

Ya solo ahora pretendo,
pues muerto es tu hermano el Rey,
que quedes por heredero:
rendirme puedo á esas plantas.

Hipolito.

Tus lealtades premiar debo.

---

(1) *Descubrese en una cama muerto Tereo.*

Chilindron.

¿ Nosotros, cómo quedamos ?

Juanete.

Pagados y satisfechos.

Pandron.

Yo dichoso.

Progne.

Yo feliz.

Filomena.

Yo con honra.

Hipolito.

Yo con cetro.

Filomena.

Y vuestro perdon merezca,
sino mereciere el premio
de Progne, y de Filomena
esta fábula.

Juanete.

Y su dueño
se confiesa vuestro esclavo;
supuesto que para serlo
no ha menester mas señal
que la de sus propios yerros.

Progne y Filomena.

Hipolito, apasionado de Filomena, y encontrandola llorosa, la suplica le manifieste la causa de su dolor, y ella le recuerda como se han amado desde el dia en que Hipolito llegó á Athenas en calidad de embajador de su hermano el Rey de Tracia, pidiendo para él la mano de ella ó de su hermana Progne, hijas de Pandron: que su hermano Tereo, en vista del retrato de entrambas, habia elegido á Progne, con quien se habia desposado Hipólito en su nombre. Refiérele en seguida que su padre ha dispuesto casarla con Jacobo, hijo del Rey del Monarca de Albania, y que ha venido aviso de llegar en el mismo dia Tereo; y que debiendo partir ya casado con Progne á Tracia, y siendo indispensable que él le siga como á hermana, la acongojan los males que le amenazan con su ausencia, no siendola posible ya ser de otro mas que de él. Hipólito la aconseja que hablando á su hermana espresen ambas á su padre no serlas posible el separarse, con lo que lo conseguirán, siguiendo él á su hermano y ella á su hermana, dilatando ellos el mal, ya que no sea dable remediarlo. Juanete y Chilindron llegan á porfia á ganar albricias con la noticia de la llegada de Tereo. Turbada Progne con un sueño en que se la figuró que su prometido esposo violaba el honor de su hermana, sale fuera de sí con una daga en la mano, con la cual se hiere sin quener Filomena al ir á quitarselo. Llega Tereo á Athenas, y al ver á las dos hermanas se equivoca teniendo á Filomena por Progne; y resultando de esto su despecho por parcerle mejor la primera, averigua que al hacerse los retratos que se le enviaron, trocó el

pintor los letreros; pero rezeloso no obstante de Hipolito, le manda salir para la Valaquia con un ejército. Comunica Hipolito esta noticia á Filomena próxima á partir á Tracia con su hermana y cuñado, y se despiden renovandose las promesas de su amor.

Filomena refiere á su hermana que el Rey ha intentado sorprenderla en su lecho; pero que habiendole sentido desde que entró por la puerta, habia burlado su intento apagando la luz y saliéndose sin que él lo viese. Acoηséjala Progne que pues Hipólito llega en el mismo dia á Tracia, le escriba que luego que haya visto al Rey le tenga prontos dos caballos en el bosque para regresar en su compañia á Athenas; y que por si el mensagero no diese con Hipólito, le envie otra copía por un segundo Progne da á entender á Tereo que sabe su proceder, y este pide consejo á su tio Aurelio, que procura desvanecer las sospechas que ha concebido contra su hermano Hipolito. Chilindron entrega al Rey el villete que Filomena le ha dado para Hipólito, en el que lee debe poner su hermano una antorcha encendida en el monte que sirva de guia á Filomena, lo que le sugiere la idea de verificar su vengativo intento; sin que basten á disuadirle las reflexiones de su tio Aurelio. Al presentarse Hipolito le da Juanete el otro villete de su amante Recíbele el Rey con aparentes muestras de cariño; pero ejecuta su designio acudiendo al bosque y mandando poner una antorcha para atraer á Filomena: Hipólito hace lo mismo, y cuando su amante acude se encuentra dudosa, sin saber cual de las dos señales siga, haciendo su desdicha que se encamine á la del Rey Hipolito ya cuidadoso la busca, y la ve en fin venir ensangrentada, dandole á entender ella por señas que Tereo la ha atropellado y la ha herido en

la lengua; todo lo cual le declara mas estensamente escribiendolo en la arena con la punta de la daga de Hipolito Aurelio procura calmar los transportes de su desgraciado sobrino.

Progne se consuela refiriendo sus desdichas á su criada Libia, y las contradicciones que advierte en los aparentes halagos de Tereo; en medio de las cuales se le trasluce la pasion concebida hácia Filomena El Rey manda á Aurelio y á Chilindron le dejen solo, mientras lucha con sus afectos, determinándose á pagar el afecto de Progne: pero sobreviniendo ésta, que ha escuchado sus últimas palabras, y hablándole de su hermana, vuelve con solo el nombre á escitarse su pasion. Aparece Filomena oculta en un monte hace ya dos años por vengar su agravio, y sobrevienen al mismo tiempo Hipolito y Pandron, contándole aquel ser el sitio en que se hallan el teatro de su deshonra, y en el que deben ambos tomar venganza. Reúneseles Aurelio, que no negándoles el motivo que tienen de resentimiento, se niega á ayudarle contra Tereo, por ser su Soberano Filomena dice que ella sola basta para la venganza, y se aparta de ellos para verificarla. Lleno el Rey de remordimientos se pasea solitario, contribuyendo todo á asustarle: Filomena habla durmiendo á su hermana, refiérela lo que su esposo hizo con ella, y encendiéndose mútuamente en ira, matan entre las dos á Tereo.

Escusado es decir para toda persona de mediana instruccion, que el argumento de esta composicion es mitológico; y se funda en la fábula de Progne y Filomena, transformada aquella en golondrina, y esta en ruiseñor, habiendo dado Progne á su marido Tereo, la carne de su mismo hijo Atys en un convite, por haber deshonrado á su hermana Filomena, la

cual llora aun en los bosques, la traicion de Tereo con tristes endechas. Rojas sin apartarse del fondo del hecho, varió la marcha, y por hacer una comedia introdujo personas, cuya ridiculez salta á la vista, tales como los dos graciosos Juanete y Chilindron, que pudieran haber tenido otros nombres mas adaptados á la época y pais del suceso, y que desde luego se echa de ver se han criado solo para que el espectador se distraiga del giro, todo trágico, de la composicion. A la introduccion de semejantes personages se siguen naturalmente los demas anacronismos, como el citar en aquel tiempo el vidrio de conserva, los niños de la doctrina y el espejuelo de Valencia etc, cosas en verdad que no es facil concebir dejasen de chocar al buen talento y luces de nuestros antiguos dramáticos, y al muy acreditado de Rojas: no encontrándose otra resolucion, sino el apoyo que les prestaba la máxima espresada tan gallardamente por Lope, de que pues las pagaba el vulgo era justo.

Hablarle en necio para darle gusto,

Con todo nos parece ya demasiadamente vulgar provocar su risa con la escena en que Juanete se vé en las mayores angustias cuando el Rey le manda que se detenga: y vá obrando en su estómago la purga, de modo que le obliga á desobedecer y á callar. Esto toca ya en indecoroso; sin que pueda salvarlo cuanto gracejo procure derramar el poeta pues siempre será un gracejo de mala calidad. Solo á la donairosa pluma de un Cervantes fue concedido describir un paso de este género, y aun ese entre dos solos actores, y en la soledad y silencio de una noche, y en una obra

casi esclusivamente dedicada á escitar el regocijo y la risa de la generalidad de los lectores.

Rigoroso por demas puede parecer este juicio á los amantes de nuestro antiguo teatro; pero nace del mismo cariño que le profesamos sintiendo tenga este lunar una obra que por lo demas ostenta la facilidad é imaginativa del autor, aun cuando por imitar á su modelo Calderon se engolfa en discursos largos y argumentos conceptuosos. Es muy bello toda el diálogo con que empieza la comedia hasta la relacion.

No me atiendas á la voz.

Discretas las decimas de Teréo al ver á Progne y Filomena que empiezan.

Bellísima perfeccion,
ídolo que mi fineza &c.

Se advierte mucha naturalidad y soltura cómica en el diálogo de Libia, Juanete y Chilindron:

Libia.
A que se vayan espero.
Juanete.
Hemosla de acompañar.
Libia.
Digo que no han de pasar.
Chilindron.
Pues envido.
Libia.
No le quiero.

Juanete.

¿Y quiereme usted á mí?

Libia.

Menos: ¡qué hombre tan cansado!

Juanete.

Eso es poco y mal hablado:
¿luego me aborrece?

Libia.

Sí. &c.

Si Rojas hubiera formado una tragedia en toda forma del argumento mitologico, hubiera sin duda alguna conmovido al espectador pues no desconocia los sentimientos de Melpómene: como se ve en las congojas con que lucha Filomena vacilante en seguir cualquiera de las dos antorchas, y haciendo temer á cada paso una funesta equivocacion, cuyos terribles resultados prevee el espectador. Este cuadro que comienza desde los versos:

Desconocida del prado

y concluye:

pues nunca ví desdichado
que hallase facil un bien.

prueba la riqueza de invencion del autor, y hace sentir mas y mas que el gusto del siglo en que vivió nos haya privado de las bellezas, que asi él como otros dramáticos pudieran habernos trasmitido. Es igualmente trágico el escribir Filomena su agravio en la

arena con la daga de Hipolito, y el segundo sueño de Progne que acrecienta los presentimientos de Tereo, y en fin interesa y enseña la fidelidad de Aurelio, que contrasta con la maldad de Tereo, y la sed de venganza de su esposa y cuñada.